
AURA GARCÍA-JUNCO
Dios fulmine a la que escriba sobre mí

H. Pascal, maestro excéntrico, escritor en el margen y promotor cultural, murió abruptamente en julio de 2019, acompañado de diez mil libros y un arrollador olor a tabaco. En ese punto nace este libro híbrido, entre el ensayo y la narrativa personal, en el que su hija recorre nueve meses posteriores a su muerte en un intento de contestar las preguntas que la carcomen: ¿por qué el «ángel gandalla», como se nombraba él, se volvió tan lejano para ella? ¿Cuándo se rompió su relación? ¿Existe la reconciliación luego de la muerte?

Entre conciertos góticos en el Zócalo y peleas por el MeToo, Dios fulmine a la que escriba sobre mí es «una sesión espiritista en la que revives literariamente lo que la vida te obligó a sepultar». Una biblioteca heredada sirve como detonante para el naufragio voluntario dentro de la arqueología familiar. El cambio generacional, el feminismo y sus tensiones entre padres e hijas, la herencia, las bibliotecas personales, la autopublicación y el *underground* desfilan por estas páginas que oscilan entre la distancia, la furia, la alegría, el humor y la catarsis.

«Empiezo esta investigación con la esperanza de recorrer su vida de libro cerrado para, una vez pagada la deuda, iniciar un capítulo nuevo», nos dice la autora de Dios fulmine a la que escriba sobre mí. En el camino asistimos a la inmolación de un ídolo, de cuyas cenizas nace un hombre. Es con él con quien la autora emprende un diálogo renovado que es, en última instancia, un diálogo con lo más hondo de sí misma.

Aura García-Junco

Dios fulmine a la que escriba sobre mí

ePub r1.0

Titivillus 28-10-2024

Aura García-Junco, 2023
Imagen de portada: Lara Lars

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1





Este libro es para Juan, mi hermano

Quizá la literatura sea eso: inventar otra vida que bien pudiera ser nuestra, inventar un doble.

El mal de Montano, ENRIQUE VILA-MATAS

flota el poema aunque el mundo y el deseo se hundan

E. E. CUMMINGS

y entonces llegó el olvido
para decirme casi en secreto:
no la verás ya más.
y respondí con mis ojos de mudo
con mis labios de ciego:
¿a quién?

Nocturno adiós, H. PASCAL

PÁJARO DE PAPEL

En el principio fue el verbo revestido de plumas, *El pájaro belverde*, cuentos folklóricos italianos que Italo Calvino recreó, y que mi papá me leyó una y otra vez, lámpara taciturna, cuartito de ladrillos rojos, su pelo aún castaño y el soplo de su voz clara entre dientes, bigotes, barba, cada una de las mil y una noches de mi infancia.

En el final fue el verbo entre portadas rojas, un libro de poesía que, cerrado como tumba, reposaba sobre la panza de mi papá cuando lo encontraron muerto. Entre la palabra pájaro y la palabra tierra hay un tupido bosque de años en los que la distancia se comió toda la complicidad de la niñez hasta hacerme dudar si de hecho existió, o si se trató tan solo del ensueño de las letras compartidas antes de ir a dormir.

A mi papá le encantaba la cerveza, pero tenía hábitos, digamos, poco finos. En los restaurantes pedía una sola y la dividía en dos. Luego, rebajaba con agua cada una de sus partes, seguramente para ahorrar. Tenía una costumbre parecida con el café. En La Blanquita, un americano con un hielo («por favor, señorita, en un plato aparte») era un frappé de veinte pesos. Pequeños actos de codicia culinaria que no correspondían con las comilonas que armaba en casa. La bebida predilecta en ellas eran los shandys.

Shandy según mi papá: jugo de manzana, del más dulce, harto harto, con cerveza.

Arqueología del shandy según mi papá: surgido de Vila-Matas.

Vila-Matas: «En Londres el shandy es una bebida habitual, que consiste en una cerveza amarga combinada con limonada o cerveza de jengibre. En verano calma la sed tomar una pinta de shandy con hielo».

Inconcordancias evidentes con la cita. Digo que es una *goliardización* de la bebida. Alfonso, mi informante en esta empresa mortuoria, me responde que es una pascalización. No habla de Blaise Pascal. Mi papá se bautizó H. Pascal cuando era adolescente y así le decía todo el mundo, menos su familia. En casa era Manuel, Juan Manuel.

Fui la hija que hacía muecas ante sus experimentos con cerveza, que se ponía roja cada vez que él exclamaba «¡carísimo!» y agitaba su mullet al ver la cuenta en un restaurante. La niña que nunca entendió por qué tenía que ir en una secundaria técnica en vez de las escuelas de paga de sus amigas solo porque él quería dedicarse a las letras (¿por qué no podía ser como mi mamá y tener un trabajo estable?), y, más recientemente, la mujer que se peleó con lo peor de su masculinidad, ese lado que aún ahora pesa. Soy la que no comprende por qué su papá terminó así, solo con sus libros, enfermo, encerrado. Triste.

A la vez, fui la adolescente que le rindió un culto secreto entre una secta de seres oscuros como ella. Porque eso también era Pascal: un planeta de fuerza excéntrica que atraía a tantas personas con su calidez y sabiduría.

Fui la hija y ahora ya no sé qué soy.

Llevo un año habitando el color gris de los secretos pendientes y los abrazos perdidos. Un año de tristeza travestida de cotidianidad. Empiezo esta investigación con la esperanza de recorrer su vida de libro cerrado para, una vez pagada la deuda, iniciar un capítulo nuevo. Y, quizás, aprender a reírme con él mientras su mullet rebelde brinca triunfante porque, mediante el milagro de la multiplicación de la cebada, hizo de una cerveza dos cervezas. Aguadas e infames, pero dos.

¿Cómo acercarme a él? Los recuerdos son aire doloroso. Cada vez que intento acceder a ellos, se me escapan. Solo me quedan los objetos que, sin querer, me heredó.

Pasé mucho tiempo pensando que mi papá moriría sin nada. Su patrimonio consistía en los muebles y libros que pudo aglomerar entre cuatro paredes divididas en dos espacios, una sala-comedor-estudio-biblioteca y un cuarto-biblioteca. Resultó que la *nada* se siente mucho más voluminosa cuando alguien muere y que esas dos habitaciones estaban, de hecho, rebosantes. Magno problema para quienes se quedan en el mundo y tienen que pararse en medio de la realidad material de lo que deja atrás un padre. Entiéndase en este caso: mi hermano y yo, con el tiempo encima porque el departamento era rentado y había que desocupar pronto. Más exactamente, en dos días. Todo cabe en un ropavejero sabiéndolo acomodar. Y supimos acomodarlo entre el camión de basura y la camioneta de un tal Luis, que encontré afuera del Deportivo Miguel Alemán, donde estaba estacionado aquel domingo de pesadilla en que tuvimos que limpiar[1] el departamento de mi papá. Lo demás, lo de menos, lo deslizamos entre las rendijas de nuestras existencias: una mayonesa a medio comer, una paellera gigante, su Mac vieja. Sus plaquettes.

Dice Villaurrutia en las páginas de una de ellas:

la muerte toma siempre la forma de la alcoba
que nos contiene. Es cóncava y oscura y tibia y silenciosa,
se pliega en las cortinas en que anida la sombra,
es dura en el espejo y tensa y congelada,
profunda en las almohadas y, en las sábanas, blanca.

Y yo nunca había sentido con tal contundencia cómo algo intangible se puede expandir en los espacios con su tibieza y silencio. Ah, y las sábanas, la tristeza de las almohadas.

Los objetos de quien muere son algo así como utilería en una película que ya se terminó de filmar. Reposan en el limbo de haber cumplido su propósito. Décadas antes de que mi hermano y yo abriéramos la puerta del último departamento de Juan Manuel, Paul Auster entraba en la enorme casa en la que murió su padre: «Descubrí que no hay nada tan terrible como tener que enfrentarse a las pertenencias de un hombre muerto. Los objetos son inertes y solo tienen significado en función de la vida que los emplea. Cuando esa vida se termina, las cosas cambian, aunque permanezcan iguales. Están y no están allí, como fantasmas tangibles, condenados a sobrevivir en un mundo al que ya no pertenecen. ¿Qué puede decirnos, por ejemplo, un armario lleno de ropa que espera en silencio ser usada otra vez por un hombre que no volverá a abrir la puerta?». [Paul Auster, *La invención de la soledad]*.

También mi hermano y yo, fingiendo una entereza que pendía de un hilo, abrimos su clóset y, mirando de frente, nos hicimos esa pregunta. La ropa de mi papá estaba bien cuidada. Con más tiempo y obsesión[2], se podrían haber enunciado los períodos de su vida a través de sus prendas. Por ejemplo, una gabardina de cuando era un escritor «serio» de columnas culturales en el periódico; una chamarra roja, que debió usar cuando era locutor de radio; u otras cosas más raras, como una larguísima capa de terciopelo que data, pienso, del largo período en que organizó festivales góticos. A algunas personas les llamaba la atención que ese señor blanquísimo, con un mullet y camisa a cuadros, dedicara buena parte de su tiempo a hacer eventos para el movimiento oscuro de la Ciudad de México. Muchas veces lo escuché decir que, cuando de literatura se trataba, eran invisibles para las instituciones culturales, pero él tenía plena fe en que eran quienes más deseaban leer: una

subcultura urbana basada en la adoración al arte, o, al menos, a cierto tipo de arte. Así que emprendió su misión autoinfligida para hacer algo al respecto, y de ahí surgieron una serie de excentricidades que partieron del gótico, pero luego se expandieron: musicalizaciones metaleras de Pablo Neruda en el Zócalo, rap de Cortázar en metro Insurgentes, música contemporánea inspirada en Kafka en ferias del libro. Cosas que hacían levantar cejas conservadoras, porque ¿cómo se atrevía una banda de talqueados a cantar poesía entre guitarras eléctricas? ¿Quiénes eran esas personas llenas de tatuajes que se aglomeraban una tarde en el Museo de Ciudad de México a ver un *performance* basado en tal o cual artista? Oh, tiempos, oh, costumbres, la perversión de la Gran Literatura.

Mis botas dark atestiguaron todo. Igual lo hicieron los estoperoles de mi cinturón y la dolorosísima perforación en mi septum. A los dieciséis ya me había vuelto experta en repartir propaganda de dudosa calidad gráfica en el tianguis contracultural del Chopo, y mis visitas al Circo Volador, una nada glamurosa sala de conciertos góticos y metaleros por donde pasaron desde Bauhaus hasta PJ Harvey, eran casi semanales, todas acompañada de él, o más bien acompañándolo. Ni cuando una enorme aglomeración de seres oscuros resistió una lluvia torrencial en el Zócalo durante todo un concierto de (increíble) bandas locales homenajeando a Neruda, le vi puesta la capa de terciopelo que salió de su armario. Ese día traía puesta una camisa de pana azul y una playera con el logo de su proyecto de la vida, Goliardos. Resistía el aguacero como las demás personas mientras le gritaba a uno de sus alumnos «¡Ya ves wey, Tlaloc es dark!». Era fuerte.

Escribo con esa playera en las piernas. Al logo blanco le faltan pedacitos y el cuello está desgastado. Es tan ancha y corta que ya no le quedaría a nadie que no fuera un enano con sobrepeso. Mi papá, aclaro, no era un enano con sobrepeso, más bien era, a últimos años, un fiel émulo de Santa Claus en versión *grunge*, con la nieve blanqueando hasta sus tupidas cejas y barba bien cuidada, con nicotina vistiendo las puntas de sus dedos y bigote de un amarillo carnoso, con su 1.75 de estatura y unos ojos oscuros, pequeños y fisgones, de pestañas negras e ironía perpetua. Después de un año, la deformada playera todavía apesta a tabaco. Alguien

me contó que tenía una sola prenda con el olor de su mamá: luego de una muerte traumática, cargada de culpa, sumergir su cara en ese suéter era su mayor consuelo. Un día llegó a su casa y lo encontró entre el resto de la ropa recién lavada. El tiempo de todas formas lo habría robado de su olor, pero ¿por qué tan pronto? ¿Por qué así? Fue un poco como perderla de nuevo.

Siempre detesté el olor a tabaco tanto como el vicio mismo, pero ahora no quiero llegar al día en que todos sus objetos pierdan esa fragancia. Por suerte el papel no se lava.

Pero para la investigación que emprendo lo más importante no es esta camiseta, por más que yo también insista en olisquearla de vez en vez. Frente a mí: dos de los libreros de madera rojiza que coronaron el pasillo de mi departamento de infancia. Dos metros de alto por uno de ancho. Quizás podrían calificarse como «rústicos», aunque la madera se ve buena y las paredes son delgadas. La diferencia: están volteados. Ahora recorren, cuatro metros en horizontal, la base de mi ventana. Mis papás los mandaron a hacer luego de casarse, sin embargo, él se los llevó tras el divorcio sin acuerdo ni permiso. Yo diría que tienen personalidad. Fuera yo un poco más pasada de la raya y hasta les pondría nombre. Estos nuevos inquilinos se mudaron a mi sala ya con los vientres preñados de volúmenes en julio de 2019, al final del día en que mi hermano y yo expugnamos su departamento.

No entiendo bien lo que tengo enfrente mientras escribo echada en mi sillón gris con una tabla como escritorio. Mi cerebro racionalista se inclina a pensar que son objetos sin alma; mi pensamiento mágico, a apreciarlos como otra cosa para la que no alcanzan las palabras. Lo físico, lo físico, lo físico. Necesito aferrarme a eso. No quiero soñar, no quiero proyecciones etéreas en mi sala. Háganse objetos, fúndanse con el resto del paisaje, que las gatas los meen y las plantas les tiren sus hojas muertas y sus plagas y que, luego del bautismo del tiempo, resurjan limpios y materiales, de madera y nada más.

Por ahora, me digo, vamos por pasos: si no puedes afrontar, imagina.

Imagina que tienes frente a ti una biblioteca. Muchos de los títulos que siempre quisiste leer están ahí. Libros caros de filosofía

que no habrías podido o querido pagar. Libros antiguos en alemán que no sabes bien de qué tratan y cuyos hongos amenazan otros ejemplares tanto como te atraen. Colecciones completas de poesía. Ensayos sobre literatura y ciencia. Novelas hispanoamericanas por kilos. Rarezas que ya no se editan. Clásicos de ciencia ficción firmados.

Y sin embargo, no te atreves a tocarla. No lo has logrado en todo este tiempo. Has visto algunos títulos de refilón, otras personas te dicen qué hay ahí y hasta leen alguno al azar. Tú solo miras los remanentes del naufragio con el corazón muerto. Quizás por eso la primera intención, hace ya un año, fue venderlo todo. Deshacerte cuanto antes de esta carga, como hicieron tu hermano y tú con el resto de sus cosas. Luego, conforme los meses han pasado, decides que la vida no puede ser esto. Que no puedes ir por ahí cargando un cadáver.

Para de imaginar: el día ha llegado.

Te atreves, con la mano titubeante y el aliento entrecortado, en un acopio de valor, un acopio que, piensas, es absurdo porque lo que harás es, de hecho, una nimiedad, a sacar un libro. Te atreves, repito, a sacar un libro. Curioso: es uno que ya tienes, en otra versión, desde hace más de una década. *Las cosmicómicas*, de Italo Calvino. ¿Por qué lo escogiste entonces? Quizás fue justo por eso, para no internarte en *su* biblioteca y en cambio seguir pretendiendo que moras en la tuya.

Como sea, el hechizo está roto, la guarda de la biblioteca cayó. Tú y ella se han dado la mano, y ahora que se presentaron solo queda conocerla, a ver si entre las páginas polvosas encuentras las conversaciones pendientes.

Papá: me heredaste una biblioteca y un enigma. En presencia de tus miles de libros, entre el derrumbe de lo construido, jalaste tu último aliento con una leve sonrisa en la boca, como si tras la guadaña te esperara la purificación más dulce. Yo que nunca juro, te hago un juramento: voy a tratar de entenderte, te voy a inventar para darte el entierro que no tuviste. Inician ahora nueve meses del luto de las palabras, de entenderte mediante lo que dejaste atrás. Marguerite Yourcenar decía que una de las mejores maneras de conocer a alguien es a través de sus libros. Algo de verdad debe haber ahí.

PRIMERO: EL SORDO ENTIENDE LOS SECRETOS DE LA LUNA

Entre una desidia sospechosa que se disfraza de ocupaciones laborales, me digo que si ya saqué el libro del estante, más valdría leerlo. Si Calvino acompañó mis noches de niña, mi adolescencia alocada y luego las pocas horas libres de la universidad mientras Letras Clásicas tendía su centro gravitacional ciceroniano, tomaré como presagio haber escogido un libro duplicado. De noche en esta cama triste abro las páginas de mi ejemplar. Afuera, la avenida se incendia de ambulancias.

Como para asumir que va en serio, hago libromancia y registro el inicio de esta exploración bibliográfica en una ficha:

> *Las cosmicómicas,* Italo Calvino, Minotauro, 1985. Traducción de Aurora Bernárdez. Contenido neto: 12 cuentos atómicos.
> «Debo añadir que para mí pasado y futuro eran términos vagos, entre los cuales no lograba hacer distinción: mi memoria no iba más allá del interminable presente de nuestra caída paralela, y lo que pudo haber sucedido antes, dado que no se podía recordar, pertenecía al mismo mundo imaginario del futuro, y con el futuro se confundía».

A pesar del empuje inicial, no estoy disfrutando *Las cosmicómicas*. No estoy siquiera leyéndolas. Pensé que sería fácil, que me sentaría y encontraría la misma conexión que alguna vez sentí con el libro. Sin embargo, me ha expulsado una y otra vez. No sé si es porque me siento tan obligada a leerlo y gozarlo que no he logrado pasar del primer párrafo. Mientras tanto he leído libros que me han jalado hacia su interior sin dejarme ni un respiro de por medio. «Robert Walser sabía que escribir que no se puede escribir, también es escribir», reporta Vila-Matas en *El mal de Montano*, y me pregunto si hay un equivalente para la no lectura mientras se lee.

Como no he podido involucrarme con el aspecto espiritual del libro y me he conformado con manosear su superficie hasta dejarla

grasosa, inicio por lo material:

Dos libros, el mío y el suyo: uno despliega sus páginas amarillentas y el olor extraño del tabaco. El suyo cumplió treinta y seis, es la edición de 1985. El otro, la juventud de 1999, veintidós añotes.

1999. Lo compré en una librería de viejo en Donceles, cuando estaba en la preparatoria. Costó, dice la letra a lápiz en la primera hoja, ciento cincuenta pesos. Una fortuna para mí en aquel entonces. Era el sucesor de otra copia que presté [3] a alguien. Mi libro talismán tenía que volver a habitar el piso que por ese entonces me servía de buró, al lado del colchón que era mi cama. Es mi historia tanto como es mi libro.

1985. En la cuarta página, abajo del título, tiene la letra cursiva, alargada y angulosa con la que mi papá acuchillaba los libros: Juan Manuel García-Junco Machado 1985. Exlibris a mano. Esto quiere decir que este ejemplar sobrevivió todas las purgas de libros que pusieron en marcha las mudanzas y los problemas económicos.

1999. Pasta azul grisáceo.

1985. Azul Oxford.

1999. Hojas blancas, buen estado.

1985. Hojas amarillentas, una mancha cafesosa al borde, como de grasa antigua.

Ambos: tipografías feas en la portada, la ilustración lineal de un dinosaurio. El veinteañero hunde la imagen del animal gris entre las aguas del azul. El que está en sus treinta, lo deja ver claramente entre líneas que simulan el cosmos. Punto para 1985: la imagen es mucho más bonita que el dinosaurio ahogado.

En 1985, Ediciones Minotauro recomendaba en la solapa leer a Ballard, Calvino, Carter, K. Dick, Le Guin, Schmidt y Tolkien. Es la sección más acertada de recomendaciones.

Para 1999, Ediciones Minotauro ya no hacía recomendaciones.

Si mi papá murió en el 2019 y la firma es de 1985, este libro cohabitó con él treinta y cuatro años. Yo, por mi parte, viví con él solo catorce y lo conocí treinta. Punto para el libro.

Me campechaneo entre ambos ejemplares mientras se me estruja el alma [4] de pensar cuántos libros con esa misma firma, «Juan Manuel García-Junco Machado», se fueron entre los cientos de los

que nos deshicimos. Ahora no puedo librarme de ninguno de los que tengo, ni aunque me desborden, ni aunque no los lea. Estoy condenada a los libros duplicados, a la chatarra ilustrada. Cuando alguna se vea obligada a pasar por la misma horrorosa misión de depurar mis pertenencias, o más bien, las pertenencias de un cadáver, quizás esté en esa misma disyuntiva, solo que esta vez por triplicado: con sus propias cosmicómicas y las mías y las de mi papá, cuyo nombre será ya solo un eco del pasado. Espero que mis gatas del futuro sean grandes lectoras porque, como van las cosas, serán mis herederas universales. Espero, también, que mis gatas del futuro sean solventes y tengan todos los papeles en regla para poder rentar un departamento lo suficientemente grande para albergar una vida propia y una herencia, o sea una vida ajena.

Me doy cuenta de que divago para no leer y no leo por miedo a entender.

Dos fotos entre los libros:

1) Un hombre en sus treintas, guapo. Pelo castaño y abundante. Cejas duras sobre ojos pequeños. Lentes de pasta, siempre. Un saco de lana gris con parches en los codos. Pantalones de mezclilla. ¿La presentación de una de sus novelas en una editorial «respetable[5]»? Sonrisa de dientes blancos, un poco burlona.

2) Un hombre hinchado, con la cara roja, el mullet despeinado, el pelo algo grasoso, pero la barba perfecta. Una camiseta desgastada pero limpia. Un pantalón negro, lavado, con manchas blanquecinas, quizás de talco. La dentadura ausente. Crocs, calzado horrendo pero necesario para los pies que se desbordan de agua. Sonrisa triste. Foto borrosa.

El cliché de comparar fotos me golpea en la nariz, a la vez que la realidad de su contenido se esfuerza por probarme que en ocasiones lo ya dicho tantas veces sigue siendo capaz de transmitir una verdad profunda.

Si la foto 1 fuera una película, el hombre que la protagoniza regresaría a su casa acompañado de su esposa, donde una niña y un niño lo estarían esperando cada cual en su cama. Diez años una, seis años el otro. Sus brazos fuertes podrían cargarlos a la vez, sus piernas gruesas, correr por kilómetros hasta llegar a su lado; su brío podría leer y leer y escribir y escribir, sin pausa. Insistir para

publicar, y lograrlo. Organizar festivales improbables, con presupuestos por la mala. Llamar a escritores míticos y escritoras promesa, y hablar inglés sin saber hablar en inglés con tal de atraerles a México.

Si la foto 2 fuera una película, el hombre regresaría a su edificio luego de dar taller y subiría con muchos trabajos las largas escaleras. Su rodilla emitiría descargas agudas de dolor, mientras el cuerpo entero exigiría ir con urgencia a orinar. Entre sus paredes amarillentas y el polvo de los libros, recibiría una llamada de su hijo y otra de su mamá, y se quejaría con ella de que no tiene trabajo desde hace tiempo. Las pláticas serían tiernas, amorosas, les sacarían una sonrisa. Luego, le pediría a su hijo dinero prestado para la renta, y después de colgar, empezaría un interminable recuento de sus redes sociales, ese *loop* del infierno. Trataría de escribir y no lo lograría, trataría de leer y una intranquilidad poco específica lo botaría de sus intentos. Llamaría a su hija, que ahora tiene treinta años, quien vería la llamada y elegiría no contestarla. Mandaría enlaces a muchas personas, publicaría hasta la madrugada en su muro. Tomaría somníferos para comenzar el cruel camino de sus insomnios de cada noche.

Entre las escenas borradas de ambas fotos, alegrías diversas, flamitas efímeras. Incendios cegadores de luz. Los años.

La pregunta, desquiciante, ouroboros de mis días, es ¿por qué? El que tuvo un proyecto cultural que llegó a miles. Al que algunos llamaron *sensei*, entre la ironía y la más pura realidad. El que escribió novelas y publicó una en España en una editorial mítica de literatura de género cuando nadie lo hacía. ¿Qué hay en medio de las dos fotos?

Un escritor que dejó de escribir porque «ya no podía». Estancado y enfermo, amargo en muchos puntos; amoroso en otros.

¿En qué momento la vitalidad comenzó a gotear de sus venas hasta corroer todo a su alrededor?

¿Por qué?

Pesadilla de mis noches cuando aún estaba vivo, enigma al que aún ahora no logro poner la etiqueta de banal. Resulta que la muerte no me está dando la perspectiva que esperaba y que me remuerden por igual sus secretos y los míos.

Emprendo un recorrido a lo largo de los cuatro metros de libreros, dejo que las yemas de mis dedos toquen con suavidad los lomos de los libros, repito, regreso, toco, cierro los ojos, enloquezco, y, en todo este tiempo, solo atino a repetir «¿por qué?».

Arrastro un sillón blanco, una mesita de centro. Una carrera de gatos deja espacio para que los muebles pasen. Los muebles, a su vez, dejan espacio para que los libreros pasen. Cuando me tengo que mudar, lo primero que tomo en consideración es dónde carajos entrarán las cajas y cajas de libros.

Hace unos meses, mientras pensaba en mi realidad de Flamante Nueva Propietaria de una Biblioteca Intocable, se me ocurrió que algo debería decir al respecto. Quería escribir una exquisita disquisición sobre la hondura espiritual de las bibliotecas, esos lugares que consignan entre pastas encueradas toda la grandeza del Hombre. Sobre cómo ni los pulgares oponibles ni el caminar erguidos ni la cognición nos hacen humanas, sino cierta manera de ver el mundo a través del prisma de la palabra, del cual la literatura es el máximo exponente. De cómo los libros quizás no nos mejoren, pero nos invitan a la polisemia. Pero, contrario a lo que mi elección profesional podría insinuar, soy un alma práctica y pronto me di cuenta de que, en estos tiempos de desposesiones, una biblioteca personal es, primero que nada, una monserga.

Cada vez que compro un libro imagino la fatalidad de una mudanza. Su figura tridimensional, encarnada en unos inocentes 880 gramos en promedio, se vuelve un oprobio de grandes proporciones cuando se une a un ejército de sus iguales. Esto claro, dado el caso de que tu departamento nunca sea tuyo y tengas que mudarte una y otra vez.

En parte por ese miedo que se vuelve pertinaz cerca de la fecha de renovación de contrato y en parte por los libros que misteriosamente se aparecían cada vez más en un amplio rango de superficies inapropiadas (no se me va a olvidar la pequeña pila que empezó a comerse mi cama), hace unos años quise ya no comprar más libros. En un afán minimalista, quizás derivado de la súbita fama de Marie Kondo, saqué libros que nunca leería o que ya había leído y me propuse venderlos. Los enlisté en un Excel, muy adulta y todo, y elegí precios mediante un método de tanteo y corazonadas. Pero soy una mujer recta, de bien, así que primero lo primero:

mandé el listado a mi papá para ver cuáles de los que me habían llegado a través de él quería de vuelta. Muchos habían sido préstamos o regalos o una frontera imprecisa entre ambas cosas. Algunos tenían conmigo más de una década, pero, aun así, eran suyos. Él quería todos de vuelta, hasta los que seguramente no recordaba, hasta los que no tenía dónde guardar en su guarida ya repleta. Los puse en una caja aparte.

Oh, desidia: con todo y el Excel, no vendí nada y la caja de libros prestados de mi papá se quedó ahí mismo, al lado de un sillón. Luego ya no hubo a quién regresarlos. Cuando los dos libreros enormes de mi papá llegaron a mi departamento junto con sus libros, terminó el periplo de Los Prestados, que regresaron a su Ítaca luego de naufragar en todas mis casas de la última década. Los libros son mi sombra. Incluso cuando intento deshacerme de alguno, regresa por caminos rebuscados. Me voy a morir ahogada en ellos, como él.

Mientras desalojábamos en cámara rápida el departamento de mi papá, lo físico se hizo presente con toda su furia: un metro cúbico más en mi departamento hubiera significado ¿cincuenta? libros que no se habrían ido al camión del ropavejero. Un espacio realmente mío, con títulos de propiedad y certezas de pertenencia, sin el fardo de las mudanzas futuras a cuestas, habría sido el destino necesario para traer conmigo todas las partes de él que tiramos a la basura entre páginas amarillentas.

Por ahora eso da un poco igual porque no logro leer ni los que sí logré mudar a casa. Me conformo con ver como hipnotizada hacia los libreros, con la mirada vacía y seca. Y en ese acto de meditación involuntaria, recuerdo cosas.

Recuerdo. Cada una de las esporádicas visitas a su casa iba acompañada del olor de los alimentos más heterodoxos: cerveza en platillos que no la llevaban, vegetales que nunca debieron estar juntos (pero que sorprendentemente sabían bien), sopas que eran guisados medievales y con propiedades solventes para el estómago. Mezclas emanadas de la imaginación, como si fueran ellas mismas un cuento improvisado en una noche de insomnio. Siempre había mucho más alimento del que podíamos comer y, además de libros, mis bolsas de tela verde, de las «ecológicas» (otro regalo), cargaban al final un itacate de hasta un kilo de fresas, un tóper de guiso,

varios sobres de atún y sabrá qué otra ocurrencia. Llegar a mi casa y sacar cada uno de los ejemplares, rascarme la cabeza pensando dónde poner un libro más, entre la constante amenaza de desborde.

Recuerdo. Una vez, hace muchos años, H. Pascal intentó traer a Ray Bradbury a México para un festival de ciencia ficción. Mis testigos afirman que escucharon cómo hablaba por teléfono con él desde un cuarto en el fondo de la casa de mi tía, que por ese entonces era su cuartel general. Bradbury era viejo, estaba ya en silla de ruedas. La negociación era con su esposa.

Me cuesta trabajo pensar en mi papá haciendo esa llamada en su inglés roto. No me cuesta trabajo ver a Pascal haciéndolo. No es la única vez que lo vi realizar actos de osadía que rebasaban el decoro. Otro: cuando era niña, Pascal fue invitado a la Semana Negra de Gijón. Como toda la vida, no tenía dinero para nada, así que emprendió una misión destinada a fallar. Llamó a Aeroméxico y les ofreció intercambiar un boleto por publicidad en su publicación.

Entiéndase por publicación:

Goliardos, su proyecto de vida, que de tan duradero y esforzado, devino en identidad. Una editorial de géneros «periféricos», terror, ciencia ficción, policíaco. En su mayoría fanzines engrapados, con diseños que él mismo hacía y desafiaban todos los criterios estéticos con sus mezclas en *collage* de vampiras encueradas y asteroides. Ciberpunk victoriano-masculino en blanco y negro. Tirajes, obviamente, pequeños. Eso sí, por esas épocas se vendían mucho y se reimprimían constantemente. Eso no, parte del proyecto consistía en que fueran muy baratos, para que quien fuera los comprara. Ergo, mucha venta y poco dinero. (Hasta que ya no fue tan poco, pero eso vendrá después).

Mientras escuchaba a escondidas la conversación con la señorita de Aeroméxico, me preguntaba cómo podía él pensar que una corporación enorme le daría un boleto por anunciarse en esa editorial *kitsch*, que corría de mano en mano entre personas jóvenes que generalmente no tenían un quinto. Sentí mucha vergüenza, como otras tantas veces que lo escuché tratar de obtener fondos para continuar Goliardos contra viento y marea, y, especialmente, deudas.

Seguro que fue así, con una deuda, que finalmente logró

comprar el boleto.

Bradbury estuvo cerca de venir al festival. Solo su mala salud lo impidió. Aun así, cuando me contaron la anécdota, me costó trabajo no pensarla como un fracaso.

Sentada en el suelo con los pies cada vez más fríos. Miro los libreros y sus libros, me parecen hermosos. Les tomo fotos, toco lomos viejos, nuevos, el plástico que aún cubre algunos. Unos pocos me obligan a abrirlos para reconocer su contenido: mi papá tenía la costumbre de forrar los que usaría más [6] .

Es como si un polvo fino, ese último suspiro que marca el Rubicón de la
no-vida,
hubiera esparcido en forma de aliento esos libreros y esos libros, y yo, desesperada por asir a mi papá, lo saludara cada mañana al verlos. Buenos días, gran nada. Buenos días, vacío para siempre.

«¿Así se explica el dolor que me causa haber dejado decenas de libros con aquel ropavejero?», le pregunto al librero sordo que ahora es mi padre sustituto. Como en el primer cuento de *Las cosmicómicas*, «La distancia de la Luna», poco a poco su figura se me aleja y se vuelve solo la pregunta de la aprensión.

Insomnio. Culpa por no avanzar. Mi papá siempre decía, citando a medias a Charles Chaplin, que la vida es un deseo, no un significado. ¿Y qué pasa cuando se deja de desear? Son más de las doce. Me narro, sin leer, «La distancia de la Luna», el primero cuento del libro, y me abrazo sola.

He intentado seguir, ahora en el resguardo de la luz del día que ilumina a borbotones este departamento de tercer piso y lo llena de un calor sudoroso y pacífico. El resultado: a) horas de recorrer los muros de mis redes sociales b) limpiar toda mi casa, hasta esos rincones ocultos que podrían seguir felizmente llenándose de mugre. Ahora, la procrastinación recorre caminos misteriosos y, para no leer, me pongo a investigar sobre Calvino. *Las cosmicómicas* pertenecen a lo que algunos críticos han llamado «el último Calvino». El nombre suena mucho más excitante de lo que en realidad refiere: las obras que van de *Las cosmicómicas* (1965)

hasta la muerte del autor en 1985. El período coincide con su estancia en París, durante la cual fue invitado a ser miembro del Oulipo (Taller de Literatura Potencial). Muchos críticos coinciden: es el Calvino más chafa. Imagina que tienes una carrera prolífica, que escribes muchos libros que han movido a masas por décadas, que eres respetado y logras vivir de ese malabarismo llamado escritura, y todo para que un montón de críticos diga de tajo que tus últimos veinte años son lo peor de tu obra. Imagina.

Los miembros del Oulipo partían (y parten, existe aún) de reglas para escribir sus obras. Calvino, que siempre estuvo interesado en la ciencia, se unió gustoso a un colectivo que impulsaba la dialéctica entre la palabra y la teoría, el detonante inusual. *Las cosmicómicas* parten, cada una, de una hipótesis física, desde la rotación de los planetas hasta el surgimiento de los colores. Es curioso que muchas de ellas han sido descartadas ya, pero sus cuentos siguen vigentes.

Supongo que en mi papá, como en cantidad de escritores y escritoras, había una vaga ambición de eternidad, de existir cuando las teorías científicas que lo vieron crecer ya no lo hicieran. Vencer a la ciencia mediante el arte. Vencer a la bioquímica de la existencia con la metafísica de la creación. Vaya deseo ingrato. ¿Y entonces, qué pasó? ¿Por qué dejar de escribir? ¿Por qué usar las limitadas horas del día para hablar de textos ajenos? A veces pienso, porque lo siento en mí, que la escritura, esta maldita carrera de resistencia, puede, muy bien y muy fácil, romperte. Pero para que lo haga, se necesita algo más. Una herida grande, lista para infectarse.

Siempre he sentido afinidad por el Oulipo. Más allá del pequeño detalle de que a lo largo de su historia las mujeres no eran precisamente una constante entre sus filas, a veces me considero una recluta digna. Ahora, por ejemplo, tejo un duelo hilando libros. Hago de un objeto una estructura y un significado.

Quizás por eso, hoy siento orgullo al mirar mi biblioteca, aunque no se trate de un logro en sí mismo. Quisiera matar ese maldito fetiche de los libros con todos los prejuicios que conlleva. Mi idea de hogar está tan ligada a ellos que el polvo entre sus páginas es la pimienta de mis departamentos y los libros, una necesidad alimenticia.

Cuando era niña, mis amigas de la escuela se desconcertaban al entrar a mi casa. El departamento de setenta metros era más papel que humanidad. Franqueando un pasillo tan angosto que no permitía extender ambas manos, los libreros se apilaban de piso a techo. Esa era la casa y esa era la cotidianidad, como si se tratara de un color especial de pintura en las paredes. Mi mamá aportaba muchos libros de psicología y algunos más de literatura. Mi papá, su desborde ecléctico. A veces no había dinero para nada, pero siempre había libros para todo: desde enciclopedias de la sexualidad humana hasta pulps de terror. Eso nunca fue una biblioteca para mí. Eso *era* y ya, sin nombre.

Aún ahora, mi imaginario de lo que significa una biblioteca viene de dos sitios. Si cierro los ojos, lo primero que aparece son libreros de madera oscura entre paredes de al menos cuatro metros de alto, cortinas tan gruesas como polvosas, tomos oscuros imposibles de cargar con una sola mano. La suntuosidad victoriana. Entre la caoba y una chimenea, me veo parada al lado de Jane Eyre, en la biblioteca donde le dará clases a Adèle, la hija ilegítima del amo: «Casi todos los libros estaban guardados bajo llave detrás de vitrinas… había un piano de pared muy nuevo y de exquisito sonido, además de un caballete para pintar y un par de guantes». Bibliotecas de casas imposibles, de abundancia y exceso aburguesado. No entiendo bien cómo el gótico se insertó con tanta contundencia en mi cerebro.

En diametral oposición viene a mi mente un listado de las bibliotecas reales de mi vida: los raquíticos libreros de la Secundaria Técnica 32. La biblioteca de la Prepa 9, horrible, oscura, triste. La hermosa Biblioteca Central, con sus estantes de acero gris y las salas agobiantes en las que el sueño solo era contrarrestado por la pena de que me vieran quedarme dormida. La Samuel Ramos, en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, donde entendí el verdadero significado de la palabra neurosis cada vez que estudiantes de Bibliotecología esperaban su clase dentro, hablando sin consideración alguna para las pobres filólogas en ciernes que teníamos que aprender de memoria nuestro Julio César para la clase de latín. Los fines de semana en la Biblioteca Vasconcelos, entre algún vagabundo que reposaba en los sillones de colores, observado

las cuencas vacías de la ballena de Gabriel Orozco.

La biblioteca de mi fantasía era suntuosa e imposible. La de mi realidad, pública. La de mi casa no era tal. Varios gatos en una sala pueden ser varios gatos en una sala o pueden ser una manada. Diez manzanas amarillas en una canasta sobre la mesa del comedor son manzanas o son «la fruta». Cinco sellos pueden ser una colección o cinco sellos y ya. Me enteré de que la nomenclatura de biblioteca era aplicable para ese grupo de libros que son propios cuando alguien de la carrera murió y el coordinador habló de la donación que harían sus padres de «su biblioteca personal» a la biblioteca de la facultad. Desde entonces, biblioteca personal y muerte están unidas para mí. Quizá nuestra colección de libros no se vuelve un conjunto con nombre hasta que es vista por ojos ajenos. Además, ayuda mucho a volverla concisa que la acumulación de obras llegue a un punto final. Lo malo es que quienes tenemos este fetiche no encontramos un obstáculo suficientemente eficaz, que no sea la muerte, para dejar de comprar libros.

«El orden perfecto es imposible», dice Roberto Calasso, «sencillamente porque existe la entropía. Pero sin orden no se puede vivir. Con los libros, como con todo lo demás, es necesario encontrar un término medio entre esas dos afirmaciones». En mi casa no se supo nunca de ese justo medio. Acumulación. La colección conjunta de mi papá, mamá y luego mía y de mi hermano, no eran nada más que eso: libros. Un objeto tan común y a la vez tan idolatrado que terminó adquiriendo un aire místico, que no se justifica, muchas veces, con respecto a su contenido.

Fue por ese desorden, esa falta de clasificación y el exceso de entropía (o desmadre) que los libros en mi casa de la infancia nunca fueron biblioteca ni manada, sino solo caos expansivo, decoración necesaria, sosiego o hartazgo alternados.

Ahora tengo en mi sala unos libros que conforman declaradamente una «biblioteca», los heredados. En este paso de mano en mano, de muerto a viva, se volvieron colección y conjunto, y no me queda más remedio que resignificar la idea de una biblioteca, aunque me resulte pomposo referirme así a los libreros despeinados que son el paisaje de mis mañanas con cruda, mis juntas más estresantes y los momentos en los que salgo sudada de una sesión de pesas. Hay algo desfasado. Los estantes no solo

acogen libros sino alebrijes de gatito y tazas en fuga, olvidadas hasta que el té verde se seca y tiñe su fondo. Mis estantes son más primos del sillón deshilachado que de Alejandría. El fantasma de Jane Eyre no circula mirando los lomos, nadie consulta los títulos en catálogo ordenado y encontrar uno es francamente difícil. Larga vida a las entrópicas, caóticas y despeinadas bibliotecas personales.

Hoy ni siquiera voy a intentarlo. Pasé la mañana revisando nuestra correspondencia en redes sociales.

A las 5:19 del 2/07/19 mi papá mandó un enlace.

Muy interesante. Para escucharla y leerla. Con subtítulos y textos bilingües…

La página presentaba tres poemas de Mary Jo Bang. Al despertar aquel día, vi su mensaje y volví a sentir el dolor[7]. ¿De nuevo despierto en la madrugada? ¿De nuevo el insomnio que lo atacaba con tenacidad desde hacía un par de años?

Mi papá mandaba enlaces de poesía, eventos culturales y afines todo el tiempo. Ya me había acostumbrado a ignorarlos. Al principio no estaba segura de si solo me los mandaba a mí, pero luego algunas amigas escritoras (y uno que otro amigo), me contaron que también los recibían. ¿Estaba muy solo? ¿En el fondo era molesto para mis amigas, aunque ellas me dijeran que no? Deseaba en especial que nadie pensara en él como yo lo hacía, con esa furia y rechazo.

El calendario dice que era martes. No abrí el enlace, ni contesté nada. Me puse a trabajar mientras intentaba desesperadamente dejar ir esas preguntas que me irritaban y removían el interior de mi pecho.

El siguiente mensaje en esa conversación dice simplemente: «¿Estás bien?». Lo mandé yo a las 11:30 de ese día, después de que mi tío me marcó para decirme que la señora que limpiaba su departamento (cuyo servicio pagaba él) había encontrado a mi papá acostado. No respiraba. «He rechazado la sonrisa cremosa. Está unida al / riesgo de fosilización», dice Jo Bang en el poema «Espejo»:

> He rechazado la sonrisa cremosa. Está unida al
> riesgo de fosilización. El granito con sangre en
> las venas sigue siendo granito. Detrás de mí, en

la corteza del pino, brilla una sola cigarra. Ese
mundo es una isla donde siempre es de mañana
y la brisa fresca siempre es estimulante. Puedes
darte cuenta por mi pelo, por su desorden sobre
mi espalda. Puedes darte cuenta por la luz. Está
allí y no se va a ningún sitio. No hay ningún
momento que no sea un espectáculo completo.
El silencio teatral es el sol. El escenario gris es el
invierno. El círculo es pura expansión: mi boca
en *shock* al mirar hacia atrás una avalancha de
cristales rotos.
[Traducción de Patricio Grinberg y Aníbal Cistobo].

Un poema que es a la vez la vida misma, que inicia con la sangre, pero en granito, y termina con una sonrisa que es una avalancha de cristales rotos. No lo había leído hasta hoy. Me gustó mucho.

Las cosmicómicas de mi papá me imponen sus pastas. Las veo a lo lejos, como una de las gatas con las que vivo cuando espera para cazar a otra. Ahí está, amenaza palpitante, sobre el brazo del sillón. Es nada más un objeto, repito y repito. Mi mamá me pregunta por mensaje cómo estoy. Le digo que bien. Punto. Hago el celular a un lado y tomo aire para gatear, con cadencia felina, hacia el sillón. Hay algo en la imposibilidad de seguir leyendo, en los poemas de Jo Bang y en los mensajes que leo en las redes sociales que me sumerge en una especie de agua densa, como del Mar Negro, donde habita la nada. Mi mano derecha tiembla. El dolor se hace presente.

Y entonces la interferencia cruel. Una serie de imágenes que aparecen frente a mí en un parpadeo: mi papá que ya no es mi papá en un ataúd, silente por primera vez. El vestido negro que me puse, mi hermano cerca de mí. Mi mamá, que en todos estos años nunca lo dejó caer, a pesar de todo. La obligación de sonreírles a quienes llegaban, de ser una especie de anfitriona en el peor momento de mi vida. La sensación de estar fallando en eso. La indecisión: ¿si me rio ahora es un insulto o lo que habría querido él, con su humor negro? ¿Cómo me tengo que comportar en este, el funeral de mi padre? Debería haber un manual de instrucciones para ese inevitable día, pienso. (¿Y quién lo querría leer?). Mi tío, que siempre estuvo ahí también, que siempre me dice que mi papá era como el suyo, ni siquiera pudo ir. Su hermano y su hermana sin llanto posible. Mi

abuela que llega finalmente y se desploma frente a la figura inerte de su segundo hijo. Un desgaje de entrañas. Irrealidad pura. Llegan figuras vestidas de negro que no lo conocieron pero lo admiraron, llegan escritores y escritoras que fueron algunas veces sus amistades y otras no tanto. Llegan músicos y cantantes que tocaron en sus eventos bizarros poemas vueltos música. Llegan sus alumnos y llegan sus alumnas. Llegan quienes me van a abrazar toda la vida solo por haber estado ahí el único día en que era verdaderamente necesario. Y una piensa que entre tanto amor va a sobrevivir a eso.

Ya es tarde cuando se descubre que ese momento es solo el primero, el día cero de una infección que se extiende incesante por las venas, los órganos, cada músculo del cuerpo. Que después, cuando pase el conjuro de estar acompañada queda la más grande soledad. El peor de los desiertos.

Pero de eso ya van, cuento, casi trece meses. ¿Por qué siento el mismo espasmo cuando recuerdo a mi abuela, mejillas arrugadas, sostenida a la izquierda por un hijo y a la derecha por una hija, tumbada sobre el vidrio frío que la separaba de él? ¿Por qué sigo teniendo ataques del Dolor entre frase y frase?

¿No debería ser capaz de hacer algo tan básico como lo que intento?

A lo mejor me lo estoy tomando muy personal[8]. A lo mejor si leyera más, si alejara el foco, sería todo más fácil. Así que pienso más en los cuentos y menos en mí. *Las cosmicómicas* corresponden a una tradición de obras que describen formaciones del universo, cosmogonías míticas. Sin embargo, Calvino fusiona los postulados científicos con lo fantástico. Brinca a la luna y de regreso al mar entre los dos lugares, pero apostado siempre en el ensueño de la conjetura ficcional.

Calvino escribió un libro en el que cada aspecto del estar aquí, de ser parte viva de un planeta que se coció lenta y suavemente por siglos, se siente más como un misterio que vale la pena revisar. Veo mis libreros, las luces chinas con forma de estrella que desde ayer dibujan una línea brillante en zigzag y pienso que están hechos de moléculas y átomos, y se me acaba la ciencia al instante, pero no la imaginación. La materia sigue ahí.

Las luces chinas les van bien: es como ponerle un collar a un

gato un poco para que no se pierda y otro poco para declarar que es tuyo y de nadie más.

Tomo la *La invención de la soledad*, ese clásico sobre la muerte de un padre. Me expulsa la presteza con la que Paul Auster resume una vida, la de su padre, en adjetivos filosos y convencidos de sí:

> Había vivido solo durante quince años, una vida tenaz y opaca, como si fuera inmune al mundo… En un letargo emocional que lo incapacitaba para cualquier forma de acción.

Vivian Gornick afirma en *La situación y la historia* que, para escribir narrativa personal, el o la narradora debe ser capaz de distanciarse lo suficiente de su historia para provocar la confianza de quien lea. Hay mucho de artificio en escribir, aun de la propia vida. Cuando leo a Auster noto la cercanía del hecho, los momentos del duelo se suceden ante mis ojos. Ese libro fue escrito a los pocos meses de la muerte del padre. Creo entender lo que dice Gornick porque ese juicio de machete me lastima los ojos, toda la furia y la tristeza me habla más del duelo que del personaje que refieren. Pero aun así no sé si se pueda hacer de otra manera.

Como ejemplo de la distancia ideal, Gornick cuenta que a J. R. Ackerley, autor de una memoria llamada *Mi padre y yo* (ejem, ejem), le tomó treinta años aclarar cuál era la voz capaz de narrar su historia. Treinta años en conseguir el desapego necesario. Treinta años para volverse un narrador que provocara confianza al lector. Quizás por esa *clarividencia* es capaz de iniciar con estas frases devastadoras su libro:

> siempre pensé que mi padre no quería conocerme, pero ahora entiendo que era yo quien no quería conocerlo a él. […] no es a él a quien no quería conocer, es a mí mismo.

Condensadas en esas frases están las conclusiones de treinta años de autoexploración y, seguramente, de obsesión con una historia. No *quiero querer* escribir este libro con treinta años de revolcar un fantasma en mi mente. No quiero paladear treinta años esa forma particular de locura.

Gornick dice que se puede tener la situación (la vida a narrar, por ejemplo) y no tener la historia. Cuando me siento a escribir, yo

carezco de ambas. Me propuse investigar a mi papá, escribir sobre su sonrisa mortuoria y, especialmente, sobre su vida, sin preguntarme dónde estaba yo en ese relato. La paradoja es que me doy cuenta de que nunca quise conocerlo realmente. El momento cíclico que viaja entre las tres frases de Ackerley parecería contradecirse a cada paso, pero, más que entenderlo, puedo decir que lo siento. Ese ciclo entre no querer saber y querer saberlo todo; entre querer olvidar y querer recordar cosas que nunca se supieron. Ese «por qué» palpitando.

2008:

> Más de 70 títulos, dos veces Premio Nacional de Literatura Fantástica, más de 15 conciertos en el Zócalo capitalino, en donde, gracias a ello (y a los mejores grupos del movimiento gótico mexicano y a ustedes que han poblado el Zócalo de sombras cada vez), se dio la iniciación de la escena oscura hacia un mundo abierto, en el espacio público más importante del país, por ser el ombligo mágico de este continente.
> [Web de Goliardos].

2018:

> La suerte no ha cambiado,
> se ve desde muy lejos
> o demasiado cerca:
> el destino es igual.
> [«Fe de existencia», H. Pascal].

¿Por qué?

Abro al azar el libro. Cuento número 10: «La forma del espacio», una caída interminable a través de, bueno, el espacio, durante la que el narrador sin nombre (¿Qfwfq?) sueña con poder tocar a Ursula
H'x,
una bella mujer. Es imposible: la forma del espacio demanda que sus trayectorias sean estrictamente paralelas.

No recuerdo ni una palabra de este cuento. Llevo décadas afirmando que *Las cosmicómicas* fueron lo que más leí en mi adolescencia. Ahora lo pienso y, aunque quizás sea muy pronto para

confesiones, allá voy: ya no estoy segura de si he leído *Las cosmicómicas* enteras. Entiendo un poco a las mitómanas que dicen no saber cuáles de sus afirmaciones son mentiras y cuáles realidades. Mi memoria es una desgracia. ¿Cómo puedo averiguarlo? De adolescente, mi principal preocupación era besarme con personas. Lo hice bien en las tardes y mañanas de mi escuela preparatoria, entre camellones sucios y la horrible avenida Insurgentes. Leer, entre tantas hormonas, es difícil. Lo que no es difícil es seguir un guion de lo que crees que debes ser: yo era la chica oscura que leía. Ya antes había aprendido que la ocupación «escritor» no solo no era común en el mundo de mis amistades, sino que era casi como decir astronauta. Ser hija de un escritor y una psicóloga me garantizó la etiqueta de rara, y gustosa la llevé de frente, aunque sin respaldarla de lecturas constantes. Leía poco y mal, pero eso nadie lo sospechaba. Yo también fui una farsante.

De momento, las haya leído mil veces o ninguna, mis talentos para la crítica literaria me alcanzan para esto: qué huevos los de Calvino cuando decidió que su protagonista se llamaría Qfwfq. Todos los nombres de ese libro son una apuesta por la lectura silenciosa. Implican pensar en ellos como imágenes en una página más que como palabras que salen por la boca. Cuentos bellísimos que son una pesadilla de leer en voz alta.

Otros nombres destacables en *Las cosmicómicas*:

- Capitán Vhd Vhd
- Kgwkg
- (k)yK
- N'ba
  N'ga
- Señor Pbert Pberd

Rayé su libro. Con lápiz y luego de titubear mucho. El rechinido casi invisible del papel poroso y viejo me hizo retumbar la lengua. Ya no sé si ese libro puede volver a su viejo librero, ha sido profanado.

Una biblioteca es más que la suma de sus obras. No estoy segura

qué transmite de su dueña más allá de una infatuación, que a veces raya en lo enfermizo, por aglomerar libros polvosos, muchos de ellos sin leer. La de mi papá tenía la peculiaridad de la duplicación. Uno de los hábitos que más evidenciaba su adicción malsana a los libros eran las colecciones enteras que compraba en descuento en librerías de viejo, o los ejemplares de ediciones de la Secretaría de Cultura que terminaban en cajas. No era raro que te regalara un mismo volumen dos o hasta tres veces. Tampoco ver cómo en Navidad distribuía ejemplares del mismo título para distintas personas. Era un regalador masivo de libros. Mucho de esto se perdió en la Gran Purga *post mortem*, pero aun así me quedan algunos clones que ya iré regalando, como era su destino.

Sucedió la magia. Con los pies sobre la mesa de centro y entre el olor del té negro, estoy disfrutando *Las cosmicómicas*. Me adentro poco a poco en ellas, vivo sus figuras. Dejar de pensar en que debía ser un libro que amo porque una vez lo amé sirvió de llave para leerlo gozosamente. Ahora juego con él, lo reescribo, lo adopto y se me cuela entre los sueños.

Leo rastreando un hilo invisible. Busco el vellocino de oro: la fuerza de relacionar el libro entre mis manos con mi padre, no en mi experiencia con el libro, sino en las palabras que contiene. Hago I Ching de mis cosmicómicas. Se sabe que la objetividad no existe, sin embargo, esta forma desvergonzada de revolcarme con los cuentos y ver solo lo que quiero ver es el colmo. Ese espacio delirante es el opuesto del que hizo del Quijote un caballero. Él sacó la fantasía libresca a su vida, yo quiero meter la mía entre sus páginas.

Por ejemplo:

> Que quede bien claro, a mí la teoría de que el universo, después de haber alcanzado un grado extremo de enrarecimiento, volverá a condensarse y que, por lo tanto, nos tocará encontrarnos en aquel punto para recomenzar después, nunca me ha convencido.

No puedo ser yo la única que ve ahí la promesa de la vida después de la vida, ese lugar donde muertos y vivos se vuelven a encontrar para «recomenzar después». Como al señor Qfwfq, nunca me ha convencido.

En el cuento de «Todo en un punto», Calvino se encuentra a un viejo amigo del pasado y hablan de la señora Ph(i)Nk0 «su pecho, sus caderas», la única de aquella época a la que nadie ha olvidado. La que no provocaba celos ni chismes entre los hombres. Como habitan en un solo punto, puesto que el universo no se ha expandido aún, la buena señora se acuesta con todos a la vez. El narrador cierra: «En suma, ¿qué más podía desear?».

Podría desear, por ejemplo, una cena para acompañar ese deleite, que es precisamente lo que ofrece a continuación la buena señora Ph(i)Nk0. ¡Tallarines para todos! Si tan solo le abren un poco de espacio… Es a partir de este acto de amor que la materia empieza a expandirse en el universo. ¡*Big bang*! Así inician una suntuosa sucesión de líneas sobre la creación del universo:

> … y al mismo tiempo que pensábamos ese espacio, imparablemente se formaba, al mismo tiempo que la señora Ph(i)Nk0 pronunciaba esas palabras: «¡… Tallarines, eh, chicos!», el punto que la contenía a ella y a todos nosotros se expandía…

La creación de la nada, la pulcritud de lo que nace sin sangre ni mierda. La escritura de Calvino, dice Kathryn Hume, se aleja de lo sensual y se acerca a lo frío. Concuerdo: es como un cristal pulido y hermoso que refracta en todas direcciones. No hay sudor brotando de la piel, ni la disrupción de un olor desagradable. Hay hipnosis, pero no seducción.

Siento que miro un evento hermoso a través de un aparador.

Aunque leo «Todo en un punto» y siento lo gozoso de la imaginación con la que Calvino hizo de la llana teoría física un cuento inesperado, como en tantos otros libros, ese gozo es atravesado por una interferencia en mi sistema sensitivo. Me resulta imposible no ver en la señora Ph(i)Nk0 la fantasía masculina perfecta, la que cocina, la que es sexual y a la vez pudorosa y siempre toda generosidad. A menudo cuando veo esas cosas no dichas, la elocuente enunciación de unas caderas anchas como primera (y más importante) característica de un personaje femenino, me siento una aguafiestas. Para ser clara: soy yo, en mi propia fiesta de cumpleaños, brincando sobre mi pastel de tres leches, mientras otra parte de mí corre inútilmente a impedirlo.

Sarah Ahmed habla de la figura de la feminista infeliz: «Oponerse a las distintas formas de poder y violencia que se ocultan bajo los signos de la felicidad no significa necesariamente volverse una persona infeliz, si bien implica rehusarse a seguirle la corriente a las cosas y a mostrar signos de ir contra la corriente». Estoy de acuerdo y no me llamaría infeliz, solo, de vez en cuando, nostálgica. En esas ocasiones añoro la época en que «todo en un punto» era solo una forma de mitificar la expansión de la materia en el universo mediante una historia de amor. Con frecuencia me aburro de los cables en mi cabeza que ya no me dejan leer de otra forma. Me cuesta reconciliarme con la pérdida de la inocencia, en especial cuando revisito libros que leí hace mucho y amé (o amo) profundamente, más aún cuando fueron escritos antes de que estos debates se expandieran.

Me pasa lo mismo cuando vuelvo a experiencias y personas que conocí antes. Lo que fue un coqueteo incómodo se torna en acoso bajo la lupa del tiempo y lo que fue mi papá presentándome a su novia joven se vuelve un dolor de cabeza. (Bueno, a quién engaño: eso siempre lo fue). Alquimia maliciosa del tiempo y los cambios ideológicos. Pero no voy a entrar ahí. No aún.

Si le tiré una gota de cerveza a su ejemplar, ¿ya es verdaderamente mío? Si lo leí un poco borracha, ¿lo es todavía más? Lo termino esta noche y siento ese vacío que es más bien una invitación a leer. Lo malo del vacío es que también abre espacio para las preguntas pendientes.

SEGUNDO: MUJER FATAL AFILANDO LAS UÑAS

A diferencia de Calvino, mi papá no era cristal, sino carne. Encuentro en una novela suya una cita que es el espejo al revés de «Todo en un punto»:

> Ya en el curso de los astros está prefigurado el acto supremo de la vida animal, la cópula. La creación misma no es otra cosa que un acto fecundante. Desde el origen está presente el sexo, vínculo sagrado que mantiene a la naturaleza entera. Los que niegan el sexo no comprenden el enigma del universo…
> [Lorenz Okenfuss].

H. Pascal escribió poemas y ficción, muchas veces erótica. A un tío todavía le gusta mencionar de vez en vez *Las anémonas*, novela de juventud, y referirse a ella como pornografía. La descripción de *Las anémonas* en Goodreads dice:

> Arabia preislámica: la magia, las intrigas, la sexualidad en situación límite. El legendario reino de Hita: las intrigas políticas, los oscuros sortilegios eróticos, la ambición y el poder contra el deseo. *Las anémonas*, un jardín en donde el amor y el asesinato crean fantasmas, tormentas, estigmas imborrables…

Fantasía histórico-erótica, su especialidad. De esa en particular no tengo una copia, pero sí de varias otras, que hojeo de vez en vez sin atreverme a leerlas. Pondero pros y contras de hacerlo. Es decir, puede ser que este libro lo requiera, pero también puede ser que me tenga que arrancar los ojos en el acto. No sé qué tanto valga la pena en nombre del arte.

Otro acto de adivinación y azar llevó mis manos al librero de la izquierda. Como si fuera un designio calculado, me encuentro frente a un autor en el que he estado pensando mucho estos días, por mi amor compartido de escribir sobre libros y sus artífices: Enrique

Vila-Matas.

Historia abreviada de la literatura portátil, Enrique Vila-Matas, Anagrama, 2014. Contenido neto: una historia abreviada de la literatura portátil.
«Como niños irresponsables se comportaron siempre los escritores portátiles y, ya desde el primer momento, establecieron como requisito indispensable para entrar en la sociedad secreta shandy el permanecer soltero o, al menos, actuar como si uno lo fuera…».

Así sin querer volví a uno de mis queridos de la adolescencia, uno de los vínculos con mi papá. No hablábamos mucho del contenido de sus libros, pero sabíamos que era algo que teníamos en común. En realidad, no hablábamos del contenido de casi ningún libro. Es decir, en general él me daba cátedra, como lo hacía con sus alumnas, con la diferencia de que yo era un público poco receptivo, en perpetua rebeldía ante su personaje de maestro. A veces, cuando estaba de buen humor y yo mencionaba algún libro, soltaba una sonrisa con esa alegría que le provocaban la comida y la literatura. Vila-Matas fue por años un magneto.

Yo no sé qué soy, pero me queda claro que mi papá era un enfermo de literatura. «Soy un enfermo de literatura. De seguir así, esta podría terminar tragándome», dice el narrador de *El mal de Montano*, una de mis novelas favoritas para no leer en mis veintes[9], y pienso en todos los textos que mi papá sabía de memoria. Era una enciclopedia andante que podía recitar miles de poemas, para, inmediatamente después, soltar un sonoro e impúdico eructo.

Toma eso, Montano, seguro que no puedes superarlo.

Historia abreviada de la literatura portátil sigue siendo uno de mis libros favoritos. Vila-Matas habla de los shandys. Además de designar una bebida que, no importa cuánto insistiera mi papá, *no* estaba hecha de jugo de manzana y cerveza, la palabra refería en algunas zonas del condado de Yorkshire a alguien «alegre, voluble y chiflado». De ahí que el excéntrico protagonista de una mis novelas favoritas, *Vida y opiniones del caballero Tristram Shandy*, tuviera ese nombre.

El narrador-investigador traza la historia de la sociedad secreta

shandy, ente enloquecido e imaginario que agrupó a un conjunto de artistas con características bien claras: ser máquinas solteras, tener obra que pudiera caber de preferencia en una maleta, falta de pretensiones grandilocuentes, locura cuasi suicida (y luego ya no), inclinación por la figura del doble y simpatía por la negritud (¿?). Vila-Matas teje historia e invención y mete en el mismo costal a personajes como Marcel Duchamp, Francis Picabia, Tristan Tzara, Georgia O'Keeffe, Salvador Dalí, Man Ray, Ezra Pound, Juan Gris, Scott Fitzgerald y Max Ernst. Anécdotas ridículas, sucesiones inesperadas y mucho mucho *name-dropping* bien hecho.

Qué alucín más hermoso habitar esa época imaginaria de la mano del escritor catalán.

La literatura portátil es, bueno, portátil. Los miembros de la sociedad secreta shandy son, o creen ser, ante todo, partícipes de cierta liviandad. Su obra no alberga, al menos discursivamente, grandes propósitos. Ay, el delicioso autoengaño de pensar que deseamos poco. Me resuena a ese punto en el que mi papá se declaró a sí mismo parte integral del equipo de los desposeídos. Y si bien hay una parte muy real en esto (la ficción especulativa siempre ha estado al margen), también hay algo de decreto y de mentira en decir que tu obra no tiene grandes propósitos. Estoy segura de que, al inicio de su carrera, con sus primeras novelas cargadas de páginas, investigaciones profundas y minuciosas, su literatura no era portátil. Que cuando el *establishment* literario lo puso en su lugar[10], le dijo que no se puede ser un novelista serio si todo lo que haces es ciencia ficción o erotismo enloquecido, enunció un orgulloso y callado «al cabo que ni quería» y decidió tomar otro rumbo. Yo hubiera hecho lo mismo, quizás. Pero también sé que siempre que se hacen las cosas sin introspección, sin reconocer el dolor que causan, sin atreverse a enunciarlo, la amargura se instala en alguna parte del pecho y ya no se va. Y te acabas, poco a poco, peleando con todo el mundo.

Como haya sido, luego de cierto momento, la literatura de mi papá se volvió definitivamente portátil. No se me ocurre un mejor fichaje para los shandys que Goliardos. Veamos, se cumplen todos

los requisitos: «Ausencia de grandes propósitos, cultivo del arte de la insolencia y afición de viajar con un maletín que contenía su ingrávida obra», máquinas solteras, sexualidad extrema. Todo estaba ahí. Vamos, no me atrevería a decir que el amor por la figura del doble y la afinidad por la negritud fueran parte de esta agrupación hermana del shandysmo, pero no se puede todo en la vida y no nos vamos a poner burocráticas. Del rechazo radical al suicidio que fue central al shandysmo en una segunda etapa ya hablaremos después.

Goliardos: pasta de papel, a un solo color (morado, azul marino, rosa), páginas en blanco y negro, papel bond. Tipografías rebuscadas y poco legibles. Capas de espesura, barroco en las imágenes. Fanzine en toda regla, pero preferimos llamarlo plaquette, muchas gracias. Arte portátil.

Ojear las páginas de un Goliardo quiere decir que alrededor de los textos te encontrarás con montajes de pinturas clásicas de ninfas con alas de vampiro, raptos de Psique con planetas atrás, una cantidad insensata de desnudos femeninos, la mayoría pinturas decimonónicas, pero en algunas terribles ocasiones, montajes hechos con fotografías con cierto tufo porno, adulteradas por capas de *cyberpunk*. Sexualidad extrema.

¿Cambiar el diseño? Imposible. Yo lo intenté, sus alumnxs lo intentaron, sabrá dios quiénes más lo sugirieron en todos esos años. Mi papá tenía la convicción, que también se podría llamar necedad, de que ese era el único y verdadero diseño correcto que podía tener Goliardos. Cultivo del arte de la insolencia en toda regla.

Mi ex y yo hablábamos con frecuencia de cómo los libros sencillos son hermosos, como los alemanes, que hacen portadas planas y elegantes. De cómo Goliardos debía ir por ahí, bajarle a su barroco chirriante. Por fortuna, si con algo batalló mi papá toda su vida fue con normalizarse y encajar, en sus palabras, con ser parte del *mainstream*. De lo burgués. En eso sí que fue coherente. En un acto de amor puro al pulp, hizo de la fealdad la estética elegida. No sé si veo más ahí de lo que en realidad hubo, pero hoy agradezco que haya perseverado en dejarlo así y logro apreciar por primera vez la locura *sui generis* de los fanzines que en ese entonces me daban pena. Ahí veo también la ausencia de grandes propósitos

en ese sentido acartonado y jerárquico de lo que son los grandes propósitos, todos ellos ligados a la legitimidad que da el *statu quo*. Pero hay también otra manera de ver esa máxima shandy. Alfonso, quien fue su alumno y amigo por muchos años y que en algún momento se alejó de él porque «lo quería tanto que no quería terminar odiándolo», agrega: «Y también porque un espacio de autopublicación nos generó una zona de confort». Así no tenían que enfrentarse a las siempre amenazantes editoriales grandes, con su «no» siempre a la mano.

Cuando Goliardos inició, mis papás estaban aún casados pero buena parte de la historia de la agrupación corresponde al período en el que ya no eran pareja. Alfonso me dice: «Yo creo que lo que derramó la bilis de tu mamá fue el tiempo y los recursos que tu papá le dedicaba a Goliardos y el desmadre que tenía en todos lados, cajas y cajas de libros. Nosotros decíamos, "oye, Pascal, pero ¿qué onda?, ¿qué no tienes hijos?"». Luego, en el divorcio, él, Alfonso, fue uno de los que entró, con la cara cayéndosele de vergüenza, a sacar las cosas de mi papá del departamento, y presenció el mágico momento en que él se llevó los libreros. No sé qué tanto tuvo que ver Goliardos con el divorcio y no voy a investigarlo ahora, pero donde sí veo algo que me llama la atención es que mi papá nunca volvió a tener una pareja estable. Una máquina soltera. Me encantaría pensar que fue por su compromiso con ese precepto del shandysmo, pero no lo creo. Creo que a partir de ahí, de esa separación, todo fue muy difícil para él. Alfonso conjetura que nunca dejó de añorar a (perdón) su *elfa*, que algo tenía de mi mamá, pero mucho más tenía de una entelequia.

Me parece muy sintomático de la masculinidad más tradicional esa incapacidad de hacer un duelo. Al fin y al cabo, hay algo más que mi papá tiene en común con los shandys y es mucho menos festivo que todo lo anterior: su machismo que se manifestaba en todas direcciones, hacia adentro y hacia afuera.

También aquí, entre las páginas del libro, veo un reflejo de la cultura patriarcal que seguimos habitando. Dentro del grupo de los shandys, confluyen un montón de hombres célebres y una que otra *femme fatale* (sic sic sic). Ya desde la distinción se va entendiendo

quién es quién. Mi favorita de entre las artistas que entran bajo esa denominación es Georgia

O'Keeffe,

pintora norteamericana cuyas flores de pinceladas largas y gradiales son la sensualidad misma. En la novela, no lo sé si en la vida, es ella quien introduce en el grupo secreto shandy el concepto de sexualidad extrema: «en tanto que energía o libido —nos dice Picabia que sentenció la mujer fatal afilando las uñas—, el amor debe ser desviado de su finalidad genética, eso que entendemos como reproducción, para no buscar más que la autosatisfacción. En una palabra, copular por puro placer, jamás pensando en la descendencia y zarandajas. Eso es lo que yo entiendo por sexualidad extrema». Con ello desliga a este conjunto de artistas de la maternidad, dice el narrador. Muy conveniente, en especial considerando que varios de ellos de hecho sí tenían progenie.

Los artistas portátiles, como se designaban los miembros de la sociedad, eran máquinas solteras porque sabían que el amor representa un ancla y ellos eran libres, muy libres. Lo leo de nuevo y pienso otra vez, qué conveniente.

O'Keeffe

es fatal porque existe y les causa una atracción no correspondida, en particular al patético poeta Jacques Rigaut, suicida entusiasta, que, sin importar lo vano (y molesto que sea), decide viajar a Nueva York para acosar a Georgia incluso mediante anuncios en el periódico.

La idea de las *femmes fatales*, esa mujer que te puede destruir, es uno de los tropos más discretamente misóginos de la literatura. Uno de los favoritos de mi papá. La lamia, personaje medieval de un demonio escondido en el cuerpo de una hermosa mujer que acercaba a los caballeros al interior del bosque. O las sirenas, que con su canto y encanto los arrastraban a la locura. Todos los productos de esta cultura que le teme a la sexualidad femenina y a la vez se siente irremediablemente atraída hacia ella. Las mujeres que inciden en la sociedad secreta shandy son fatales porque toda mujer artista lo es en cierto grado en el momento en que decide privilegiarse a sí misma, a su arte y ocupación por sobre un hombre.

Mujeres fatales por todas partes, como si fuera un espejismo.

Cuando mi papá estaba vivo, yo tenía dos grandes miedos. El primero, del que hablaré después, se terminó con su muerte. El segundo me sigue revolviendo las tripas, todavía sobrevuela su cadáver de polvo. Nosotras. Mi papá y nosotras.

Una amiga me cuenta cómo su papá sesentón le escribe a veinteañeras por Facebook. Sabe que lo ha bloqueado más de una, se avergüenza de él con frecuencia. No puede hacer nada, y le duele suficiente la sola idea de que lo haga como para que además otras la juzguen por no «hacer algo». Incluso esos bloqueos que sabe merecidos le pesan. ¿Mi papá vivió cosas parecidas sin que yo lo supiera?

Unos ocho años antes de morir decidió que el taller de creación literaria que impartía todos los jueves, y que era, básicamente, el centro de su vida, solo sería para mujeres. Era un cincuentón, dando un taller para escritoras, casi todas jóvenes. La primera vez que vi el anuncio en que se especificaba el «separatismo» del taller, quedé paralizada. ¿Qué mierdas era eso? Decidí ignorarlo, hacer como si fuera solo una broma de mal gusto.

A la segunda convocatoria, seis meses después, ya no pude voltearle la cara. Me pidió, igual que al resto de sus contactos, que lo difundiera. Tuve que preguntar por qué había cambiado la dinámica. «Porque llevo veinte años impartiendo este taller y puedo contar con una mano la cantidad de mujeres que han asistido». Acepté la respuesta y me pasé las agruras con un té de pasiflora. Por un lado, temía mucho que nadie fuera a presentarse. La imagen de mi papá solo en el Centro Cultural José Martí esperando a que alguien llegara, media hora, una hora, con sus libros para regalar en la bolsa, me revolvía el estómago. Por otro lado, temía que fueran al taller de ese señor que amaba la literatura erótica por sobre todo en el mundo y se sintieran incómodas.

Intento juzgarlo menos y entenderlo más, pero cuesta tanto. A la vez, ¿quién soy yo para decir qué hace a otras sentir incómodas? ¿No es igual de condescendiente? En especial cuando sus alumnas no han dejado de mostrarle su cariño hasta la fecha. Un shandy pascalizado para ellas.

Mientras leo sobre los personajes suicidas que persiguieron a O’Keeffe

hasta la muerte, recuerdo mis encuentros (o desencuentros) más tempranos con el feminismo. Mi abuela Margarita, la mamá de mi mamá, estudió Filosofía y Letras (era una sola carrera) en la Universidad Nacional Autónoma de México, por ahí de los años cincuenta. En la que fue su casa hay una pequeña colección de Simone de Beauvoir a la que nunca presté mucha atención.

La primera vez que intenté leer *El segundo sexo* tenía veinte años y me lo llevé a la playa. Esas vacaciones descubrí el concepto de «libros que son buenos para leer frente al mar» al explorar su categoría opuesta «libros que solo vas a pasear y a arruinar con el salitre». No logré avanzar ni diez páginas. Mientras tanto, leí *Memorias de una joven formal* cuando era adolescente y me sirvió más que nada como un dulce bálsamo para quedarme dormida cada tantas páginas. Qué buenas siestas me eché al amparo de Simone y cuánto disfruté el mar mientras ignoraba su libro.

Hace no tantos años me enteré de que varios de los Beauvoir de la abuela eran regalos de mi papá. Dar libros, su especialidad para congraciarse con la gente. Me resulta simpático que eso los hubiera unido, aunque sea un poco. No eran declaradamente feministas. Mi abuela fue una (maravillosa) mujer de su época, tímida, dulce y algo enojona, que dejó la carrera cuando se casó. Mi papá era un (sensible) hombre machista. Quizás sin querer los dos alimentaban un deseo circular de ser más de otro modo, quizás lo eran un poco.

Mis *Memorias de una joven formal* también me las dio él, pero supongo que jamás esperó que llegará tan lejos con mi feminismo. Seguramente tampoco pensó que llegara tan lejos el feminismo del mundo en general. Aunque era un hijo de los sesenta, hombre de izquierdas, con espíritu de luchador social, esta nueva ola lo tenía, a lo menos, desconcertado. Muchos poemas sobre la violencia de este país terrible, los sonoros bramidos de la Ciudad de México, pero ni una palabra del maltrato a las otras, las que de repente estallaron como un géiser de conciencia compartida.

Mientras leo a Vila-Matas me pregunto sobre cada uno de mis pasos. ¿Escribo un libro patriarcal? ¿Escribir libros bajo este sistema lo es siempre? ¿Mi libro de libros, en el que he hablado de hombres y de un hombre en particular, es tan solo un monumento al falo? ¿Importa? No sé cómo contestarme estas cosas. Que no todo actuar

femenino escapa del machismo es una obviedad, que las mujeres hacen cosas misóginas todo el tiempo también lo es. Pero pienso que no deberíamos sentirnos obligadas a ser feministas siempre como si fuera una identidad que nos dignifica y no, como me gusta pensarlo desde hace tiempo, un proyecto de transformación social y una herramienta, entre muchas otras, para analizar el mundo.

Una vez un tipo me dijo, para halagarme, que no escribo como mujer.

Una vez un exnovio que no leía mujeres me dijo que no había una obra que describiera «la experiencia de ser mujer», que aún nadie la escribía y yo debía hacerlo.

Una vez un amigo me dijo que debía meter mis textos a un concurso solo de mujeres porque había tan pocas y tan malas escritoras que seguro ganaría.

Una vez una mujer me dijo que no escribo como mujer para insultarme.

En cierta medida, yo he sido ellos y ella en uno y otro momento.

Tengo que preguntarme por qué escribo lo que escribo y leo lo que leo. Me pregunto si los escritores de esa generación lo hacen también. Si se ven sometidos al mismo escrutinio cuando eligen sobre qué escribir o qué leer. Me pregunto si se lo preguntamos tanto como nos lo preguntamos entre nosotras[11]. Qué manera de exprimirnos como su fuéramos un limón.

Y además, nada de esto es garantía, paradas como estamos en los cimientos de siglos de machismo. Mi papá, por ejemplo, estaba honesta y profundamente de acuerdo con la equidad de género. Cuando el MeToo nos estalló en la cara, nos escribió en el grupo familiar que compartíamos:

> Pues sí. Pues es lo que nosotros hemos hecho por décadas. Cuando hace más de veinte años insistía en que las mujeres debían participar, algunas y algunos suspicaces pensaron que es porque quería ligar, qué tontería. Y en Goliardos solo *** y *** tuvieron que ser contenidos en algún momento, no por temor al escándalo, sino porque es una chingadera estar molestando de esa forma a las demás personas. No es una política, es sentido común.

A veces fantaseo con hablar de esto con otras escritoras, con pedirles que me muestren algo de su relación con sus padres. Quiero saber qué piensan, si los conflictos de género también los sienten en el vientre y en la tráquea. Verlas de frente y preguntar con el corazón en la boca del cuello.

¿Qué sienten cuando, si es que, ven a su papá tirar una mirada indiscreta a una mujer muy joven?

¿A ustedes también les ha hecho un comentario sobre su cuerpo que ha dejado una marca?

¿Ustedes también temen verlo salir un día cualquier en un escrache de red social?

¿Cómo logran el balance entre entender y no excusar?

¿Han llorado ante el miedo de que no se cuide porque es tan hombre tan hombre que no necesita de un doctor?

¿Alguna vez han deseado no tener padre?

¿Su papá se acordaba de su cumpleaños cuando eran niñas?

¿Les resulta complejo amarlo?

La vergüenza es demasiada.

También pienso que el relato siempre está incompleto. Aquello de ser máquina soltera nunca es suficiente. Una máquina soltera quiere todo el amor pero nada del daño, anhela que alguien la abrace en la noche pero que no le pida que se comprometa a domar el monstruo [12] que lleva dentro del pecho. La sexualidad extrema siempre oculta otras cosas además del placer, o más bien, el placer no es solo físico, se nutre de tanto: el estatus, el poder, la intimidad, la vulnerabilidad. La falta de aspiraciones grandilocuentes oculta tantas veces un profundo miedo al fracaso.

Qué manera la mía de rumiar la poesía hasta arruinarla.

Porque entre tanto cerebro ya maté mis ganas de leer, busco poemas suyos en internet y me encuentro en cambio con el video homenaje que Jessica Robles, una de sus alumnas, grabó después de su muerte. Empiezo a temblar, siento que se aproxima el Dolor. Estoy escribiendo en casa de alguien más y me interrumpe constantemente, tengo que simular que estoy bien, pero estoy a punto de gritar o llorar, lo que pase primero. Su alumna habla de su generosidad y dice que solo él podía irse de la manera en que se fue: leyendo. «Pascal me enseñó a apreciar la poesía», dice ella,

habla de exposiciones a las que fueron. Los últimos años de su vida estuvimos tan distantes que sus alumnas lo veían mucho más que yo. Conocí a varias de ellas, algunas fueron juntas a su funeral. Aun viéndolas y escuchándolas, aun al leer las cosas bellas que escribieron cuando murió, no dejo de juzgarlo por haber impartido un taller solo para mujeres. No dejo de pensar mal, como cuando él subía fotos (porque las hacía de todo en la vida) de esas visitas a museos con ellas. Ahora la escucho decir que la hizo llorar por primera vez ante la presencia de la poesía. La envidio un poco, tan libre de prejuicios.

Somos hijas de machos progres a lo más y de machos bien machos a lo menos. El cambio generacional ha sido un choque que ha abierto brechas colosales entre padres e hijas. Mi papá no era particularmente macho, pero sí tenía sus detalles, como decirme desde toda la autoridad de su panzota que adelgazara, indicarme cuando mis pantalones adolescentes estaban muy pegados o llamar locas a mujeres que no actuaban como creía que debían. Quien esté libre de pecado que lance la primera piedra.

De vuelta a mi casa, toco papel, que es como decir, toco tierra. Me he enterado de que hay un género de los libros que consignan bibliotecas de escritores (y de unas pocas escritoras). Hay libros enteros destinados a hablar de ello y, parece ser, es una forma de entender mejor su escritura, mapa a un laberinto creativo. La noticia viene acompañada de una incómoda admisión. Doy vueltas desde hace años entre considerar o no un escritor a mi papá. Toda la evidencia indica que lo era. Sus novelas y poemarios están ahí en caso de que decida descreer de otros testimonios. Aun así, me cuesta.

Algunas escritoras en la biblioteca de mi papá:

- Margo Glantz
- Emily Dickinson
- Cristina Peri-Rossi
- Susan Sontag
- Ana Clavel
- Safo de Lesbos

- Cristina Rivera Garza
- Rosa Montero
- Rosa Beltrán
- Clyo Mendoza
- Anne Carson

A ojo de buena cubera, han de constituir un veinte por ciento de los libros. No sé si eso es mucho o poco.

Entonces pienso en cuántos libros de escritoras se publicaban antes, cuántas mujeres eran llevadas a la locura por querer dedicarse a cualquier cosa que saliera de las acotadas normas del género más tradicional. Busco, en mi memoria, porque de mis cuadernos no queda nada, un registro de las mujeres que leí a lo largo de mi educación. Algunas lecturas obligatorias que puedo recordar: *El alquimista* de Paulo Coelho, *La tregua* de Mario Benedetti, *El Principito* de Antoine de Saint-Exupéry, *Otra vuelta de tuerca* de Henry James. Disímil selección que oscila entre países, calidades y géneros, pero es consistente en un punto: ni una mujer. Escarbando, me doy cuenta de que todas mis maestras de literatura fueron mujeres, y que, a pesar de eso, no hubo una sola lectura de un texto escrito por una mujer: ni Rosario Castellanos, ni Josefina Vicens, ni Elena Garro. A lo mejor, algo de Sor Juana, ese poquito que exigen todos los programas, pero nada más. Si lo comparo con eso, mi papá era un adelantado. Lo que no es decir mucho.

La violencia no es solo acción, es también inacción. Cuando los romanos querían castigar a un mal emperador, un mal general, una mala figura pública, aplicaban *damnatio memoriae*, un peculiar procedimiento que implicaba borrar todo registro del personaje: desde las caras de las estatuas hasta las monedas con su rostro. El mayor castigo es ser olvidado. En el caso de la literatura, no se requiere de un acto deliberado de aniquilación para que esto suceda. Hay muchos mecanismos más sutiles que permiten que una obra sea o no incluida en el canon. El futuro de un texto publicado rara vez depende de quien lo escribe. De manera inmediata, depende más de que se inserte, de una forma u otra (y aquí entra siempre el poder de todo tipo), dentro de los círculos de lectura y crítica. De manera posterior, que se mantenga en la memoria colectiva mediante organismos de difusión oficiales y no oficiales.

El canon es una construcción social que con mucha más frecuencia de lo que debería es naturalizado. No se trata de un elemento místico que se autorregula con una mano invisible que además tiene un manual de control de calidad. Se trata del cúmulo de prejuicios que las diferentes fuerzas y poderes depositan en una selección de lo que es deseable como elemento estético. El canon es la solidificación de la idiosincrasia de una época y es por ello que siempre cambia de un período a otro. Hasta hace poco, era en su amplia mayoría masculino y burgués. Algunas cosas han cambiado, otras, no. Libros como la *Historia abreviada de la literatura portátil* son un dulcecito delicioso hecho de canon. Hacen mitología de lo ya perteneciente a él.

Pero tampoco hay que olvidar que *Historia abreviada de la literatura portátil* (el placer de teclear cada vez el nombre) no fue siempre una obra de culto. Cuando la publicaron por primera vez, en 1985, Vila-Matas no era el condecorado escritor que es ahora. El libro fue juzgado por, precisamente, el *mainstream* literario como una bufonería. Esta genialidad del humor, la invención y la ironía fue incomprendida en un contexto en que grandes obras realistas eran alabadas. Vila-Matas no dejó por ello de escribir y su producción literaria sigue hasta la fecha teniendo esa chispa y esa capacidad de reinventar la tradición. Un shandy pascalizado para Enrique Vila-Matas.

Y con ese dulce en la boca me hago preguntas que no puedo contestar, ¿hasta dónde se le puede exigir a alguien que creció tantos años hasta el cuello de canon, de máquinas solteras casadas, de sexualidad extrema solo para los hombres, de *femmes fatales* designadas desde afuera, que cambie de un día para otro su configuración sentimental? Preguntas que me hacen arder la piel, que me provocan respuestas encontradas. Si pudiera volver el tiempo y ser otra, mi doble más hábil, empezaría por preguntarle a mi papá cómo se siente con eso antes de levantar el dedo y señalarlo.

Yo creo que la reiteración de esa pregunta hecha mil veces, a través de los años, podría haber evitado desastres. Qué difícil es ser

hombre y sentir que nunca puedes contestarla honestamente, que no puedes ser más que ese monolito que soporta. Hubo un día que no se puede datar en el que mi papá se rindió. En el doblez de esa hoja redujo las salidas de su casa, comenzó a alejar a sus amigos y se volvió solo una voz en sus redes sociales. Casi no iba a trabajar.

Un día me llamó su jefe, una persona a la que yo no conocía. Me dijo que mi papá llevaba un tiempo sin entregar nada, sin presentarse apenas. Trabajaba en una instancia de gobierno, se conocían desde hacía años y le tenía cariño. Me citó. Cuando colgué, sentí que quería vomitar. Todavía lo siento hoy.

La depresión ajena no es algo que esté en tu control, una plana que diga.

Quizás por eso, al final de su vida, noté en él un tono de pregunta que se inflexionaba como la voz de un niño que quiere hacer un amigo, con un resabio de timidez en ella. Lo estaba intentando. Yo también, pero el rencor era más poderoso. Hago arqueología de la desgracia de no reconciliarse a tiempo, a pesar de las mejores intenciones.

Hago arqueología también para tratar de entender si él sabía que su vida estaba llegando a su fin o si incluso estaba, a la usanza de uno que otro shandy de la primera etapa, pensando en que ya vendría siendo tiempo de abandonar este barco en tormenta perpetua.

Con ese sabor en la boca, cierro la *Historia abreviada de la literatura portátil*.

¿Qué estoy haciendo en estas páginas? ¿Mitologizo yo también a Pascal? ¿Difamo a Juan Manuel? En un video de menos de cuatro minutos, Dipak Pallana describe los rituales, vida y filosofía de su padre, Kumar Pallana. Kumar se volvió famoso gracias a sus apariciones en películas de Wes Anderson, con personajes que no por breves dejaban de ser parte imprescindible de la magia de las películas de este director. *The rituals of Kumar Pallana* se filmó cuando el actor, yogui, acróbata, entertainer, etcétera, tenía noventa y tres años. Se ve íntegro, fuerte, ágil. En la pantalla prepara chais que me hacen salivar.

Frente a la cámara de su hijo, Kumar invita a vivir simple, porque entre más sencillez, menos preocupaciones. Kumar medita,

da clase de yoga, gira platillos, sonríe, hace chistes, se carcajea y recomienda ir al baño cada mañana. No he conocido a nadie a quien este video no le haga querer aunque sea un poquito al anciano. Este pequeño monumento a lo mejor de su padre es un ejemplo de la estilización más bella que el cariño puede lograr.

Dipak retrata a Kumar con colores cálidos, sus sonrisas más francas, momentos entrañables e imágenes de sus más grandes logros. Si Kumar fue prepotente con la recepcionista de un hotel, si alguna vez golpeó a su hijo hasta hacerlo llorar, si su furia cuando el chai le quedaba aguado lo hacía aventar objetos azarosos contra la puerta, ese video no da señal alguna. Una pequeña estatua de nuestro tiempo: videíto de cuatro minutos de amor.

Kumar Pallana murió al año siguiente, a los noventa y cuatro. Resulta difícil creer que una persona tan vital estuviera en realidad al borde de la tumba. Quizás entre los minutos de grabación que se fueron a la basura está una inhalación tosienta, orines fugitivos, o el instante en que tuvo que pedir un momento de tregua porque el cansancio nonagenario le comía los huesos. Toda debilidad y desacierto está fuera.

Mientras escribo este libro me veo de pie frente a una balanza. En ella, las escalas oscilan entre mi deseo de hablar desde la entraña, de describir a mi padre con todos sus momentos de filo, sus caídas, porque también esas eran él, o especialmente, me dice mi estómago todavía furioso, esas eran él. O filmar en palabras *Los rituales de Juan Manuel García Junco* con la dulzura de Dipak. A veces la melancolía me invita a escribir mi propio monumento, en el que papá carezca de asperezas, y de paso me evite que lo juzguen con la dureza con que yo misma lo juzgué. Hacer un héroe. Un poeta incomprendido en contra del mundo. Un panfleto de amor.

Mientras tanto, solo me queda lo que tengo, esta bola en el estómago que hay que ir desanudando. Como si se pudiera. Regreso el libro al librero y pienso que más valdría ir hacia atrás, al origen de todo, a lo que hubo antes del shandysmo y de todo lo demás.

Aura García-Junco <aura.garciajunco@gmail.com>
vi.,
6 sept 2013&
#8239;18:33
para Pascal
Se rumora que no contestas el celular. Tu santa madre está entrando en pánico; repórtate!

H. Pascal <hpascalien@yahoo.com.mx>
ju., 10 oct 2013 16:24
para mí
Se rumora que ya tienes fon y cel y que no se los has dicho a tu santo padre… por qué sucedería eso?

Aura García-Junco <aura.garciajunco@gmail.com>
ju., 10 oct 2013 17:36
para Pascal
Jaja porque siempre pensé que lo iba a recuperar, pero ya perdí oficialmente la esperanza.

TERCERO: LA SEÑORA WERNER SE ENFERMÓ DE SÚBITO UNA NOCHE

Hay una parte de esta biblioteca que siempre ha estado ahí. Sus lomos de tamaños dispares y tipografía en vías de extensión sobresalen entre los otros libros con letras todas iguales y plastificado sobre cartulina. Ahora ocupa todo un apartado en la esquina del librero, y desde aquí, en la habitual contemplación inactiva, veo las páginas color café y casi puedo oler el polvo centenario que guardan.

Libros varios, VV. AA, editoriales varias, fechas varias. Contenido neto: 15 libros ruinosos de materias, también variadas.
«*Frau Werner war in einer Nacht plötzlich krank geworden.* Deutches Lesebuch für Grundschulen, II Ausgabe».

Si mi incapacidad para leer caracteres góticos no me engaña, el libro que tengo en la mano se llama *Blütenflocken. Gedichte von Luise Rophamel.* Me encantaría transmitir la belleza del libro con palabras, pero nada es equiparable a sentir los gramos de libro viejo sobre la mano. Sus letras doradas, las ilustraciones de la portada gris, flores japonesas rosadas, mirlos y una miniatura de una barca encerrada entre un círculo de grecas, fueron lo primero que me llevó a él. Las palabras tampoco pican tanto como las décadas de polvo que se esparcen por mis manos y pulmones. En su bellísima página de título se indica que la edición es de 1895 y también que costó ochenta centavos (¿de qué moneda?). Luego, unas doscientas páginas de poemas en esa tipografía que se usaba a inicios del siglo pasado para todos los libros en alemán.

No sé alemán. Tampoco mi papá sabía. Lo he estudiado tantas veces que una más sería un insulto al idioma, a mi capacidad de serme honesta y al estudio de las lenguas en general. Comulgo totalmente con Mark Twain cuando dijo «La vida es muy corta para aprender alemán» y a la vez un poco con Borges, que decía que es el idioma más bello [13].

Este libro mudo es un representante de la Embajada de la Buena

Voluntad, título que le concedí a un subgrupo de la sección de la biblioteca que ahora reviso.

Familia: Bibliotheca Patris.

Género: Bibliotheca Antiqua.

Especie: Liber germanus inutilis (Embajada de la Buena Voluntad).

Una sección bienintencionada de la biblioteca, que contiene desde gramáticas hasta indescifrables poemas, que por algún motivo mi papá guardó todos estos años, aunque nunca lo vi estudiando alemán. Supongo que la esperanza de despertar habiéndolo aprendido durante las horas de sueño nunca morirá, o que en algún momento la costumbre de ver ciertos libros declaradamente inútiles puede más que saber que en alguna mudanza del futuro te verás obligado a cargarlos en su calidad de objetos ornamentales. Me alegra la belleza de este libro, pero me deprime su hermetismo, señal de mi falta de disciplina.

Blütenflocken. Gedichte von Luise Rophamel. Google no devuelve resultados sobre Luise Rophamel. Alguna poeta oscura del siglo XIX cuya obra no logró el salto a la gran enciclopedia digital. ¿Eso hace su libro más o menos valioso? No me decido. Si pudiera leerla, sería capaz de juzgar por mí misma qué vale la pena conservar.

Decía mi papá, que será mi fuente única (e inexacta) para evitar las muchas versiones posibles, que su abuela era una señora alemana que fumaba puro y más de una vez se quedó dormida con él en la boca. Cuenta la leyenda que la Oma murió de más de noventa años con una salud de roble. Esto es sin duda una prueba científica irrefutable de que el cigarro no hace daño. Desde ahí, supongo, viene una estirpe familiar de fumadores acérrimos que solo claudican de su práctica cuando, digamos, les da un infarto casi fatal, o se mueren.

Mi papá intentó dejar de fumar el mismo año de su fin. Ni siquiera cuando a mi hermano bebé le diagnosticaron un asma persistente y hubo que poner humidificadores en la casa, esa fue una posibilidad. Mi mamá dejó de fumar con éxito un buen día, nomás con el coraje de su corazón, pero mi papá se seguía encabronando igual que al principio cuando yo le pedía que no

fumara en el coche. Cuando mi hermano y yo desmontamos su casa y quitamos de la pared uno a uno los cuadritos de varia índole que la cubrían (una reproducción de Brueghel el Viejo, hadas *kitsch*, una foto de Revueltas, una tomada por Juan Rulfo, un grabado de Eko, etcétera), quedaron al descubierto sus fotocopias blancas. El resto de la superficie presentaba un amarillo alquitranado tan denso que te hacía olvidar que alguna vez hubo un color debajo. Solo al retirar los cuadros nos dimos cuenta de cómo años de cigarro pueden cambiar el tono de las superficies y de las personas.

De ese ahínco por el humo al que fui expuesta por él viene mi repele al cigarro y el hecho de que jamás le haya dado ni una calada a uno. Ese vicio invasor del que es imposible escapar.

Las enfermedades son el recordatorio más preciso de que somos un cuerpo, y yo me pregunto cómo se vive con el memento permanente que es una enfermedad incurable. Me enteré de que mi papá necesitaba una cirugía de corazón porque se le contó a mi tía en la presentación de mi libro, y mi tía le dijo a mi mamá, y mi mamá me dijo a mí cuando él ya había muerto. Si yo le preguntaba, él me decía que todo bien. En eso fuimos consistentes: permanecimos impermeables a comunicarnos nuestros dolores de carne y de alma.

Me pregunto cómo se piensa el cuerpo cuando el oxígeno falta entre tantos años de tabaco y un corazón que ya no bombea la suficiente sangre. Si los pies hinchados todo el tiempo, si las hernias inguinales, la rodilla que duele y la imposibilidad de pensar claramente, si las idas al baño constantes y dolorosas, si la imposibilidad de orinar, si el insomnio, si…

Me pregunto y pienso llanamente que si eso es la vida, mejor es la muerte.

Mi papá se quedaba medio dormido, medio pazguato, de repente. Se volvió pacífico y sin deseos de discutir, o al menos con menos deseos de hacerlo. La enfermedad fue la cortina que lo desconectó del mundo y lo hizo intraducible.

La biblioteca de libros viejos (Aka Bibliotheca Antiqua)[14] abunda en lomos despelucados y páginas amarillentas. Es posible que algún hongo demande el retiro prematuro de un par de libros, y, desde ya, exige el uso de guantes para verlos, no vaya a ser que los residentes indeseables terminen instalándose en uno de mis ojos

o manos. ¿Tercer ojo de la sabiduría o ceguera parcial con consecuencias duraderas?

Los libros en alemán (Liber germanus inutilis o Embajada de la Buena Voluntad) tienen en las primeras páginas un papel con un número, como para localizarlos: 117, 100, 85. Casi todos están acompañados por un sello que da una pista para resolver el misterio: *Eigentum von M. García-Junco*. M de Marcelino. Libros de mi bisabuelo, Marcelino García-Junco Payán. La biblioteca revela así de entrada una característica del hombre: su organización. ¿De él o de mi abuelo Juan Manuel? Porque, me dice la detective *amateur* que hay en mí, no necesariamente quien puso el número puso el sello.

La mayoría de los miembros de la Embajada están escritos en caracteres góticos imposibles de entender para los simples mortales de este siglo. La tipografía con la que se imprimían los libros en alemán hasta mediados del siglo XX se llama Fraktur porque cada letra requiere más de un trazo, es decir, porque están fracturadas: su característica principal es que la O tiene varias líneas del lado izquierdo y una sola y redonda del derecho. Es una letra muy densa, oscura y abigarrada.

A lo mejor con el ejemplo de estos libros puedo aprender mientras memorizo frases didácticas: *Frau Werner war in einer Nacht plötzlich krank geworden*. La señora Werner se enfermó de súbito una noche.

El cambio de Fraktur a Antiqua, otra tipografía gótica pero ya menos farragosa, lo tuvo que decretar Hitler en 1934. Tan aferrada estaba la fractura que no querían renunciar a ella. Antiqua entró en uso hasta 1941, con un decreto que de plano prohibió a su gótica hermana. Casi todos los libros de esa sección están en Fraktur, unos pocos en Antiqua, todos igualmente ilegibles.

Si quisiera aprender ajedrez con el libro: *Schachstrategie. Einführung in den Geist der Praktischen Partie von Eduard Lasker* (número 116), tendría que franquear tres obstáculos: mi falta de talento para los juegos de estrategia, el idioma y la tipografía, aunque es un libro perfecto para la didáctica de algunas palabras imprescindibles como *König, Reihe* y *zurück* (Rey, reina y atrás). De repente ya no te parece tan descabellado que puedas aprender a la par ajedrez y alemán, o que con lo que sabes de ajedrez, el

alemán se te meta naturalmente por los poros. Alguien nos contó durante la carrera que Werner Jaeger, el magno filólogo alemán autor de *Paideia: los ideales de la cultura griega*, aprendió su español perfecto leyendo el *Quijote*. Nunca sabré si es una elaboración del hecho documentado de que Freud aprendió español movido por ese mismo fin (que no *leyendo* el *Quijote*). Es un lugar común del Hombre de Genio esa capacidad de aprender idiomas de forma autodidacta y por el amor a algún monumento cultural.

Me pregunto si esta selección de libros estaba de alguna manera planificada o fue el azar de los años lo que lo hizo quedarse con tan dispar colección de obras en alemán. ¿Una lista de buenos deseos y esperanzas? «A lo mejor el siguiente año me vuelvo ajedrecista experto, a lo mejor el siguiente año aprendo lenguas clásicas».

Una sorpresa que me pone tan de buenas como cuando mi abuelita me regala una pijama felposa en Navidad: de entre todo el polvo saco dos libros destartalados, un manual de griego antiguo y uno de latín. Me gustan mucho estos métodos para aprender lenguas clásicas que usan textos intuitivos que se van complejizando poco a poco, sin dar muchas explicaciones. También me emociona el *Deutsches Lesebuch für Volksschulen*, un libro para infancias alemanas que funciona parecido: textos, poemas e ilustraciones divididas en áreas temáticas, cada vez más difíciles. Aunque es para primaria, el nivel de dificultad me queda grande.

Las manos se me mueven de picazón y alegría. Debo restringir mi convivencia con estos libros al mínimo indispensable porque son hermosos asesinos en potencia.

Tomó el volumen 117 de aquella Biblioteca Perdida: Dftermann-Müllers. Lateinisches Übungsbuch. 1919, Teubner. *Eigentum von M. García-Junco*.

¿Qué habrá pensado cuando entré a estudiar la carrera más ñoña de las de por sí ñoñísimas carreras de letras? Supongo que se lo comuniqué con la sensación no dicha de saber que lo aprobaría. No recuerdo que haya verbalizado su entusiasmo, pero seguro me hizo preguntas al respecto con los ojos llenos de brillo. Letras Clásicas. Pasé cinco años leyendo textos quebrados en otros idiomas, que muchas veces me atraían más por lo que no entendía que por lo que sí entendía. El fetiche de las cosas antiguas, de la muralla

impenetrable que el paso de los siglos erige alrededor de las obras, lo queramos o no.

Me sorprende lo fácil que es impregnar los textos que leemos con lo que ya pensamos, al grado de hacerlos tan nuestros. Con los clásicos ocurre un doble fenómeno. Los leemos desde nuestra época y subjetividad y por lo tanto es inevitable hacer esa traducción. Sin embargo, a la vez, son un poco impermeables a que les aventemos todos nuestros más profundos prejuicios porque son tan lejanos que muchas veces resulta difícil conectar con ellos[15]. Se requiere toda una serie de prolegómenos para empezar a sentirlos cerca, y ningún bálsamo cura la distancia por completo. Bienaventuradas las que escriben novela histórica porque de ellas será el reino de la empatía imaginaria. Bienaventurado mi papá, un miembro de ese selecto club que, cuando aún era joven y estaba dispuesto a comprometerse años con un libro, escribió unas cuantas novelas históricas en su variante excéntrica: libros eróticos en la china imperial, búsquedas medievales del Santo Grial.

Hay una edición de *Hermann und Dorothea* forrada en cuero guinda, como de 1920. A desnivel en la primera hoja muestra un fragmento del retrato de Goethe que Tischbein pintó en 1786. Cajita emperifollada. Esta edición mini, me indica Google, vale unos apabullantes nueve euros. Así es que, de acuerdo con el precio, no entra en la categoría de antigüedad sino de chatarra. Cuando traje la biblioteca a mi casa, un amigo y una amiga me ayudaron a reacomodarla. Todos los libros viejos terminaron en una esquina y él me dijo lapidariamente: «pueden ser joyas o pueden ser basura. Apúrate a venderlos porque a lo mejor tienen hongos y se los pasan a otros libros». Yo por supuesto que no me apuré a vender nada, ni me importaron los hongos y hasta me ofendí con el mundo por considerar chatarra cualquier libro con esa densidad de años a cuestas. Seguramente lamentaré mi falta de convicción cuando alguno de esos hongos se cuele por los resquicios. Por el momento, me encanta leer los manuales de latín y griego, tratar de ser una niña alemana aprendiendo alemán con rimas y ojear la chatarra ilustrada de jeroglífico contenido. Estos son los libros que se pegan para siempre a una biblioteca nostálgica y que no habría manera de tirar por más inútiles que sean a menos que se esté dispuesta a

arrancarse un pedazo de corazón.

Aunque no tiene el sello de propiedad, *Hermann und Dorothea* está marcado con el papelito delator que contiene el número 85 y lo declara oficialmente miembro de esa misma biblioteca original de mi abuelo o bisabuelo.

Los libros viejos despiertan una espinita de investigación cursi, como de *El violín escarlata*, o peor, de *El Código Da Vinci*. Se presume que sus ojos ciegos han visto mucho, saben mucho, vivieron mucho. Objetos que nos cuatriplican la edad y han habitado en tantos hogares que ya no llevan la cuenta. Hay misterio. Solo en la vida de mi papá, estos libros recorrieron al menos siete residencias. Antes, se volvieron inmigrantes en un viaje vagabundo por el mar. Son reliquias de una historia familiar cada vez más lejana, cuyo valor es sentimental y no monetario.

El fetiche al polvo. Me pregunto qué tanto sentido tiene ese amor por una serie de libros viejos. El sentido de preservar lo viejo en general.

Juan Manuel García Junco Rohde era traductor. Murió de un infarto cuando mi papá tenía diez años. Mejor dicho, murió de la desafortunada mezcla de circunstancias que es infartarse mientras manejas, para después estrellarte contra una pared de ladrillos que te abrirá el cráneo.

Mi abuela llora como si hubiera sido ayer el día en que llegó al hospital y le dijeron que su esposo estaba en una complicada cirugía de cerebro y era probable que no la librara. Siete noches estuvo el hombre en el hospital debatiéndose entre seguir en la triste y dulce existencia o tirar la toalla. De un día para otro, la familia, que se componía de mi abuela Tiche, mis dos tíos, mi papá y mi tía, pasó de una clase media normal a una empobrecida. Hubo que hacer toda la faramalla: sacar a los tres niños y la niña de la escuela de paga y mandarles a la secundaria pública, acoplarse al sueldo de educadora de la abuela y a lo que la caridad familiar quisiera. Acostumbrarse a vivir sin un padre proveedor.

A mi papá le gustaba contar que Marcelino, un tío que por desgracia no murió joven, era un tirano tal que cuando se quedaron huérfanos de padre, les dijo que claro que sí podían seguir viviendo en la casa que les había dejado el abuelo, pero que tenían que vivir

solo en el primer piso. La pequeña desventaja de ello es que no había baño. Es decir, para fines prácticos, les quitó la casa. Además, era un racista a la más pura usanza y colgaba banderas nazis en la azotea. Les ponía mal la idea de que los desplantes de Marcelino pusieran en la mira a Berthel, mi bisabuela alemana, que no tenía vela en el entierro. Aunque de una familia de constructores seguramente colaboracionistas, no parecía muy interesada ella misma en tomar partido por el nacionalsocialismo y llevaba décadas en México, desligada de todo. La mala fama de Marcelino pervive en la familia como una especie de metáfora de todos los vicios de un linaje. Supongo que hay un personaje así en toda historia familiar.

Mi papá le decía a su abuela la Oma, justificado por su origen alemán. Por extensión, su abuelo, aunque mexicano, era el Opa. Tenía más glamur extender el mote, supongo. Mi bisabuelo Marcelino se doctoró en química en la universidad de Berlín. Sería cualquier historia de intercambio si no fuera porque el escenario de sus estudios fueron los años entre la Primera y la Segunda Guerra Mundial. Vivió en un castillo (así de mal andaba la moneda alemana en ese entonces), y regresó casado con Berthel, que nunca más volvió a Europa. Para fines de esta historia (la familiar), se llamaba la Oma y era una señora, parece ser, bastante cabrona. La Oma hacía pasteles de frutas secas con una caja de madera dentro de la cual el pan reposaba meses antes de adquirir la suavidad necesaria para no volarle un diente a quien lo mordiera. Supongo que, siguiendo la caricatura, la Oma fumaba puro incluso mientras amasaba. Puro en boca dándole y dándole a la masa de receta ancestral, mesurados ingredientes en manos de una experta. Una revelación de internet: nadie me había contado que esa bisabuela era también química. Me encantaría haberle preguntado más a mi papá, que seguro tendría alguna buena historia[16] que contar al respecto. Mientras tanto, solo tengo las imágenes que narra mi abuelita Tiche de la señora rezongando en español de erres profusas cada vez que le pedía una de sus recetas. Salvo por un par de fórmulas de Streuselkuchen y galletas, se las llevó a la tumba, la muy envidiosa.

En mi sala habita una máquina de coser Singer de hierro, con su

mueble de madera que años de regar plantas encima han dejado cacarizo. Era de la abuela de mi abuela. La mía la menciona con frecuencia porque por algún tiempo la quiso de vuelta luego del divorcio de mis papás. Imposible. Yo siempre la ambicioné. En mi casa de infancia, era el mueble del teléfono. De niña jugué con su pedal, que aún estaba conectado con una banda de cuero a la máquina, innumerables veces y el enigma del interior de la caja de madera se convirtió en una obsesión para mí. Cuando tuve mi propia casa, me llevé conmigo sus muchos kilos de hierro Art Nouveau. Internet me dice que mi máquina ya califica como una antigüedad, pero no me dice qué hacer con ella, así que la hermosa Singer alberga pacientemente una planta gigantesca en el pasillo de mi casa y unas cuantas chucherías en sus cajones: catnip, cortaúñas para gatos, un juego de desarmadores, un balero y cincuenta pesos.

Por un tiempo sirvió de base para otra antigüedad oficialmente calificada como tal, una máquina de escribir Remington 12 que un amigo me regaló cuando cumplí veintiocho y ha probado ser una habitante más de la casa, en el sentido de que a veces maravilla, pero muchas otras solo estorba. Belleza decorativa, me recuerda a mis gatos por la cantidad de pelo que acumula entre las teclas y su callada presencia. La diferencia es que lleva existiendo en este mundo mucho más que los entes vivos de esta casa. Calculo, sin prueba alguna ni conocimiento de causa más allá del internet, que debe ser de alrededor de 1920. Imposible saber la historia particular de mi armatoste, aún más difusa que los libros viejos del librero, de los que al menos sé un par de datos.

Me imagino a la Remington en melodramas glamurosos, compartiendo la vida con alguna escritora de mediados de siglo; a ella apretando sus teclas sonoras para crear una serie de libros complejos y desgarbados que aún reposan en el cajón de su nieto dentista, quien no sabe qué hacer con el legado de su excéntrica abuela. Lo más seguro, en cambio, es que la máquina viviera en una oficina de contaduría o que un político menor del PRI escribiera ahí documentos deleznables, pero me rehúso a caer en ese desamparo de la imaginación.

Escribir a máquina cuando no estás acostumbrada es como correr un maratón después de entrenar solo dos kilómetros cada vez. Busco maneras de hacerla útil: cartas, primeras versiones de

textos breves, oraciones a la gratitud. No las encuentro. Tampoco sé cómo ponerle tinta. De hecho, no sé hacer nada con ella más que mirarla y pensar el nombre de sus pasadas dueñas. La máquina de coser tiene la cinta de cuero cortada desde que la mudé la primera vez, así que, aunque seguramente funcionaría, no hay manera de activarla. Ambos artefactos pesan tanto que es difícil moverlos incluso en el mismo cuarto. Envejecen más y más, demandan cuidados, se descomponen poco a poco.

Supongo que para algunas personas serían lo primero que hay que quitar de en medio, que carecerían por completo de valor y su historia más que una cualidad sería pesadumbre. La línea entre el tesoro y la basura es tan solo un golpe fetichista.

Antigüedades, herencias, historias e inutilidad a menudo van de la mano. Debería inaugurar una «Esquina de los vejestorios felices» y unir en una orgía anacrónica a los libros y los aparatos. Probablemente entre ellos mismos no se reconocerían como iguales puesto que corresponden a épocas distintas, los de 1900 le harían fuchi a los de los locos años treinta, los de 1950 funcirían la nariz al ver a los *Gedichte* de 1890. Para nuestros ojos, en cambio, el pasado es a menudo solo uno y la categoría «antiguo» se come a la par objetos con un siglo de distancia entre sí. En esa esquina, sin embargo, *Hermann und Dorothea* podría habitar feliz, a sus anchas, sin preocuparse de que sus nueve míseros euros de valor sean notados.

A mi papá le gustaba contar, aunque no pondría las manos en el fuego por la veracidad de la historia, que una vez llegaron unos señores muy serios a buscar al Opa. Querían decirle que el comité del Premio Nobel estaba considerándolo como candidato por sus descubrimientos para sintetizar hormonas. La Oma abrió la puerta, preguntó el asunto y procedió a mandarlos sin miramientos al carajo.

Ah, las leyendas de gloria familiar, el ideal pasado heroico que a la vez presiona a la descendencia y la enaltece. En resumen: nunca sirven para nada más que para chingar.

Sin sorpresas, el Opa era un señor neurótico que no permitía un solo ruido en la casa mientras trabajaba y tenía estallidos de cólera si algún niño osaba invadir de infancia sus territorios. Ya se sabe, el

Hombre de Genio tiene que ser intolerante y estar dispuesto a agarrar a trancazos a quien comprometa sus espacios perfectos de racionalidad.

También se dice que el Opa se paró todos los días de su vida adulta a estudiar a las cinco de la mañana. No sé si ese superpoder vaya junto con lanzar de gritos ante cualquier inocente intrusión de existencia en tu vida, pero, en cualquier caso, ese nivel de disciplina sí lo admiro mucho.

Mi papá murió de un infarto[17], su papá murió de un infarto, mi tío se infartó y la libró por poco. Si yo fuera mi hermano, arroparía a mi corazón como si fuera un cristal delicado.

Frau werner war in einer Nacht plötzlich krank geworden.

En *El infinito en un junco*, Irene Vallejo dice que elegir es, de alguna forma, salvaguardar. Elegir es salvaguardar. Salvaguardo y doy hogar a los libros, que me dan también hogar a mí. No destruí la biblioteca, salvaguardé algunos de sus libros. Pensándolo un poco, así me imagino el proceso por el cual mi papá se quedó con esos libros que seguramente su papá heredó antes de su abuelo. Por medio de un procedimiento de goteo, se constituye la biblioteca final que, llegado el día, se desarticulará cuando alguien decida deshacerse de ella por completo, de tajo, ante la muerte de su propietarix, el deseo imperioso de borrar la propia historia o una emergencia económica. Elegir es salvaguardar. Ni él ni yo podíamos quedarnos con una colección completa, pero sí elegir de manera imperfecta, con manos temblorosas, una nueva.

El abuelo Juan Manuel ponía a mi papá y a su hermano a leer libros de dificultad ridícula para un niño. Mi papá contaba que si su padre llegaba con Kant, había que leer a Kant, y no solo leerlo, sino resumirle el contenido del libro unos días después. Quizás exageraba la dificultad del libro elegido y era nada más, qué se yo, Nietzsche, pero el punto no es ese. Ahora suena hasta pomposo describir esa clase de hábitos, al grado de que la vergüenza me pide dejar fuera ese dato. Paro, respiro profundo e intento recordar que, en su libro autobiográfico, *El olvido que seremos*, Héctor Abad Faciolince no tiene pudor alguno al contar cosas como los países en que vivió y los miles de privilegios de los que gozó por venir de la

familia que venía. En resumen: todo ese capital cultural que ya es de mal gusto estar enunciando por la vida. No le da pena ser honesto y, como lectora, lo agradezco. Así que tomo aire y me repito que ni modo, es parte de mi historia, lo cuente o no.

Ahí veo el origen del nivel enloquecido de exigencia que aplicó luego conmigo en otras áreas. Por ejemplo, en la escuela primaria, mientras a mis compañeras las premiaban por un ocho, a mí me regañaba como si hubiera sacado un tres. Siempre pedía más y yo me sentía en una falta permanente. Me siento.

Intento aprender de los libros que se han escrito sobre historias personales y repetirme que la mía, como haya sido, está ahí. Si tuve un abuelo traductor que obligaba a sus hijos a leer filosofía, lo tuve y ya está. Mi papá mamó libros desde muy pequeño. Luego, cuando mi abuelo murió, él y su hermano mayor hicieron lo mismo con el hermano menor, que era muy pequeño para haber alcanzado las enseñanzas con sangre de su padre. Sin sorpresas, a mi tía no la incluyeron en esa misión. Mis papás fueron bastante laxos en ese respecto conmigo y, aunque seguramente me hubiera causado una gran infelicidad, a veces desearía que me hubieran impuesto rutinas así de rigurosas y forzadas: «Ándele, chamaca, léase su Heidegger y mañana me reporta qué entendió».

Luego pienso que lo que tuve en vez de eso tampoco estuvo nada mal: libros de Stephen King y J. R. R. Tolkien. No dan el prestigio de poder soltar alguna frase mamona, pero sí muchas horas de emoción, al punto de que, en la temporada decembrina en que leí por primera vez *El señor de los anillos*, me metía a bañar con el libro entre bolsas de plástico transparente para no dejar de hacerlo ni un momento. Nunca di reporte de lectura a nadie, pero crecer en una casa llena de libros es un regalo suficiente por el cual nunca dejaré de estar agradecida.

Un par de meses antes de su muerte, a mi papá lo pusieron a dieta de cigarro y de comida para poder operarle su desleal corazón. Lo intentó y estuvo casi un mes sin fumar. Al final de su vida, volvió a las quesadillas grasosas y el cigarro. Me alegra tanto que lo haya hecho. Morir enfermo y en abstinencia no es de Dios. Por otro lado, también me pregunto el porqué de ese acto: ¿La abstinencia era una tortura? ¿Abandonó toda esperanza de que existiera «el difícil

camino a recuperar la salud», como una vez lo llamó? O, ¿había algo más?

La herencia también son los dientes y las enfermedades, la depresión y la calvicie y los corazones que implosionan. De hecho, a menudo, la herencia es solo eso. Algunas personas heredan millones, mi hermano heredó conservar el cabello después de los veinticinco, que es más de lo que pudo decir mi abuelo. A él, a mi hermano, no le tocó lo único material, los libros, porque no le interesaban. A la vez, heredamos dientes que duelen. Yo me llevé el regalo de un pesimismo que con frecuencia me pone frente a paredes inexistentes. Mi papá heredó un corazón traicionero y las heridas de no haber tenido un padre. Un trauma familiar es, de alguna manera, también una herencia. A lo mejor si empiezo a llamarlos así, me es más fácil tirarlos a la basura, como si de desechar un objeto se tratara.

Un día no hace tantos años, mi tío, el que más apoyo le daba, me dijo que mi hermano, él y yo, debíamos fraguar un plan para mantener a mi papá cuando fuera viejo. La frase que más se me quedó grabada, como disco rayado de mis pesadillas, fue «¿O quieres ver a tu papá convertido en vagabundo?».

El comentario venía de la realidad de que mi papá estaba volviéndose prematuramente viejo y que de repente el hombre tan vital que corría de un lado a otro en un concierto en el Zócalo, que cargaba cajas y cajas de libros y festivales con su puro arrojo, no podía evitar el hospital más de dos meses seguidos. De trabajar, cada vez se hablaba menos. La intuición de mi tío, aunque sin duda amarillista, demostró tener fundamento. No lo sabíamos aún, pero mi papá estaba a punto de quedarse definitivamente desempleado.

¿Quién va a contratar a un hombre rondando los sesenta, sin licenciatura, y encima enfermo?

¿Por qué la pena ante la decadencia del cuerpo? ¿Por qué es ilícito nombrar los dolores, las fallas? Seguramente tiene que ver con la fobia a aceptarnos como animales en una sociedad que idolatra la razón como si estuviera desapegada del cuerpo, solo para darse cuenta un buen día que el razonamiento es cuerpo y que todo se

empieza a atrofiar al mismo tiempo.

La humillación de depender de alguien más, de volver a los momentos de falta de autonomía cuyo único registro es la infancia y una que otra enfermedad pasajera, de ver que ahora es el único futuro posible. El terror de ir perdiendo poco a poco calidad de vida. Procesos por los que la mayor parte de las personas pasaremos, procesos de los que nos avergonzamos profundamente.

Paul Auster, en *Diario de invierno*, cita a Joseph Joubert, quien dictó la sentencia «El fin de la vida es amargo» y luego, a los sesenta y un años, reelaboró su reflexión a «Hay que morir inspirando amor (si se puede)». Auster reflexiona sobre «lo difícil que resulta inspirar amor, en particular para alguien que está en la vejez, que se está sumiendo en la decrepitud y se encuentra al cuidado de otros. *Si se puede*. Probablemente no exista mayor logro humano que merecer amor al final, manchando el lecho de muerte con babas y orines».

El bien morir es tan complicado (o más) como el bien vivir y se han escrito muchos menos tratados al respecto, probablemente porque es difícil seguir encargándose de los sentimientos ajenos entre el dolor y el fin del cuerpo. Por otro lado, está la esperanza: por más que los dolores aquejan, con frecuencia no hay certeza de que la muerte está tan próxima.

En *La sunamita*, de Inés Arredondo, Luisa debe ir a cuidar a su tío Apolonio, quien está al borde de la tumba. El viejo la corteja desde su lecho y, luego de mucha presión, ella accede a casarse con él, pensando que está a nada de irse. No sucede. Por el contrario, el tío Apolonio resurge cada día más rebosante de vida. He visto en muchas personas enfermas a un tío Apolonio que regresa renovado de los últimos aspavientos. He visto otras que creen que serán como él, pero en cambio mueren de repente, en una cruel trampa de la esperanzada inútil.

Mi papá osciló entre creer en el camino a estar sano y acariciar amorosamente el fin. Por un lado mencionó aquello del camino a recuperar la salud; por otro, escribió un «Acto de fe» que era más bien un obituario. Un poema en el que recorría su vida entera. Hay entre esas líneas una estrofa que me hace temblar tan solo recordarla. Pero aún no estoy lista para leerla de nuevo. Era obvio que Juan Manuel sentía que el alma se le escapaba del cuerpo,

también que no quería ser una carga para nadie, ya fuera por vergüenza o por consideración. Me pregunto qué hubiera hecho yo si él hubiera decidido que necesitaba a alguien que lo cuidara el resto de sus días y yo fuera la opción obvia al ser una mujer sin descendencia. Seguramente también él se lo llegó a preguntar.

Con mis sagrados vejestorios en la mano, pienso en que los hongos son la enfermedad de los libros. No tienen que ser viejos para que estos aparezcan, pero es más probable que, conforme se debilitan las fibras que componen las hojas, el moho, las manchas amarillas, verdosas, negras o bermellón ataquen. Las condiciones del ambiente también son cruciales para que las enfermedades librescas hagan su aparición: mucho calor o mucho frío, humedad o sequedad extrema. Un poco de sol los mantiene sanos porque asesina a los hongos más ligeros, mucho sol los decolora y debilita. Ser leídos los desgasta, pero dejarlos arrumbados y acumulando polvo tiene otra consecuencia: el polvo, por más módica que sea la capa, retiene humedad dentro de las páginas y volvemos al problema de inicio.

A menudo olvidamos que los libros son principalmente materia orgánica, y, aunque alejados por los procesos industriales del papiro o el pergamino, planta y piel de animal respectivamente, son también naturaleza latente. Tocamos un árbol cada vez que hojeamos papel. También muchos químicos, es cierto, máquinas, manos humanas, a veces plástico, pero, al fin y al cabo, pulpa de bosque. Me duele pensar en todos los árboles que viven en mi sala o, más bien, que mueren en ella, pero intento, por más falacia que sea, sentir que, mientras exista el libro y se use, el verdor no desapareció en vano, sino que se transformó en otra forma de vida.

Los libros son organismos con una historia y tiempo restringido, igual que las personas, aunque más longevos. Y también, al igual que ellas, si se cuidan adecuadamente, si se les da mantenimiento ante las primeras señales de la enfermedad, es más probable que estén sanos. Los hongos se enfrentan con un poco de sol, o en los peores casos con alcohol y aislamiento. Las hojas destartaladas se pueden reencuadernar, las páginas amarillentas, quitar del sol directo y persistente para evitar más decadencia. Tanto que hacer, y tan pocas personas haciéndolo. Me incluyo en ese grupo amplísimo de irresponsables propietarias de una biblioteca que rara vez pasan un trapo.

Hay otra forma de envejecer, una que no nos compete del todo. Cuando los libros envejecen, siguen en ocasiones siendo útiles, pero, otras tantas, se vuelven palabras sin sustento, testimonios caducos de otra época. Sostienen discursos que ahora hacen zumbar oídos o simplemente han perdido valor para cierta sociedad. Me duele pensar en cómo esto es verdad también para las personas. Pienso en las ancianas que gritan sin pudor algunos dichos racistas incuestionados durante sus primeros sesenta años de vida. Pienso en lo anacrónicas que suenan ya algunas cosas que dice gente incluso más joven que una nonagenaria. Mucho depende, es claro, de quién las escuche, pero al mismo tiempo las ideologías de los tiempos y los espacios pueden discurrir cruelmente en la dirección opuesta en que crece un árbol de tronco recio. Se envejece con el cuerpo y con la mente, y las ideas estáticas también *son envejecidas* por el cambio a su alrededor. Un movimiento supone cambio: el cuerpo con la enfermedad, el cuerpo con su desintegración; y otro es, por el contrario, una pausa: la mente en su contexto móvil.

Mi papá envejecía y muchas de sus ideas con él. Su cuerpo tenía un itinerario propio; su mente se enraizaba en su propia necedad, es decir, en su genio y compostura. En un episodio de Los Simpson, el abuelo Simpson, Abraham, le dice al Homero adolescente una máxima universal: «Yo sí estaba en onda, pero luego cambiaron la onda. Ahora la onda que tengo no es onda. Y la onda de onda me parece muy mala onda. ¡Y te va a pasar a ti!». Da miedo pensar en qué momento la vorágine de cambios cada vez más veloces nos relegará a una onda que ya no es onda. Cómo un hombre sumergido en el ideario del 68, progresista, atípico y rebelde termina siendo lo contrario en tantas cosas. La materia orgánica y las ideas caminando en direcciones opuestas y, al mismo tiempo, al mismo lugar: el paso del tiempo, la vejez, el libro que es sabio y tonto a la vez, móvil y deshojado. ¿Seré algún día su espejo?

Me pregunto si mi papá pudo encontrar reposo cuando mi abuelo murió. Entre las terribles circunstancias que vinieron luego de su muerte, suena difícil. Cuando Juan Manuel murió, me fue arrancado un pedazo de mundo, pero nadie me jaló el tapete en el que estaba parada hasta ese día. Pude pagar la renta el siguiente mes, la gente a mi alrededor fue comprensiva. En el trabajo me dieron permisos y

apoyo. En el funeral estuvieron mi familia y mis amistades más queridas y se quedaron a mi lado por mucho tiempo. Mi novio de ese entonces me abrazó durante las noches de ataques de pánico, dos amigos hermosos nos ayudaron a mí y a mi hermano a desalojar la casa de mi papá y la hicieron de *sommeliers* de libros para ayudarme a enfrentar la gran hecatombe de libros vendidos al ropavejero. Mi mamá, como siempre. A ustedes, mi cariño eterno y un shandy pascalizado.

Mi papá se quedó huérfano de padre a los diez años, lo que significó inestabilidad económica extrema, un cambio de clase social súbita, el rechazo de una parte de la familia del padre. Quiero parar un momento para pensar quién y por qué se atrevería a acrecentar el dolor de una familia que acaba de perder a un miembro fundamental expulsándole de la seguridad de tener una casa. Quisiera poder viajar en el tiempo a esa casona en Tacubaya y enseñarle a ese niño al que se le exigió tanto que había un camino distinto para hacer y vivir. Y para darle un golpe en la cara al tal Marcelino.

Qué temple de mi abuela para continuar a pesar de todo, de lograr construir otra casa en otro sitio con sus tres hijos, uno muy pequeño, y su hija, desde siempre muy rebelde. La belleza de la vida que crece en torno al gran agujero de la muerte.

Ahora busco también entre los vivos aquello que no me dan los recuerdos de un muerto ni los libros de su biblioteca. Alfonso me cuenta que solo una vez vio llorar a Pascal. Poco tiempo después de haberse divorciado, mi papá se quedó sin algunos dientes. No sé cuántos le quitaron en total, pero sí que al menos varios frontales perdieron la batalla contra el dentista. Como era muy caro hacerse un implante, mi papá pidió que le hiciera un remiendo con resina. La primera vez que lo vi así fue en un festival en el Zócalo y aún recuerdo la gran conmoción que me causó verlo.

El envejecimiento de los padres es algo para lo que ninguna progenie está preparada.

Es el contraste con lo que fue, pienso. Con la juventud que es solo pasajera pero que cuando eres hija se antoja eterna. Cuando era pequeña y no iba a la escuela, mi papá me llevaba a su rondín de

periódicos. En ese entonces él era lo que es un ser normal para mis estándares. Colaboraba en varios con columnas y reseñas, muchas de las cuales firmaba con pseudónimos diferentes al habitual. Juan Villoro describió en una columna-obituario las dinámicas en *La Jornada Semanal*:

> Conocí a Juan Manuel García-Junco en 1995, en las agobiadas mañanas de *La Jornada Semanal*. Olvidé su nombre de inmediato porque él prefería que lo llamáramos H. Pascal. Hablaba con la celeridad de quien piensa con gran concentración en cinco cosas a la vez. Era experto en literatura de terror, *fantasy*, novela de aventuras, cómic y ciencia ficción…
> Nuestro suplemento dedicaba dos planas a las prosas apátridas que no respondían a un género preciso: El Curioso Impertinente. Pascal podría haber llenado esa sección como solista, pero aceptaba su turno con disciplina. Aunque tenía prisa para hablar, no protestaba por nuestros rezagos y en cierta forma nos compadecía por carecer de espacio.

Si las etapas de la vida de mi papá fueran radiografías de un torso, esta mostraría unos pulmones jóvenes y fuertes, mientras que la de sus últimos años mostraría ese amarre retorcido que son los pulmones de un fumador de carrera. Durante su primera radiografía, hacía lo que hacen quienes escriben en este país: partirse el lomo entre veinte cosas distintas sin que ninguna deje mucho dinero, y empezar con tímidos proyectos propios financiados por alguna institución. Para el momento de los pulmones de alebrije había perdido conexión con los medios tradicionales.

Se quedó enfermo y también se quedó sin trabajo. Para cuando murió, en 2019, llevaba desempleado desde el cambio de gobierno de 2018, arrastrado entre esas mareas que despiden equipos enteros con cada rotación. Sin seguro de desempleo, sin ahorros, sin jubilación posible. Yo lo veía y me preguntaba de qué puede trabajar un hombre en ese estado, cuando el cuerpo comienza a fallarle y, poco a poco, como consecuencia de eso, también la mente. Supongo que él mismo pensaba esas cosas mientras exploraba el laberinto que era su nueva corporalidad. No le deseo a nadie vivir eso: cómo las facultades caen como guiadas al

inframundo por una fuerza maldita que quiere arrebatarte la autonomía.

Los libros, rotos, envejecidos y hongueados, siguen sin jubilarse. Lo que contienen, incluso cuando esté desactualizado en ocasiones, tiene valor. Al menos para mí, aunque en la escala monetaria del mundo[18], no se vea reflejado. Qué gusto que los libros no tengan sentimientos[19]. Mi papá también tenía valor, aunque en la escala monetaria del mundo, no se viera reflejado.

Los libros viejos tienen entre setenta y ciento cuarenta años. Mi abuela sigue viva y ya rebasa los noventa. Mi abuelo no llegó ni a los cincuenta. Mi papá le ganó por unos años y vivió sesenta. Solo mi abuela compite en longevidad con algunos de los libros, solo ella no tiene ni tuvo el más mínimo interés en leerlos. Tampoco quiere ya de vuelta la máquina de coser que fue de su abuela, luego suya y ahora mía. Ella podría dar cátedra de cirugías y dolores y de lo que es ver cómo el mundo corre a bofetadas, mata a quienes quieres más. Podría dar cátedra de lo que es vivir el cuerpo como un pergamino repleto de reglas de lo que se puede hacer o no hacer, de las limitaciones y alcances del movimiento. Podría dar cátedra, en fin, de querer seguir en la vida a pesar de todo. Es tan diferente a mi papá. Entre más recorro la historia de Juan Manuel, más sospecho que no tenía tan claro eso último: el deseo de vivir. Hay una pista, un episodio fundamental, que me hace pensar eso.

Lluvias de 2018. Primera llamada: comenzamos. Estoy en el trabajo, en una junta, como a mediodía, cuando veo tres llamadas perdidas de mi mamá. Raro. Llamo y me dice que la vecina de mi papá lo encontró tirado, que alguien tiene que ir a ver. Me pregunta, mi mamá, si puedo ir. Le digo que en lo que llego desde la Condesa hasta Lindavista va a pasar un buen rato. Se decide, resignada. Al fin y al cabo, es la única que tiene llaves. Mientras, la ambulancia va en camino. La vecina le ha dicho algo aterrador: mi papá no logra articular palabra.

Intento regresar a la junta, pero, obviamente, se interrumpe de nuevo. Ante la mirada discreta de mis compañeros de trabajo, escucho el reporte de mi mamá, que para entonces ya está ahí. Mi papá balbucea, no se puede parar. El paramédico de la ambulancia

suelta, muy casual, «es una embolia». Mi mamá lo repite en el teléfono y yo escucho un eco que no está ahí, luego de cada sílaba.

Termino mi junta no sé cómo y me voy a casa. Tengo miedo, espero a que la ambulancia y mi mamá lleguen al hospital de Nutrición, muy al sur de la ciudad. Van a tardar un buen rato. Hago llamadas, pienso en lo que esto significa. Nuestras vidas están a punto de cambiar. ¿Podrá volver a hablar? ¿Cuánto tiempo tendremos que alimentarlo a cucharadas? ¿Quién le va a cambiar los pañales?

Nutrición, ese hospital de nombre engañoso en el que se atienden muchos males. Para cuando llego, en la noche, mi hermano y su novia ya están en la sala de espera. Mi mamá lleva ahí varias horas, y usa los mismos pants del ejercicio, en donde la agarró la emergencia. No ha comido.

El diagnóstico es muy distinto al que el camillero nos aventó irresponsablemente a la cara.

Se puede pasar a ver a mi papá de uno en uno. Mi hermano y yo pasamos a la sala de espera previa a su cubículo. Nos sentamos ahí. Él sale por algo y en eso una enfermera dice la letanía «Familiar de Juan Manuel García-Junco». Se necesita que alguien pase a darle un pato. Estoy sola, así que no hay de otra, voy.

Entro. Lo que hay en sus ojos al verme entrar es vergüenza. Tanta, tanta vergüenza de que yo esté ahí. De que sea yo la que tiene que pasarle el pato para orinar. De que lo vea así, tan vulnerable, cubierto solo con una bata de hospital. De haber llegado ahí como llegó, por lo que llegó. Le paso el pato. Aunque ya puede hablar, no decimos palabras sobre la situación. Tampoco palabras cariñosas o reconfortantes. Salgo.

Después de los pronósticos aciagos de la mañana, sucede lo impensable: lo dan de alta. Espero con el corazón en la mano a que mi hermano regrese para que lo ayude a vestirse. No quiero, bajo ningún motivo, ser yo quien lo haga. Estoy segura de que es mutuo.

Entre todo el descontrol, olvidamos mandarle chanclas y él no llevaba zapatos, así que, para ser más exacta, lo dan de alta en calcetines y pijama: el desamparo de los pies descalzos que esperan un taxi afuera del hospital de Nutrición. No intenten, de verdad no lo hagan, pedir un taxi afuera de ese hospital. Es una misión miserable si se tuvo una falsa embolia y, sobre todo, una

excesivamente tardada, sea cual sea la situación.

Nos vamos a dividir en dos vehículos. No digo nada, pero espero con toda el alma no ser yo quien tenga que irme en su taxi. Así sucede: mi hermano y su novia, una maestra en lidiar con enfermedades según me entero, se van con él. Yo con mi mamá. El plan es que yo me vaya a mi casa con mi mamá, donde su pareja pasará a recogerla; mi hermano acompañará a mi papá a la suya. Otro alivio: aquí termina mi papel. Ya que estamos en camino hay un cambio de planes: mi papá tiene que pasar urgentemente al baño. Se verán obligados a hacer una parada en mi casa, a mitad de su camino. Yo llego mucho antes con mi mamá. Un buen rato después, la otra parte de la caravana nos dice que ya está ahí. A mi papá le urge urge urge ir al baño.

Un hombre en calcetines, manso y algo triste, camina con una pareja joven por un edificio desconocido. No encuentran mi casa, me marcan. Doy instrucciones, mi hermano referencias, no nos entendemos. Todo está enrarecido. Bajo por las escaleras, no nos encontramos. ¿Estaré volviéndome loca?

Misterio resuelto: se confundieron y están en el edificio de al lado. Nos vemos afuera, en la calle encharcada, y ahora sí, subimos los tres pisos de techos altos que son el camino a mi departamento.

Por un momento mezquino me pregunto: ¿será un subterfugio para conocer mi casa? Porque sí, esta es la primera vez, en los tres años que llevo viviendo aquí, que mi papá entra a mi sala. Saluda a la gata, que, como siempre, sale a inspeccionar a los extraños. Se sienta un rato, les ofrezco algo de cenar. Mira todo alrededor, lo examina: los libros, los libreros, la decoración. Me dice que es muy bonita, le agradezco. Su cara es ese lienzo rojo e hinchado de los últimos meses, aunque consigue sonreír. Al final la pareja de mi mamá los llevará, al fin y al cabo, viven muy cerca. Se van. Me quedo sola.

Tiemblo. Abrazo a la gata.

Aviso a quienes preocupé: mi papá no tuvo una embolia, sino, quizás, una sobredosis de pastillas para dormir.

CUARTO: EL PEOR DE LOS DESIERTOS

Cuando escucho a Alfonso hablar de Goliardos, una multicitada frase de Charles Dickens, de *Historia de dos ciudades*, suele darme vueltas por la cabeza:

> Era el mejor de los tiempos y era el peor de los tiempos; la edad de la sabiduría y también de la locura; la época de las creencias y de la incredulidad; la era de la luz y de las tinieblas; la primavera de la esperanza y el invierno de la desesperación. Todo lo poseíamos, pero nada teníamos; íbamos directamente al cielo y nos extraviábamos en el camino opuesto.

Por ahí del 2005 Goliardos estaba en la gloria goliárdica. En todas las ferias del libro de la Ciudad de México, cada semana en el Circo Volador organizando sus propios festivales de ciencia ficción y fantasía, trayendo de vez en vez escritores y escritoras de otros países para los eventos más grandes que organizaban en conjunción con algunas universidades y dependencias públicas. Los Goliardos se vendían como pan caliente, todo parecía estar por ocurrir.

La eterna pregunta es ¿entonces por qué no ocurrió? ¿Por qué, como cuento fraguado por una escritora aburrida, tuvo inicio, nudo, pero no desenlace? Pensé en hacer una historia de Goliardos, investigarla de voz de las otras personas, de Alfonso, pero las palabras se me resbalaron una a una. Esa no es mi historia. La mía es la de los años de ilusión que pasé al lado de mi papá, y los años de tristeza en que me esforcé en alejarme. Es la historia de ese misterio: verlo crecer y luego verlo caer sutilmente, sin saber cómo o por qué, para no volver a resurgir. Es la historia, creo, de una depresión compartida.

Mi secundaria y los primeros dos años de la preparatoria corresponden a un momento en el que mi papá estaba, por lo menos, entusiasmado; más imbuido en el crecimiento de su bebé de papel que de sus descendientes de carne y hueso, o su matrimonio, y es también, sin querer, nuestro momento de mayor cercanía. Aunque no fui parte, Goliardos fue también un parteaguas en mi

vida.

Creaturas del abismo, VV. AA, Colectivo Goliardos, 2004. Antología de H. Pascal. Contenido neto: cuentos de 22 autores y autoras (muchas más *O*s que *A*s) y un prólogo de un entusiasta editor de géneros periféricos.
«Puede llamarse neogótico o *cyberpunk*, ficción oscura o leyendas urbanas. Qué importa. Lo que vale es la capacidad poco común de estos autores para convertir en terreno de juego, de juego a veces bastante rudo, el peor de los desiertos». Del prólogo de H. Pascal para esta y todas las demás ediciones de *Creaturas del abismo.*

En la portada, una adulteración de una de mis pinturas favoritas de la adolescencia, *El rapto de Psyche* de William-Adolphe Bouguereau. La imagen clásica de la mujer en pleno éxtasis, volando en el cielo en los brazos del dios Amor, es coronada en esta versión por unas enormes alas de murciélago que respaldan a Cupido. Atrás, en vez de nubes, un fondo estelar con planetas cafés. Es uno de mis *collages* favoritos de Goliardos. Él hacía casi todo: el diseño, la maquetación, la corrección. Imagino a mi papá recortando amorosamente los bordes de la pareja mitológica con Photoshop del año 2000, por horas, hasta dejarlos lisos, adecuando el tamaño de las alas de murciélago que ahora hacen volar al Cupido. Colocando los planetas en cada esquina de la portada. Admiro mucho la manera en que diseñaba las plaquettes una a una, con sus excéntricas interpretaciones de obras clásicas. En 2004, esta antología recibió el Premio Nacional de Literatura Fantástica Sizigias, que otorgó la Asociación Mexicana de Ciencia Ficción y Fantasía durante un breve lapso de cuatro años. En muchos sentidos esta plaquette, que es más bien un libro, es la culminación de un proyecto editorial. Lo tengo en varias ediciones, algunas con la portada, cosa excepcional en un Goliardo, de cartulina y a colores. Adentro, algunos nombres famosos y otros que no tanto. Hay cuentos que surgieron dentro del taller de Pascal y otros escritos por sus amistades, a quienes a veces publicaba sin autorización. Un muestrario de lo que fue el Goliardos de los primeros años.

El índice de esta antología de cuentos es una foto de mi

adolescencia. Varios de esos nombres pertenecen a personas con las que compartí momentos que para mí eran aventuras. Había, por ejemplo, una chica de pelo largo y lacio, sonriente y buena onda, que por esas épocas se mudó, al más puro estilo de *Los detectives salvajes*, al Hotel Virreyes, ese edificio brusco y hermoso en José María Izazaga que no se caracterizaba por ser particularmente acogedor. Detrás de la fachada neocolonial, un montón de habitaciones con sabor a motel que no había sido remodelado desde los setenta albergaba a personajes de lo más diversos. El concepto de vivir en un hotel me parecía un acto de completa excentricidad, aunque ella misma no lo era tanto. En su carro, que mi papá se apropió a fuerza de nombrarlo el Goliardomóvil, íbamos de un lado a otro, cual lata de sardinas y cargando plaquettes, *stands* y demás parafernalia. No sé cuánto tiempo existió el Goliardomóvil y cuánto tiempo ella aguantó los abusos de chofereo a los que sin duda mi papá la sometió, porque el recuerdo es impreciso: no empieza y no termina, solo existe un conjunto de personas en sus veintes, un señor de cuarenta y tantos años y dos adolescentes, mi mejor amiga y yo, sentadas una en las piernas de la otra porque no cabíamos, de camino a festivales de fantasía o ciencia ficción más o menos destartalados.

En esa época conocí a Alfonso. Empezó siendo un estudiante de Biología con curiosidad literaria, y terminó dejando esa carrera y estudiando Letras Hispánicas. También aguantó a mi papá hasta el final, entre olas de lejanía y peleas. Un shandy pascalizado para Alfonso por un logro de tal envergadura.

Al empezar el análisis de este libro de portada cósmica, algo llama mi atención. Cuando se trata de romperla con las semblanzas, mi papá rankeaba alto. Leo en *Creaturas del abismo*:

> Pascal es básicamente, escritor de fantasía, aunque tiene dos novelas de Ciencia Ficción y ha publicado una multitud de antologías de ficción oscura. Además, ha participado en la fundación y dirección de dos proyectos editoriales bastante extraños: *Azoth* y *Goliardos*. Es también fundador y director de dos festivales internacionales de literatura fantástica que hay en México y una especie de orco goliárdico, de ángel gandalla que cree, que está seguro de que la vida en realidad es un

deseo, no un significado.

Me está haciendo reconsiderar las semblanzas aburridísimas que suelto por aquí y por allá, donde intento balancear mi falta de autoestima con las reglas del juego que exigen una lista de logros de los que una puede o no estar muy convencida, pero que hay que poner. ¿Cuál sería el equivalente de un orco goliárdico? ¿De un ángel gandalla? No sé qué es más mamón: si poner una innumerable lista de obras y reconocimientos para probar la propia valía o inventarte epítetos ingeniosos destinados a caer bien, ejerciendo de *community managers* de nuestra propia vida.

Otra mención especial para las fotos que acompañaban dichas semblanzas. En la que aparece en la revista *Replicante*, el primer plano corresponde integralmente a una mano haciendo huevos. Atrás de dicha mano, un señor muy canoso medio sonriendo en una camiseta negra y una camisa roja encima. Algunas otras tienen una mano abierta, bloqueando la cámara, de frente. Ya se dijo: es el cultivo del arte de la insolencia típicamente shandy.

> El terror, la ciencia ficción, la fantasía, todo aquello que implica lo fantástico, la visión de otros mundos, el relato urbano con tintes policíacos emparentados con la novela negra, las leyendas de la ciudad, todo aquello que implica asomarse al otro lado del simple espejo de lo cotidiano. Esta antología es así: nos lleva a situaciones límite, nos propone reconocer y reconocernos en personajes insólitos.

La cruzada (porque eso era) de Goliardos era la divulgación de géneros que, como también dice el prólogo, no solían ser parte de la «corriente principal en términos comerciales» e incluso podrían considerarse una «literatura periférica». No solo el contenido lo era: los precios de las plaquettes, incluso de esta que es más un libro, eran muy bajos y se vendían en lugares donde normalmente no circulaban libros, por ejemplo, los conciertos del Circo Volador o convenciones de cómics. La diversidad de la gente que asistía a los eventos, más allá del hecho de que predominaba lo *dark*, era muchísima. Si algo se puede asegurar es que no eran eventos elitistas.

Un shandy pascalizado para Pascal y compañía, que lograron sostener por años y contra viento y marea espacios de este tipo, a

pesar de todo.

Los talleres también pretendían llegar a personas fuera del espectro habitual: en los más de treinta años que mi papá los impartió, casi todos fueron gratuitos. A cambio, el pago exigido era la fidelidad absoluta ante los designios de Pascal, o trabajar vendiendo plaquettes o en la organización y logística de los festivales. El taller en sí mismo ya lo anunciaba:

> Más que un taller se trata de un proyecto —editorial, plástico, sonoro— con diversas acciones y espacios. Una experiencia para escribir, crear y producir editorialmente de verdad. Por ejemplo, los integrantes del proyecto han producido recientemente en el Circo Volador el Festival de Horror Cósmico: a 70 años de la muerte de Lovecraft y han publicado *Decapitar de nuevo a las estrellas, Diablo flaco, Ángeles enfermos*, etcétera.

En ese entonces, la cosa estaba clara. Goliardos era lo que prometía: una publicación autogestionada en la que quienes escribían eran quienes ponían la publicación en manos de quien leía, sin intermediarios. En otros, la mayoría, las decisiones eran enteramente de Pascal, un tirano simpático.

El prólogo de *Creaturas del abismo* también indica que el contenido de la antología fue designado por medio de criterios atípicos. No explicita cuáles son estos, pero puedo imaginarlos y no dejan de parecerme de los más típicos. Él era el criterio.

Una muestra de la locura colectiva. Durante mis años en la Prepa 9, más de una vez me dijeron que tal o cual personaje quería conmigo porque era hija de Pascal. No soy tan ingenua como para pensar que esos eran los motivos reales, pero aun así el gesto es curioso: ¿por qué enunciar la atracción desde la admiración a mi papá? Decir directamente *quiero con ella* era suficiente, pero el pequeño culto que Pascal estaba formando a su alrededor comenzaba a ser evidente en mi mundo. En el Circo Volador, en el tianguis del Chopo, algunos seres oscuros se acercaban a saludarlo con las caras pintadas de ilusión y, muchas veces, de pintura blanquecina. Mi papá era más o menos mamón, mantenía ese delicado equilibrio entre distancia y carisma brusco. Ese talento para pintar huevos sin

ofender a nadie, incluso siendo adorable, no lo tiene cualquiera.

Hubo un momento, me cuenta Alfonso, en que Goliardos salía forrado de dinero de las ferias del libro. Si mi papá hubiera sido un devoto del Excel, tendría un registro de lo que por esa época era obvio: se vendieron miles y miles de Goliardos tan solo en unos pocos años. Para un proyecto independiente, es insólito. Muchas de las plaquettes que reposan ahora sobre mis piernas tienen escrito el número de edición: tercera, cuarta, décima. Probablemente ha sido uno de los proyectos de difusión que ha llegado a más lectores y lectoras en la historia de esta ciudad.

Uno de los lugares donde más constante era la presencia del *stand* que parecía improvisado fue el Circo Volador, primo cercano del Tianguis Cultural del Chopo. Vendía en todos los eventos, además de organizar los propios. Por esa época, se fundó ahí el círculo cultural libro-club Lovecraft y el pago para entrar a varios de los festivales era «50 pesos o 25 y la donación de un libro de narrativa fantástica o poesía en favor del círculo cultural libro-club Lovecraft del Circo Volador».

Paco Ignacio Taibo II cuenta que un día mi papá lo invitó a dar una plática a su círculo de lectura, supongo que ese mismo del Circo Volador. Este grupo en particular solo leía a Lovecraft. Qué raro. Taibo le preguntó si le gustaba mucho el autor norteamericano y mi papá le dijo que no, ni tanto, pero ese «no era el punto». Estaba ahí porque, si ya leían a Cthulhu, tarde o temprano empezarían a leer otra cosa. Era la droga de entrada. Así que Taibo fue a dar la plática y aprovechó para meterles algunas ideas sobre un tal Cervantes. Pronto, el librero de una librería cristiana que estaba ahí cerca reportó ventas insólitas (o ventas y punto, que ya es decir algo) de los *Sonetos* de Cervantes. Los compradores: «un grupo de *darketos*».

Goliardos se autodenominaba como una asociación por los derechos culturales, es decir, por el derecho al acceso a la cultura de todas las personas, sin importar su origen y capacidad económica. Mi papá era, en muchos sentidos, un gran católico. Daba dinero por aquí y por allá y regalaba plaquettes a quienes no tenían con qué pagar. Era, sin duda, muy generoso y fiel con su visión socialista.

Por otro lado, me resultaba desquiciante verlo dar tanto cuando

en casa los problemas económicos eran una constante. Debió ser desquiciante también para quienes eran partícipes de la generación de ese dinero y que no recibían mucho a cambio. ¿O no siempre? Quizás, como los libros viejos de este librero, el valor de lo que recibían no era económico.

Con frecuencia se me olvida que el nombre de Goliardos es, deliberadamente, destino. En el medievo, los goliardos eran monjes itinerantes que le cantaban a la vida entendida como beber, coger y disfrutar. No por ello eran menos cristianos, pero sí eran menos aceptados por la iglesia, al grado de que los condenaban todo el tiempo en los concilios. Vivían a la vez adentro y afuera del clero, como malabaristas del Señor. Vagabundos ociosos dedicados a la sensibilidad del mundo que Dios les dio, escribieron algunos de los poemas medievales más memorables. En la universidad leí parte de los *Carmina Burana*, más recordados por la versión un tanto cursi que Carl Orff hizo de ellos en el siglo XX, y me maravilló su manera de unir alegría, fatalidad y humor en los poemas, además de su crítica al poder de los soberanos y la sátira que hacen de vez en vez a la perversión de la iglesia.

Esos primeros años después del divorcio, el Circo Volador se volvió uno de los lugares que yo más frecuentaba. Contrario a lo que se podría pensar, no solo no tenía obligaciones laborales, sino que podía llevar a una amiga, esa mejor amiga, a los conciertos y, a cambio de cosas que habría hecho por puro gusto, como pegar pósters atrás de las mesas donde reposaban las plaquettes, escuchábamos a bandas nórdicas y, sepa Dios o Satán (recurrentemente nombrado en ese sitio) de qué otros lugares, mientras la tropa goliárdica vendía en el *lobby*. Mi amiga y yo, vestidas de negro y en plena adolescencia, fuimos a decenas de conciertos de bandas que ahora me daría pena nombrar. Así, entre el azar de no conocer a casi ninguna de las bandas, vimos desde porquerías seminazis hasta *H.I.M* y *Lacrimosa*, que nos encantaban. También hicimos amigos en los grupos locales de metal, que eran una constante en los festivales. Mis noches en el Circo Volador eran a la vez una aventura y parte de mi identidad; un lugar seguro y feliz.

Un enfoque particular de Goliardos, que venía directamente de mi papá, era su inusual inclinación hacia la poesía dentro de la literatura de género. Para mi papá, el máximo exponente de esta mezcla inusual era Amado Nervo, que, aunque poco conocido por ello, es autor del primer poema de ciencia ficción mexicano. Cierra el número de Goliardos llamado «Amado Nervo: La última guerra»: «Quizás, casi seguro, no hay por qué dudarlo, Amado Nervo sea el *inventor* de la poesía de ciencia ficción». El ejemplar que tengo en la mano dice ser la octava edición, por lo que resulta obvio que, aunque fueran pocas copias en cada una de ellas, Goliardos vendió mucho Amado Nervo.

Los talleres que impartía los últimos años siempre tenían poesía en el título, y opinaba, como otras personas, que para escribir prosa hay que leer mucha poesía. Su escritura demuestra esa inclinación con figuras retóricas casi siempre originales y pulidas.

El poema que cierra la plaquette de Amado Nervo se llama «Kalpa» y utiliza en esta edición la tipografía del averno llamada Comic Sans. Es un poema breve que habla de lo cíclico del tiempo. Después de un epígrafe de *Así habló Zaratustra*, Amado (me permito decirle por nombre) entra de lleno al ouroboros:

En todas las eternidades
que a nuestro mundo precedieron,
¿cómo negar que
ya existieron planetas con
humanidades;
y hubo Homeros que
describieron las
primeras
heroicidades,
y hubo Shakespeares que
ahondar
supieron del alma en las
profundidades?

Todavía puedo recrear fielmente la manera en que mi papá recitaba esos versos, la entonación un poco engolada, los ojos mirando al vacío, o a ese catálogo detrás de sus ojos que presentaba una tras otra la línea de los poemas.

Serpiente que

muerdes tu cola, inflexible
círculo, bola
      negra que giras
sin cesar, refrán
monótono del mismo
canto, marea del
abismo,
      ¿sois cuento de nunca acabar?…

En masculino por mayoría absoluta, algunos autores publicados en el Goliardos de la primera era, con o sin su autorización, vivos o muertos, peleados o no peleados, odiados o no odiados, cancelados o no cancelados por igual y sin orden de importancia ni de qué tan bien le caen a la hija de Pascal:

Xavier Villaurrutia, Ramón López Velarde, H. P. Lovecraft, Paco Ignacio Taibo II, Juan Hernández Luna, Jessica Freudenthal, Libia Brenda Castro, Christa Faust, Poppy Z. Brite (ahora Billy Martin), Amado Nervo, Carlos Montemayor, Blanca Martínez, Alberto Chimal, José Luis Ramírez, Juan Villoro, Michelle Morales, Alfonso Franco, José Luis Zárate, Gerardo Horacio Porcayo, Alejandro Rosete Sosa, Manuel Sauceverde, Carlos Rentería, Javier Barriopedro, Cristina Rentería, Gerardo Sifuentes, Ricardo Flores *el Abulón* (Víctimas del Doctor Cerebro), Arturo J. Flores, Ricardo Guzmán Wolffer, Carlos López, Daniel Nava Quiroz, Fabiola Cantú, José Luis de la O, Marko A. González, Mireli Alcántara *Mili*, Mauricio López, Olash Quintanar, Bernardo Fernández *Bef*, Dolores Zamorano, Eduardo Honey, Elizabeth Soriano, Laura Pírez, Oliver Edén Sánchez, Armando Vega-Gil.

Un poco más tarde vinieron Andrei Peña *el Sr. Santo*, José Luis H. *el Hobbit*, David Enríquez y Eric Ángeles.

Un shandy pascalizado para algunos de ellos. No vamos a precisar quiénes.

Al final, mucho después, sus amadas alumnas: Nadia Mish-ann, Alma Tonatzin Avihe, Karen Lima, Margarita Pacheco, Patricia Bremauntz, Sofi Lara, Stefany Cisneros, Verona Sanmo, Alberta

Salamanca, Carmen Lozano, Cessy Mayorga, Jessica Castro, Jessica Robles, Lorena Estrada y Monserrat González. Para ellas sí, sin distinción, que fluyan los litros de ya saben qué.

Por supuesto, la mayoría de las plaquettes, más aún hacia el final, son del único e inigualable ángel gandalla.

En la edición de *Creaturas del abismo* de 2007, el prólogo dedica una breve nota al hecho de que Doris Lessing haya ganado el Premio Nobel de ese año. Se refiere a ella como una autora de ciencia ficción, y afirma que ese evento es una muestra de que «no nos equivocamos… que lo mejor de nuestra creatividad comienza con el derecho a imaginar». Al igual de Amado Nervo, la escritora es raramente referida como autora de géneros no realistas, a pesar de haber escrito obras que utilizan elementos del género. Lo mismo sucede con otro Nobel, Kazuo Ishiguro, con más de una obra que entra de lleno en el terreno de lo especulativo. Italo Calvino, con sus cosmicómicas se desliza suavemente entre la fantasía y la ciencia ficción, y sin embargo, es simple y llanamente, un autor de Literatura (con L mayúscula).

Mi caso favorito es Kurt Vonnegut, quien juega todo el tiempo con los aliens, su existencia o ficción dentro de la vida de sus protagonistas. Kilgore Trout, uno de sus personajes recurrentes, es un escritor de novelas baratas de ciencia ficción que batalla entre los delgados límites de la locura y la prefiguración, del fracaso más rotundo y la salvación del universo. Al igual que Paul Auster, quien en *La trilogía de Nueva York* presenta al escritor Daniel Quinn, quien, bajo el pseudónimo de William Wilson, escribe exitosas novelas de crimen, Kilgore Trout parece apuntar a que un escritor serio no puede ni debe dedicarse a ciertos géneros. Siempre se requiere un personaje periférico y arrepentido que materialice los más secretos temores del autor y muestre lo que puede pasar si se inclinan demasiado por el margen. Ya pronto voy a crear el mío.

Ambos, Auster y Vonnegut, rayan los límites de la literatura de género, pero escapan de ella casi siempre mediante elementos metaficcionales que reflexionan sobre los géneros mismos y se burlan de ellos. Ishiguro, Calvino y Lessing, por otro lado, se quedan muchas veces en la literatura especulativa, pero por algún misterioso motivo no se les incluye dentro del canon del género.

Si bien se dice por ahí que los géneros son solo una herramienta del mercado editorial, lo son también de la intelectualización académica de la literatura. Aunque cada vez menos, sigue siendo difícil pensar en la ciencia ficción como Literatura con L mayúscula y así lo mismo con el género policíaco y la fantasía. El proyecto de Goliardos se empecinó en moverse entre estos géneros durante una época en la que eran todavía menos aceptados y en muchos casos demostró que existía un interés por ellos que muchas personas parecían deseosas de ignorar.

El problema es que Pascal empezó a considerarse a sí mismo un avante de la periferia, o como dice Alfonso, a postularse como el Gran Perdedor.

Mi papá me llevó al Tianguis Cultural del Chopo a comprar mis primeras botas de metalera. Pesaban, puedo asegurarlo, dos kilos cada una y eran feas, diría él, como pegarle al Niño Dios. En ese mismo viaje, me compré unas calcetas largas de rayas rojas y negras y un cinturón, también pesadísimo, con estoperoles. Cuando mi mamá me vio con el atuendo entero, complementado con una minifalda negra y mis pocos kilos «de más», simplemente dijo, «Ay niña, cada día eres más exótica». Probablemente ese viaje al Chopo para comprar mi indumentaria dark fue acompañado de la ya tradicional repartición de flyers para algún festival de poesía y con encuentros con varios personajes de distintos grados de terciopelo.

De nuevo surgen relatos que le ponen la hiel a la historia. Cuenta Alfonso, con una sonrisa en la boca, que, luego de un festival que era mitad en Tlaxcala y mitad en la Ciudad de México, en el que habían vendido como pan caliente: «Tu papá se largó y nos dejó a Michel y a mí en el Museo de la Ciudad de México, así de "ái nos vemos en Tlaxcala, cabrones". No habíamos comido en todo el día, ni habíamos tenido tiempo de descanso. Se llevó el dinero y ya no íbamos a vender más». Un rato después, se fueron en camión, con unas tortas que otra ilustre miembra del movimiento de los géneros periféricos de este país, Libia Brenda Castro, les regaló y que les supieron a gloria. ¿Por qué lo aguantaban? Un tirano simpático.

Y algo más. Me cuentan que Paloma Saiz, quien dirige desde hace años la Brigada Para Leer En Libertad, se peleaba con él una vez sí y dos veces también, pero que seguía dándole las facilidades

para que pusiera su *stand* en las ferias del libro del proyecto porque era una de las pocas personas que sí creaba nuevos públicos. Agrega Villoro en su obituario: «Muchos comenzaron a leer gracias a lo que él puso en sus manos. Proselitista sin tregua, hablaba de elfos en el Metro y de la lengua del dragón en el Zócalo. Poseía una imaginación sin jerarquías, abierta a cualquier estímulo».

El yin y el yang de la promoción cultural.

Mi papá se inscribió sin querer a una tradición de libros andantes, de aquellos vendedores y vendedoras de enciclopedias que iban de puerta en puerta con los libros forrados de cuero, solo que los suyos eran en papel bond a dos colores. Un heredero, no de los exquisitos traficantes de libros raros, sino de la carreta llena de ejemplares de segunda mano, destinados a quien quisiera poner sus ojos sobre el libro y, mucho más, a quien no lo sabe aún, pero que está próxima a descubrirlo de la boca de un orador experto. Literatura portátil, ya lo he dicho antes.

Por mucho tiempo el acceso a los libros dependió de los complicados trayectos de aventureros y *outcasts*. En *La librería ambulante* de Christopher Morley, un hombre viaja con un carrito de madera jalado por un burro por las zonas rurales de los Estados Unidos a comienzos de siglo. Cuando el hombre se para en un pueblo y descorre la tela que cubre el contenido, se revela que, en vez de pócimas para curar enfermedades o cualquier otro amuleto, el aparador contiene libros. Con voz de gran vendedor, Mifflin, el protagonista, pregona las virtudes de su producto ante la mirada dudosa de los habitantes. El libro de Irene Vallejo, que reporta esta cita, narra las muchas peripecias que ha implicado a lo largo de la historia tener libros. Desde nuestra posición citadina y de clase media, resulta incomprensible la imposibilidad de obtener libros. Se podría argüir incluso que, aun no teniendo dinero, el simple acceso a internet basta para descargar muchas obras en un teléfono inteligente.

El problema es mucho más complejo. El acceso a los libros, como demuestra *La librería ambulante*, también tiene que ver con un espacio mental. Crecer en un entorno donde estos son vistos como un bien codiciado y son accesibles reproduce los dos elementos, mientras que lo contrario restringe la posibilidad de

desearlos. Más allá de la pregunta, que me parece muy pertinente, de por qué todo el mundo tendría que querer acceder a los libros, y por qué nuestra noción de cultura se inclina por aquellas cosas que pueden ser contenidos en ellos, la difusión de la lectura a menudo pierde de vista este punto crucial. Dice Irene Vallejo:

> Mifflin ha comprobado que, cuanto más se adentra en el campo, menos libros se ven y los que encuentra son peores. Con su peculiar elocuencia, clama que haría falta un ejército de libreros como él dispuestos a visitar en persona los hogares de los labradores, contar cuentos a sus hijos, hablar con los profesores de las pequeñas escuelas y presionar a los editores de revistas agrícolas hasta conseguir que los libros circulen por las venas del país; en resumen, llevar el Santo Grial a las remotas granjas de Maine.

Los libros son muy caros y parecen irrelevantes ante la dificultad de sobrevivir y una situación de violencia extrema, ante horarios laborales ridículos que terminan con las posibilidades de tener una vida fuera. El agotamiento de la sobreexplotación tampoco deja mucho espacio o deseo.

Una de las consignas más importantes para Pascal era que lxs lectorxs son de quienes les trabajan. Nadie tiene la obligación de leer lo que escribes y, si no logras que alguien se acerque a tus textos, la responsabilidad es tuya. Bajo esa premisa se conformó a sí mismo como uno de los mejores vendedores que he visto en acción. Parado en el *stand* de Goliardos, era capaz de venderle una plaquette a quien se atreviera a asomar la cabeza. Preguntaba a la persona incauta qué le gustaba leer y de repente ya traía bajo el brazo cuatro títulos, alguna extra de regalo. A veces el suceso se lograba aunque la persona respondiera que nada, que no le gustaba leer nada.

Y es que hay que imaginarlo describiendo la literatura de Horacio Quiroga como «gótico *post* rural con gallinas degolladas» a un adolescente incauto que osó acercar su cara llena de espinillas sobre las portadas de vampiras punk o «poesía dark chingona» cuando los ojos de una chica gótica en sus treintas veían un Villaurrutia de Goliardos en la mesa.

Parte del éxito de su biblioteca nómada residía ahí. Para una adolescente tímida como yo, su forma de vender rompía todos los

límites y solo mirarlo me hacía sentir incómoda.

Una de las piezas nómadas está entre mis manos, recién salida del librero. Pido que quien lea estas líneas aguante el susto de lo que está a punto de ver. Esta plaquette de poesía se llama: «eN La pUpiLa LíKida DeL PoZo». Así, tal cual. *Discurso disortográfico*. Así llamaba mi papá a esta orgía de mayúsculas y minúsculas «para ennoblecerlo». En los albores de la expansión de las redes sociales y los teléfonos inteligentes, la escritura se modificaba para comunicar eficientemente. La gente culta y los programas de televisión más incultos criticaban por igual la suprema degradación de la lengua que suponía que alguien usara una «K» en vez de escribir «que» o la ominosa omisión de acentos y haches. Escribir así era parte de una forma de escritura asociada a lo más pedestre. Era la manera menos *literaria* de escribir. Pascal, aliado de todas las causas periféricas, decidió que era un espacio idóneo para la experimentación y usó el *discurso disortográfico* para escribir un par de poemarios. En un video no muy antiguo se le ve hablando al respecto y rematando el tema con un: «Pero luego se me olvidaba poner bien las faltas de ortografía y me dio hueva y ya intento escribir normalmente».

De alguna manera el lenguaje inclusivo se le parece en esta forma deliberada de tratar de sacudir las reglas académicas del lenguaje, de poner ruido en el consenso incuestionado y tratar de representar una nueva realidad. En el caso de las redes sociales, una forma popular y oralizada de la escritura que se escapa de lo «correcto» desde lo reglamentario y se enfoca en lo que es necesario en ese contexto concreto. En el caso del lenguaje inclusivo, un evidente ataque a la escritura y el habla que señala realidades antes inexistentes: la necesidad de las mujeres de ser visibles en la lengua y la expansión de las identidades no binarias. Se parecen, pero con una enorme divergencia: el lenguaje inclusivo es deliberado y el lenguaje de redes es espontáneo. Sin embargo, cuando mi papá lo usó de manera pensada, hizo del *discurso disortográfico* una propuesta retórica, política y estética. Sin querer puso en movimiento algo similar a lo que haría después el lenguaje inclusivo que tanto le costaba y con el que ahora escribo, con muchos trabajos, este libro sobre él. Hago un poco lo mismo, con resultados igual de inciertos hacia el futuro. Los caminos de la vida.

Arriba de una plaquette leo de nuevo esa frase que parece ya un rezo: «La vida es un deseo, no un significado». ¿Qué querría decir eso para él?

Creaturas del abismo se llama en realidad *Creaturas del abismo 1*. El número indica la intención de una serie. Nunca llegó el 2 ni mucho menos el 3, a pesar de que Goliardos existió, nominalmente al menos, hasta su muerte siete años después. Esta falta de continuidad es una muestra del gran quiebre que sufrió la agrupación. Un quiebre de tal magnitud que la volvió cada vez más una empresa poco lucrativa con un dictador simpático al mando y cada vez menos un colectivo como aún se afirma a sí mismo en esta plaquette. En gran medida el quiebre vino, según me contó Alfonso, por el mayor talento que tenía mi papá: su capacidad para el autosabotaje.

Alfonso me cuenta que su teoría del Gran Perdedor surgió en parte del libro favorito de mi papá, *Espartaco* de Howard Fast. El esclavo Espartaco se rebela ante sus crueles amos romanos y se vuelve el personaje icónico de la lucha contra la injusticia que luego no logra vencer, pero muere en el combate más heroico de todos. La historia lo hará grande, aunque su batalla sea aparentemente infructuosa. El Gran Perdedor gana perdiendo porque con su derrota demuestra el error de los demás.

«Pero pudimos haber ganado», dice Alfonso.

Yo creo que la teoría del Gran Perdedor explica el síntoma de una enfermedad más amplia: esa que anidó desde el día en que mi abuelo tuvo un ataque al corazón y abandonó sin querer a su familia y que se agudizó por el machismo, porque sí, yo veo ahí una de las más grandes fisuras que terminaron por desgarrar a mi papá y que lo llevaron hasta esa noche en la que su corazón se detuvo atrás de la sonrisa dulce y el libro posado sobre la panza.

QUINTO: EN EL PRINCIPIO FUE EL VERBO

En el principio fue el verbo revestido de plumas, la voz calmada y feliz, el regalo de las letras destiladas entre bigote oscuro, barba tupida, cada una de las mil y una noches de mi infancia. En el principio estuvo un papá que abrazaba con todo el cuerpo, a la menor provocación, juguetón y capaz de hacer sonreír a quien fuera con un golpe de ingenio. Capaz de hacer sonreír, especialmente, a su hija. En el principio fue la espera de su retorno cada noche para ver qué regalo se le había pegado en el camino. En el principio fueron las tardes en Cocoyoc construyendo castillos embrujados con los rollos de cartón del papel de baño. Nuestros pequeños mundos íntimos, el juego. Sobre todo, en el principio fue Tolkien, *La bruja aburrida, Los perros de la Mórrígan, El último dragón*, hurones voladores, sueños de magia, armaduras oxidadas, mundos peores y mundos mejores que este. En el principio fue una hija que amaba mucho a su papá y un papá que amaba mucho a su hija.

Después vinieron muchas otras cosas.

Hay un libro fantasma en la biblioteca de mi papá. Es el mío. Esa ficha debería decir: *Anticitera, artefacto dentado*, 2018, Fondo Editorial Tierra Adentro. Contenido neto: mi primera novela. *Para Angélica y Manuel.*

Le mandé el libro a mi papá por medio de mi mamá, sin firma ni nada distintivo. Solo un ejemplar más de los cien que me dio el Fondo Editorial Tierra Adentro. Es posible que incluso me lo haya tenido que sugerir ella. Unas semanas después, mi padre se lo regaló a mi abuela: «Luego me das otro». No sé si es lícito para las reglas de esta investigación partir de un libro que no está en la biblioteca. Perdóname, Oulipo. En todo caso, es un fantasma muy presente porque no hubo tiempo de que le diera otro libro. Murió un par de semanas después de la presentación.

Muchas veces deseé que mi papá nunca hubiera abandonado su

saco de lana con parches en los codos, que habitara ese cliché del intelectual que, conforme me iba adentrando en el mundillo de las letras, veía por todas partes en los hombres «exitosos[20]» de su generación.

Ese anhelo se unía al de un papá que pudiera presentar a mis amigas sin temer qué pensarían de su mullet, sus pantalones desteñidos y sus eternos tenis que clamaban jubilación. Un papá que no regalara a la menor provocación esas plaquettes tan raras, con chingos de mujeres encueradas en todos los formatos. Me resultaba conveniente que, salvo las personas más cercanas, casi nadie nos relacionara. Ese era el resultado de que su nombre real fuera un enigma.

En completa sintonía con eso, admiraba al personaje. Pascal, el señor que, vestido con camisas de colores, hacía festivales habitados por sombras darks y metaleras. Siempre, el que ibas a encontrarte en todas las ferias del libro, el que saludaba a todo el mundo y recibía, casi siempre, un saludo emotivo de vuelta. El que se paseaba con sus alumnas comprándoles libros mientras exigía descuentos o contándoles anécdotas o recitando poemas de memoria. Ahí y solo ahí, en medio de su mundo que todavía no era el mío, me daba orgullo que me presentara como su hija.

En 2006, a mis diecisiete años, le mandé un cuento para que me diera su opinión. Ahora me parece más o menos impresentable, pero en ese entonces era lo único que había escrito en años, probablemente desde que era niña. Había dejado de hacerlo por su culpa, como contaré después. No me contestó nada. En cambio, lo publicó en una de las plaquettes de Goliardos llamada *Decapitar de nuevo las estrellas*. Nueva literatura fantástica mexicana, sin preguntarme y sin, de hecho, informarme. Un regalo sorpresa. Lo descubrí mientras ojeaba el librillo en cuya portada rosa una mujer abre la boca como un agujero negro en el espacio, ¿en éxtasis o muerta? Esa plaquette sí la conservé todos estos años y ahora acompaña a las que traje de su casa. Está algo arrugada, pero fuera de eso, se mantiene en buen estado. En la primera página, abajo del título, una nota que el pudor me pide no transcribir, pero en aras de la documentación del paso del tiempo aquí va: «Para mi bola hermosa, de Aura (aunque solo hayas fingido que te gustó mi

cuento). 31 de enero de
2007 In
extremo». Atrás, en la otra hoja, escrito con labial «Te amo. 1 año 4 meses». Lo de In extremo se refiere al concierto en que regalé el ejemplar, acaecido, claro que sí, en el Circo Volador. Terribles amores de adolescencia. La pregunta es: ¿cómo lo que era un regalo para mi novio de la preparatoria terminó para siempre en mi poder? No es la primera vez que me pasa, ni, supongo, la última. Pero en este caso es el único ejemplar que tengo de esa plaquette en cuya primera página hay una cita de Vladímir Maiakovski que me encanta, aunque no entiendo en absoluto:

> Miren:
> ¡Han decapitado de nuevo las estrellas
> y la matanza ha ensangrentado todo el cielo!

Luego sigue la declaratoria de todas las plaquettes: Impreso y hecho en México. Publicación independiente.

Publicación independiente, humana y generosa. La maravilla de la autopublicación es que puedes hacer lo que se te dé la gana con ella, incluyendo publicar a tu hija. La desgracia es que nunca será considerada del todo seria o importante. Puedes apelar a que, como algunas novelas pulp del siglo pasado, terminen, años después, por volverse tan relevantes que se vuelvan mito, pero nada asegura que la nueva decapitación a las estrellas no termine por apagar tus publicaciones tan amorosamente diseñadas y publicadas. Desventajas de la literatura portátil.

Mi papá estudió psicología en la FES Acatlán. Cuando estaba en el último semestre y le faltaba una materia, le dio apendicitis. Entregó el trabajo, «que era buenísimo[21]», con uno o dos días de atraso. El profesor fue inclemente, no se lo aceptó. Sucede que entonces él, Juan Manuel, barajó sus opciones y eligió nunca terminar la carrera.

Al menos era eso lo que contaba siempre, que esa era la razón por la que nunca tuvo un título. Mi mamá, mientras tanto, terminó la misma carrera y empezó a ejercer como psicóloga en un CENDI del Instituto Politécnico Nacional, en el que después yo pasé mis primeros años. Luego, estudió una maestría semipresencial cuando

mi hermano tenía diez años y yo catorce, enfrentándose para ello con las penurias de la tecnología. Mi mamá trabajó en diferentes puestos en el Poli hasta su jubilación, hace pocos años. Vivió la estabilidad de otros tiempos bajo el rubro mitológico de una plaza con todas las prestaciones de ley. Un shandy pascalizado también para ella, y que sea doble.

Mi papá decía que le daba igual no tener un título. Alfonso cuenta que, en realidad, ese fue uno de sus mayores obstáculos.

Ni todo el capital cultural que cargaba a cuestas le ayudó a saltarse el sello que le faltaba.

Desde el surgimiento de la educación pública, la escuela se ha convertido en una tirana generosa. ¿Qué monopolizó la escuela? La oficialización de competencias, de los conocimientos. Se puede saber más que el más colmilludo abogado, pero sin el papel con tu nombre y el sello de una institución, no sirve para mucho. En el mundo que habitamos, el único saber hacer legítimo y autorizado es el que viene con un título pasado por un proceso de alquimia social: el sello que cambia el valor de un simple papel.

Me parece ridícula la inflexibilidad del mundo laboral. Si mi papá hubiera sacado su título de médico, carrera que inició y dejó antes que la de psicología, podría felizmente haber dado una clase de literatura en la facultad, por decir algo. En cierto punto, importa más la existencia de un grado que su contenido. Quizás decir que no tener un papel sellado es una condena es excesivo, pero por lo menos sí es un gran obstáculo. Él, que sabía mucho más de literatura que la mayoría de los egresados de un doctorado en Letras, que había leído sin parar desde su infancia, que sabía de memoria miles de poemas. Él, que llevaba más de diez años enseñando, no estaba, según el sistema, capacitado para impartir una clase.

La escuela es el recinto que alberga el sueño hipócrita de la educación como pilar de la democracia, que en realidad democratiza pocas cosas y más bien homogeniza otras e, incluso, hace más profundos los obstáculos para quienes de por sí ya estaban en desventaja. Como sea, es un mal del que no podemos escapar. Antes de la creación de la educación pública, la educación dependía de las posibilidades de cada familia. Por un lado, esto quería decir que cierto tipo de conocimiento solo estaba al alcance de la clase

social que podía darse el lujo de mandar a sus bendiciones a la escuela o contratar tutores particulares. La escuela pública expandió algo que era exclusivo de la burguesía.

Por otro lado, eso no quiere decir que la educación de otro tipo, la que no pasaba por un currículo ordenado por materias de estudio, no lo fuera, solo que dentro de la jerarquía del mundo cierto tipo de conocimiento es más valorado que otro. Estoy segura de que en algún confín del mundo hay un físico brillante que es capaz de ver los pliegues de las galaxias[22] pero es incapaz de prepararse una quesadilla.

El caso de mi papá se debatía entre extremos. Un hombre con una envidiable educación no escolarizada, pero ningún papel que lo respaldara y una voluntad casi necia de encarnar la periferia. En algún momento, ya bien casado con eso, comenzó a llamar a los otros (siempre hombres) *los mainstream* para distinguirse de ellos. Quizás en su soberbia llegó a pensar que la falta de título se la iba «a pelar», como él mismo habría dicho en su fino francés, y que su ser lleno de cualidades podría más que las regulaciones del estado mexicano. Iba a demostrar que podía hacer las cosas a su manera. Lo que deseas se puede volver tu cárcel.

Veo todos sus libros juntos en el rincón del librero. Examino poco a poco, a tientas. Hay al menos seis novelas: una space opera llamada *Fuego para los dioses*, dos ficciones históricas eróticas: *El llanto del verdugo* y *La lengua del dragón*, una ficción histórica: *La magia del grial*, una fábula esquimal: *La canción del hielo*. Muchos poemarios. Algunos cuentos esparcidos por aquí y por allá en plaquettes y otros libros. Veo muchos años de escritura, muchas tormentas de belleza inesperada, muchas horas de desamparo cuando la cosa no salía. La prosa fina y pulida, poética en ocasiones, lo demuestra incluso cuando se vuelve soez. Imagino a mi papá tecleando en mi casa de la infancia, primero en el cuarto extra antes de que naciera mi hermano, en una laptop —de las primeras que fueron asequibles— y luego en medio de la sala, donde terminó la computadora de escritorio que habitó ahí hasta que él se fue de la casa. Lo veo escribiendo todo el santo día, sin tener que robarle horas a la noche gracias a que nunca tuvo un trabajo convencional que lo requiriera en horario continuo (y le

costó caro en muchos momentos, aunque mucho más a mi mamá, el único sustento estable). Lo veo imprimiendo en su impresora de punto de cruz, cortar las hojas. Armando los manuscritos pegados con Resistol y con portada de cartulina que me maravillaban por su parecido a un libro real. Ese embeleso y misterio que contemplé por tantos años, antes de que se convirtiera en desbalance, caída libre y luego simple apatía, fue lo que seguramente me llevó a escribir.

Empecé bien. Mi carrera de literata junior despegó a toda velocidad. Cuando tenía siete años me dio por estrenar con un cuento mi reciente habilidad para juntar letras. No recuerdo el tema, pero sí que lo leí mientras cenábamos quesadillas en la mesa del comedor, que era demasiado grande para el pequeño departamento.

Éxito arrollador con el público, constituido por mis papás y mi hermano miniatura.

Pero luego, como en el caso de Ícaro cuando voló muy cerca del sol, vino la caída. Después de probar el sabor de las alabanzas, quise redoblar la apuesta en mi siguiente obra. El contenido del segundo cuento lo recuerdo más porque ha sido fijado para siempre por el trauma. El protagonista era Winnie Pooh y existía un ejército de cucarachas que seguramente eran sus némesis. Para repetir el *performance*, lo leí mientras el público comía quesadillas. Silencio sepulcral. Mi papá lo criticó duramente: no le gustaba el protagonismo de Winnie. Aplicó la lógica del taller con una niña de siete años y, ¡no es de creerse!, su único resultado fue llevarme a la inmovilidad literaria durante más o menos diez años.

Curioso que a lo largo de mi vida he tenido fama de ser una tallerista un tanto dura. Curioso que además, si no me lo hubieran dicho, jamás me hubiera dado cuenta. Supongo que esas cosas, si las vives desde niña en cada aspecto de tu vida, se vuelven lo más normal del mundo. Esa también es una herencia.

Mi bisabuelo era duro hasta la neurosis, mi abuelo hacía que niños pequeños leyeran libros muy por encima de sus posibilidades y mi papá era uno de los talleristas más cabrones que he tenido el infortunio de atestiguar. ¿Yo qué soy?

Si así era con su hija, es fácil imaginar cómo era con el resto de la gente. Mis búsquedas en internet dan una muestra contundente de

su estilo sádico. Este texto de Arturo J. Flores, uno de sus alumnos más cercanos, explica mucho mejor de lo que yo podría cómo era esa primera temporada del taller-no-solo-taller de Goliardos:

> … supo acoger y aleccionar a un conglomerado de friquis e inadaptados que soñábamos con ser escritores… Cinco minutos antes de las cinco, acompañábamos a Pascal, rigurosamente vestido de camisa a cuadros con *jeans*, con su barba blanca de alquimista y el cigarro prensado entre los dientes al estilo de Clint Eastwood en *El bueno, el malo y el feo*, a comprar su café americano al [café] Trevi…
>
> Durante dos horas, los Goliardos leíamos nuestros malos cuentos y peores poemas. Nos golpeábamos sin piedad con la fuerza de la crítica. Nos meábamos unos encima de los textos de los otros. No cualquier aguantaba. A varios los vimos pasar por el Dojo de los Goliardos y escaparse con la cola entre las patas para nunca volver. Pero muchos publicamos libros, obtuvimos premios y hasta ganamos unos pesos de lo que escribimos.
>
> Aunque H. Pascal nunca nos dio tregua. Siempre fue el más cruel, el más insensible y el más crudo con sus comentarios. Le gustaba que nos levantáramos del suelo, nos limpiáramos la sangre y siguiéramos peleando.

El amor al golpe se escucha entre las palabras y también en una frase que le decía mi papá mientras leía uno de sus textos: «Eres un alcohólico de los lugares comunes».

Las víctimas de mi papá eran variadas. Las muy pocas veces que fui al taller, vi a una que otra señora jubilada que llegaba ahí en busca de pasar un buen rato y salía con un trauma nuevo a raíz de las leperadas del tallerista y su, digamos, falta de sutileza. Más allá del taller, en estos días de preguntar por aquí y por allá me he topado con relatos parecidos que no sucedieron ahí. Por ejemplo, Israel Ramírez, Belafonte Sensacional, trabajaba en la Secretaría de Cultura, donde mi papá pasó algunos de sus años más gloriosos bajo la gestión de Alejandro Aura, otro de sus grandes amigos ahora muertos. Israel me contó que le daba mucha curiosidad el personaje y por eso perseveró en acercarse a él a pesar de que nunca supo si le caía bien o no. Ya se sabe: el *performance* de mamonería. Una vez, en misión suicida con tintes masoquistas, le llevó a su oficina de producción algunos de sus poemas para ver qué pensaba. Cuando

volvió por ellos, mi papá lanzó una de sus famosas sentencias lapidarias: «Hay gente que no sabe lo que es la poesía». Mientras me contaba esto, Israel y yo estábamos en una fiesta y, a pesar de la música estridente y su tono de desenfado, a mí se me cayó la cara de vergüenza. Tuve que refugiarme en mi mantra interno que una y otra vez repito cada que alguien, con saña o no, me cuenta alguna gandallada del goliardo mayor.

Repite: tu papá no eres tú, sus pecados no son tuyos.

Y mientras estaba en eso de tirar mantras y musitar una disculpa indirecta, Israel me sacó del trance y me dijo que a él le vino bien su brutalidad porque a raíz de eso «empezó a escribir diferente».

Namasté y otro mantra.

Repite: no toda la gente siente como sientes tú, no toda la gente lo vio como tú lo viste.

Repito mucho mis mantras en lo que tiene que ver con el dinero, cada vez que alguien se acerca a contarme que mi papá le quedó a deber a tal o cual y mucho más aquel funesto día en que llegó a casa de mi mamá una notificación de la Secretaría de Hacienda para hacerle una auditoría, ve tú a saber por qué. Espero no enterarme nunca.

La herencia de la literatura puede ser también la herencia de la precariedad o del miedo a caer al vacío. Brigitte Vasallo habla de la herida de crecer en pobreza, que es indeleble y, aunque la vida termine por sonreírte, se mantiene como un miedo vago a que todo desaparezca de un día para otro o, especialmente, a que no seas suficiente porque eres advenediza. Así otros muchos vacíos que vienen desde la cuna.

Vi a mi papá pelear por dinero toda su vida, ganar miserablemente. Escuché a mi tío economista decir que mi papá trabajaba mucho, pero en puros trabajos mal pagados y que eso no era negocio. A mi mamá desesperarse porque ella ponía toda la estabilidad de la casa. A mi hermano quejarse de que se les había olvidado pagar la colegiatura de su primaria. A mí, que dentro de mi propia educación aspiracional, no entendía por qué no nos alcanzaba para todo. Y, especialmente, a él buscar y buscar y buscar maneras de obtener dinero que eran como un castillo de naipes.

Cuando decidí estudiar Letras entré convencida de que nunca tendría un quinto. Lo acepté como una verdad incontrovertible y la

repliqué a quien quisiera escucharla: da por hecho que con esto nunca vas a vivir bien. Cuando me volví escritora, lo primero que hice fue temer por mi futuro y conseguir un trabajo «de verdad». Lo segundo que hice fue escribir. Ahora invertí el orden, pero no resté elementos. Mi vida familiar, al fin y al cabo, fue una eterna pelea porque mi papá no llevaba dinero suficiente a la casa.

Veo la abundancia de libros a mi alrededor, en este departamento de clase media —y antes en el departamento de clase media modalidad «debo tres meses de renta» de mi papá— y pienso en cuánto han cambiado las realidades que permiten tener este objeto aquí, a pesar de todo.

Mi papá iba a las librerías de viejo y compraba a destajo libros repetidos. Si había un remate de Lope de Vega, se llevaba cinco ejemplares y los regalaba todos. La colección de poesía Lumen del librero central es prueba viviente. Volúmenes repetidos y volúmenes que me regaló y que le vi regalar. Yo misma he optado por hacerlo con algunos. Se los doy a personas que me importan mucho y aclaro el origen del olor a cigarro. Me pregunto por esa fijación por comprar tantos libros para regalar, me pregunto si todas las personas locas por los libros terminaremos así. Por lo que he visto, me inclino más a pensar que era una peculiaridad suya. Al fin y al cabo, como vimos al desalojar su casa, tenía espíritu de acumulador compulsivo.

A veces pienso que haber crecido con la herida de la súbita muerte de su padre y en una situación económica tan difícil, hizo que siempre tuviera la intuición de que una desgracia podía llegar. Y por si acaso, mejor conservar varias cosas de cada cosa. ¿Para qué tener una bolsa ecológica verde, si puedes tener treinta y usarlas en tantas situaciones como la imaginación te dé? ¿Para qué comprar un solo rollo de cinta canela, si dentro de un contenedor de plástico caben treinta? ¿Un sobre de atún? No, mejor diez. ¿Para qué tener un solo ejemplar de un libro si puedes tener tres y estar preparado para cuando se requiera regalarle a alguien? Estas cosas eran su patrimonio.

Mientras veo «La habitación verde», el cuento mío que publicó en 2007, pienso que mi papá me regaló mi primera publicación y yo no me di cuenta en su momento. En parte, no estaba segura de que

estar en un Goliardos editado por él contara como tal. Era tan normal para mí verlos por todas partes que no dimensioné nunca que muchas personas deseaban ser parte de esos libritos *sui generis*. Tampoco dimensioné que eso posibilitaba que alguien más lo leyera y el milagro que eso significa. Recién ahora, por supuesto que muy tarde, puedo decir gracias.

Pocos años antes de esa publicación, cuando yo tenía trece, mi papá me dio otro regalo: un relato en el que me contaba por qué me llamo Aura. En la época del volátil papel, lo imprimió en tinta morada y me lo regaló. Era, recuerdo, un poco etéreo, del tipo de «tu mamá y yo buscamos un nombre que fuera como un soplo, un nombre que acariciara». Eso significa la etimología de mi nombre: *aura-ae*, latín para brisa suave. Ese relato contradecía la algo más mundana explicación que mi mamá me dio alguna vez: que me llamo Aura porque vieron el nombre en la novela de Carlos Fuentes y les gustó. La literatura cuenta grandes y hermosas verdades a medias y con seguridad ambas versiones son ciertas. Por muchos años mantuve la impresión pegada en la pared de mi cuarto, convencida al fin de que de algo servía tener un papá escritor. Ese texto también me enseñó otra cosa: luego de leerlo, alguien me preguntó por qué me llamo Aura y yo me encontré fracasando en hacer una paráfrasis y volviendo al lacónico «por Carlos Fuentes». Era imposible reportar el contenido sin hacerlo desde la forma en que estaba escrito. El regalo más grande fue aprender que las palabras no solo transmiten ideas, sino que se transmiten a sí mismas.

El libro que nunca le firmé, mi primera novela, lo escribí cuando ya casi no nos hablábamos. Me fui de casa a los veintiún años y me mudé desde las remotas tierras de Gustavo A. Madero, muy al norte de la Ciudad de México, hasta la triplemente aspiracional colonia Del Valle y luego a la ligeramente más liviana Narvarte. Siempre quise irme de la G. A. M., como le llamamos sus hijas, porque estaba lejos y los árboles, salvo en sitios muy localizados, eran un accesorio prescindible. Me urgía correr lejos de ese lugar que tantas heridas me recordaba. Mi papá aún vivía ahí. Después del divorcio, se instaló cerca por, decía, mi hermano y por mí. Yo me fui tan

rápido como pude. Si antes nos veíamos poco, después de eso se volvió una rareza.

Por muchos años, no tan lejos a su muerte, mi papá y yo nos citamos de vez en vez afuera del metro Eugenia, cerca de donde yo vivía y a donde él iba esporádicamente a la oficina de su último empleo. Aunque no tuviera mucho dinero, me daba sobres de atún, libros, generalmente editados por alguna instancia de gobierno, y algún billete de baja denominación oculto entre sus páginas. La nueva plaquette que hubiera sacado recientemente se colaba de vez en vez entre las interacciones brevísimas e incómodas que teníamos afuera del metro, en una banqueta pintada de amarillo, entre los ruidos salvajes de la avenida y olor a garnacha. Qué nostalgia.

Somos nuestros recuerdos, pero cuando algo se vuelve tan pasado como un muerto, esos recuerdos empiezan a sentirse como intrusos. Al fin y al cabo, la fuente que los producía se ha secado. ¿De dónde sale entonces esa agua? Quizás por eso haya tantas personas que eligen vivir en ellos y olvidarse del ahora. Hacen un monumento del pasado que no quieren pervertir con la grosera intromisión del presente.

Entre el ocio de esta tarde de domingo me pregunto si no estoy haciendo lo mismo con estos libreros que me rehúso a poseer a pesar de que todas las pruebas indican que son míos. Son una especie de máquina del tiempo. De pronto me viene a la mente eso de que, si una viajera espacial osara mover algo en otra época, por más ínfimo que fuera el cambio, traería consecuencias garrafales en el futuro. Algo en mi cerebro se repite que un libro mío entre los libros suyos lo destruiría todo.

Para vencer esta resistencia, me pongo a imaginar qué haré después, cuando intercale todos los libros que ya tengo con los que él tenía. Hay muchas teorías sobre cómo es mejor ordenar una biblioteca, tantas como cabezas. La idea de utilizar el alfabeto fue una aportación de los sabios de Alejandría, que, conforme era más inasible la cantidad de rollos, se enfrentaban a más problemas para ordenarlos. Calímaco clasificó la literatura por géneros por primera vez. Si de ordenar bibliotecas se trata, Aby Warburg es un nombre recurrente en las conversaciones bibliófilas con su teoría de buen vecino, en la que cada libro que buscas te debe llevar a tomar más bien el de al lado. Por desgracia, ninguna de estas teorías contempla

la parte, digamos, más sentimental. Ni siquiera la del buen vecino, que tiene algo de la impronta mística que yo he utilizado hasta ahora para navegar la biblioteca, mezcla de intuición con racionalidad, explica qué hacer con una biblioteca que es toda emociones para su propietaria.

Cuando era niña, tuve mi primer arranque bibliotecarístico. En fichas de cartulina que encontré flotando por la casa registré los nombres de todos los libros que tenía en mi cuarto, que entonces estaban en uno de los libreros que vinieron de casa de mi papá. Si recuerdo bien, cada ficha correspondía a una sección del armatoste de madera y seguían un orden temático. De tiempo en tiempo me tomaba un día entero, uno de esos deliciosos fines de semana en los que no hay nada que hacer[23], para proponer un nuevo orden y remendar el caos que necesariamente siempre llegaba al librero. Ahora que tengo libreros y libreros, tiene años que no me pongo a ordenar nada. Quizás sea el momento de comenzar a hacerlo o al menos hacer un inventario de los libros, un mapa propio para navegar los ejemplares y conocerlos a fondo. Las listas son siempre un bálsamo para la ansiedad.

A veces me imagino un universo paralelo en el que, en vez de haber vendido parte de los libros al ropavejero, los guardaba todos y los iba regalando uno por uno, o incluso, abandonando de repente en lugares que me parecieran interesantes. Mínimamente podría haber hecho un catálogo y haberle conferido así el estatus de colección. Irene Vallejo dice que todo coleccionista necesita un inventario por motivos que ahora me parecen obvios:

> Las cosas que se esfuerza en reunir pueden volver a dispersarse algún día, vendidas o saqueadas, sin dejar rastro de la pasión y los conocimientos que impulsaban a su anterior dueño. Incluso a los más humildes coleccionistas de sellos, libros o discos les duele imaginar que seguramente en el futuro esos objetos elegidos uno a uno por íntimos motivos volverán al revoltijo y la mezcolanza de las tiendas de viejo. Solo en su catálogo, la colección sobrevive a su propio naufragio. Es la prueba de que existió como conjunto, como plan cuidadoso, como obra de arte.

Si ya no pude documentar el catálogo de origen, puedo al menos hacerlo con el que tengo a mano y unirlo eventualmente con el de

mis propios libros. Esa sería la colección definitiva. Si no lo hice entonces, lo haré ahora y, como cuando era una niña, voy a replicar un sistema de fichas que registre los libros que hay ahora en esos libreros. Así, con el tiempo puedo añadirle otros sin que sean invasores, sino nuevos habitantes. Pero no todavía.

Luego pienso, en una maniobra claramente sofística, que también este libro, este primer libro mío que ahora introduzco, polizón tramposo, a su librero, es una herencia suya. La herencia de las letras, que, aunque no viene solo de él, sí le debe mucho.

Veo a mi *Anticitera* ahí, entre los y las escritoras que viven en sus libreros, y me resulta inverosímil que pertenezca a la misma clase. Y, sin embargo, incluso fue bautizado como se bautiza todo libro dentro de este pequeño pero vivaz mundo que es la literatura (*mainstream* o como se le quiera llamar): con una presentación. De niña, que mis papás fueran a la presentación de alguna de sus novelas me causaba una curiosidad tal que no podía dormir imaginando escenarios dignos de un evento palaciego y misterioso. Aunque sin duda las presentaciones de libro no son lo que mi imaginación teñida de Tolkien y Calvino me hizo proyectar, algo de magia, insisto, sí tienen.

Solo quien haya presentado por primera vez un libro propio conoce los nervios que te acuchillan: es esa fiesta en la que pensaste que nadie llegaría y tu examen de titulación juntos en un evento. A la mía, mi papá llegó con sus mismos pantalones negros de mezclilla desgastados, los crocs que se habían vuelto el único zapato que podía recibir a sus pies hinchados, la camisa a cuadros coloridos y la apariencia enferma de los últimos años. Se sentó lejos de la tarima donde estaríamos los presentadores, cerca de la puerta del lugar. Desde ahí era un hecho que no vería nada, pero no quiso hacerse para adelante. Nunca le gustó estar en primera fila y le concedo que el sillón en el que estaba era mucho más cómodo que las sillas de plástico que se alineaban frente al escenario. De cualquier manera, yo sentí tristeza de verlo así, enfermo y desgarbado, con el talco que manchaba sus prendas y zapatos; con su tos de perro.

La presentación sucedió como suceden todas. Entre amistades y familia y quienes más quisieran llegar, el libro vivió su ritual de

nacimiento. Al final, mi papá se paró con dos de sus alumnas a saludarme. Había estado haciendo promoción del evento en sus redes sociales e invitado directamente a varias. Quería que fuera un éxito. Entre una sonrisa y con un hilo de voz jovial las presentó y me felicitó. Se encontró a otra de ellas, a quien yo conocía, que tenía tiempo sin ir a su taller y que afirmó que iba a volver pronto. Luego, mi papá se quiso poner cerca de mí y, entre mis repelos incontrolables, me dijo casi al oído que mi novela era «la que Borges hubiera escrito si hubiera escrito ciencia ficción».

Las fotos movidas que tomó son sus ojos falibles y orgullosos: un ángulo de mi nuca al firmar un libro. Una foto tomada desde el fondo en la que la concurrencia se ven chueca y rara y un poste intercede. Una de mí por detrás, con mi joroba en primer plano y luego una sonrisa mientras digo algo. Las fotos bailan desde el Facebook de Goliardos, se mueven como sus pasos pesados atravesando la librería, dando clic al teléfono, soportando la propia corporalidad herida de quien carga la cámara. Me ve y sonríe, me ve y se siente orgulloso, me ve y ve ese primer manuscrito, el único que le mandé hacía cuatro años, el 21 de diciembre de 2014, ese que me dijo con su dureza característica que carecía de arcos y no sé qué más, y que ya nunca quise volverle a mandar. Cierro el navegador.

«La novela que Borges hubiera escrito si hubiera escrito ciencia ficción». Nunca he sido buena para tomar cumplidos y mucho menos de ese tipo, así que hice lo que sí sé hacer: reaccionar mal. Le dije, secamente, que mi novela no era ciencia ficción. ¿Qué habrá sentido ante mi respuesta? De todas maneras no perdió la sonrisa.

Su especialidad, esas muchas fotos, borrosas y en ángulos raros, vivirán por ahí en aquella red social de memoria imperecedera. Lo que hace falta entre sus múltiples registros y los que otras personas tomaron es él. El único testimonio de su presencia es su mirada turba de emoción. La foto que faltó fue la nuestra.

Meto mi libro al librero.

SEXTO: EL INÚTIL COMBATE

Necesito sacar la nariz del agua un rato. Tomo un libro tras otro en busca de alguno que me muestre con claridad lecturas pasadas, que me hablen de Juan Manuel antes de la mirada turbia de sus fotos en mi presentación.

> *Alexis o el tratado del inútil combate,* Marguerite Yourcenar, Alfaguara (de los viejitos). Contenido neto: una carta confesional que Alexis manda a su esposa para decretarle el fin de su matrimonio.
>
> «Amiga mía, creemos sin razón que la vida nos transforma: lo que hace es desgastarnos y lo que desgasta en nosotros son las cosas aprendidas».

En mi cada vez más veloz exploración de los libros de esta biblioteca me he topado con pocos tan subrayados de principio a fin como *Alexis o el tratado del inútil combate*. Un lápiz tenue traza un cuadrado alrededor de los números de muchas páginas y, en ellas, varias líneas aparecen subrayadas. Abajo del título, a pluma azul: Juan Manuel García-Junco abril 1986. A esa edad, mi papá tendría unos veinticuatro años, los mismos que Yourcenar cuando escribió el libro, según lo dice en el prólogo de la edición de los años sesenta que tengo en la mano. El libro tiene el viejo diseño de Alfaguara, más sencillo y pulcro que el actual, sin imágenes ni plastificado. El olor a cigarro: en regla; el amarillo de las páginas, también.

A juzgar por la cantidad de rayas, es un libro que caló hondo en Juan Manuel joven, todavía no tan H. Pascal. En eso coincidimos. Cuando leo las máximas que la Marguerite de veinticuatro años pone en boca de Alexis, con frecuencia me maravillo de sus pequeñas joyas reflexivas. Otras tantas veces, como es natural, me parecen simplonadas. Ella misma dialoga con su personaje (su ella del pasado) veinte años después de escribir el libro y dice que, cuando tuvo oportunidad de actualizarlo, no quiso hacerlo porque todas las aserciones que le parecían ahora anacrónicas eran parte de

la caracterización del personaje. Alexis era Alexis y ya. Así como nació, así iba a morir. Alexis nos muestra el peligro de no cambiar, de permanecer varadxs en el tiempo, en especial a quienes no gozamos de la libertad de ser entidades solo de letras.

Ante todo, este libro es una carta de amor a Mónica, la esposa a la que Alexis deja para vivir acorde a su orientación sexual y a sí mismo. Es el recuento también de una vida completa que no está cerca de su fin, sino del fin de la mentira que la ha resguardado. Alexis trata de encontrar en su crianza entre mujeres la explicación a su homosexualidad y ese es uno de los razonamientos con los que Yourcenar deja de estar de acuerdo años después. El personaje, sin embargo, insiste: indaga en su pasado para encontrar los motivos de su presente. Es un libro en busca del sentido del ser, de esos que al leerlos te proponen lo mismo a ti. Por desgracia, en este camino de arqueología paternal, me ha dado más por buscar las claves del pasado de otra vida que no es la mía. Quizás me estoy perdiendo de un ejercicio terapéutico magnífico.

Pienso en la muerte de mi abuelo Juan Manuel, en los tres niños y la niña que se quedaron sin padre y sin dinero. Pienso en una frase de Alexis: «El pasado, por poco que uno piense, es algo infinitamente más estable que el presente, por lo que parece de una consecuencia mucho mayor». Si algo ha sido para mí este libro es una búsqueda de las claves de un quiebre de vida. Pienso ahora, mientras leo a Alexis, que las he buscado como si fueran algo unitario y no, al fin y al cabo, un recuento de momentos y decisiones, de genio y figura. Y claro, de contexto y presiones ajenas a todo ello.

Aun así, no me rindo en encontrar la clave que me falta. Siento que estoy arañando algo más.

Abro la caja de papeles que saqué de su casa, una parte, de alguna torcida manera, de su biblioteca. Muchas de las cosas aquí guardadas son contemporáneas de la lectura de Alexis. En la búsqueda de recuerdos que me ayuden a trazar la línea cronológica del momento de la debacle, reviso un álbum de cuadernos de cartoncillo, forma italiana, de esos que piden en el kínder para dibujar. En ellos, mi papá hizo un *scrapbook* de sus primeras publicaciones en el periódico, a principio de los años ochenta.

Curioso, firmaba como Juan Manuel Payán, en homenaje, supongo, a aquel abuelo químico. Entrevistas a autores renombrados, notas culturales de ocasión, planas de textos normales y bien escritos. Se perfilaba una carrera periodística. En consonancia con esto, sus credenciales: una de Radio Cadena Nacional S. A. de 1988, de reportero internacional, y otra de Novedades Editores S. A. de C. V., de 1991, que lo califica como seccionista. Supongo que de esa época data lo que me contó un editor agradecido en una fiesta de esas que reúnen las intrigas del mundo editorial. Cuando sacó su primer libro, el único que lo reseñó fue mi papá y hasta lo invitó a la radio. De esa época datan también los sacos de lana con parche en el codo, el *look* de camisa a cuadros fajada en el pantalón de mezclilla, los primeros lentes de pasta. El señor escritor bien peinado y *presentable* que dedica sus novelas a su esposa, *la elfa*.

Empiezo a ver cómo las piezas embonan con lo que ya sé y el quiebre en la vida de mi papá tiene más sentido. Mi mamá no solo me entregó un cuaderno de realidades que proyectan sueños, sino también un portafolio gris. Adentro, las tres letras que delinean toda intriga moderna: USB. Y todavía más: disco duro externo. Lo que guardamos en aparatos electrónicos es casi equivalente a los rincones más profundos de nuestra alma. Lo más bajo y lo más alto está en un historial de búsqueda. Pasiones lícitas e ilícitas, morbos variados, felicidades, *hobbies*, amores, stalkeos, indagaciones sin sentido. Secretos.

En pocas palabras: lo que quisieras que nadie conociera en su conjunto, quizás ni tú misma.

Doy clic, leo y veo, mi cuerpo reacciona contrayendo partes que no deben ser contraídas, como, por ejemplo, los costados de mi cabeza, que ahora muestran palpitaciones de venas llenas de sangre. No se digan mis pantorrillas, que, en franca guerra a la ligereza, son piedras cercanas a un calambre. Y aun así no paro, doy clic y más clic.

Con toda la intimidad que se revela ante mis ojos, más valdría arrancarlos como lo hizo Edipo. Sigo, aunque sepa que me arrepentiré. Ver no tiene desver.

Dos días después, quiero tirar todo a la basura, dejar de investigar. Quiero emitir oraciones estentóreas que me da asco incluso pensar,

aunque nadie más las sepa. Mi pecho palpita, siente, el inicio de la novela *El día en que mi madre tuvo los ojos verdes*, de Tatiana T,îbuleac, como quien *siente* un olor: «Aquella mañana en que la odiaba más que nunca, mi madre cumplió treinta y nueve años. Era bajita y gorda, tonta y fea. Era la madre más inútil que haya existido jamás».

Alexis me susurra intrigoso: «Las confidencias, amiga mía, siempre son perniciosas cuando no tienen por objeto simplificar la vida de otro».

Los subrayados que Juan Manuel hizo a los veinticuatro muy bien pueden hablarle a su fantasma.

En abril de 2019, el músico y escritor Armando Vega-Gil fue señalado dentro del movimiento MeToo por haber acosado a una menor de edad varios años antes. Se suicidó un día después, dejando tras de sí una carta ominosa y confusa y muchas preguntas. Mi papá se puso triste como pocas veces. Y no estaba solo. Varios hombres de esa generación, amigos suyos con los que yo tenía más o menos contacto, entraron en un luto que no sabían digerir. Entre diatribas no muy contundentes sobre la «presunción de inocencia», mi papá nos escribió en el chat que compartíamos mi mamá, mi hermano, él y yo para transmitirnos su dolor frente al hecho de que alguien se sintiera tan orillado a salir del mundo por una serie de señalamientos. Me parece un estupor razonable y sincero: las décadas de complicidad y apoyo, y el cariño hacia alguien no se borran en automático. Los señalamientos se vuelven una espada desenvainada para culpar a alguien más de una decisión tan personal como un suicidio. Mientras peleábamos por mensaje, yo no dejaba de pensar que, aunque hubiera legitimidad en su dolor, esa manera de descalificar la denuncia no era la única forma de afrontar la pérdida. Para ejemplo, Lydia Cacho, otra amiga de Vega Gil, dio una entrevista para la radio en un tono muy distinto, en el que a la vez que daba cabida a su malestar, no desacreditaba las causas de los señalamientos ni eximía al suicida de su propia decisión. Sin embargo era claro que las críticas de mi padre venían también desde un lugar más cercano a su propia experiencia, un

lugar que no estaba nombrando.

Si tantos hombres cercanos a él se conmocionaron a ese grado aun sin ser tan cercanos a Vega-Gil, es porque se trataba de algo mucho más grande. Este caso era el espejo de muchos hombres del mundo intelectual de esa generación (y siguientes). La pasmosa permisividad con la que las mujeres muy jóvenes, a veces menores de edad, se vuelven presa ante la vista de muchos es y será fuente de múltiples historias con un final similar: una mujer sintiéndose violentada, un hombre incapaz de reconocer su falta, a menos que la masculinidad cambie y haya condiciones para la reparación de daños pertinente en cada caso.

Entre la fascinación hacia la idea de El Artista, el culto a la personalidad y la maña de algunos hombres para presentarse como los maestros e introductores de las mujeres a las que les duplican o triplican la edad, los ambientes «bohemios[24]» se vuelven especialmente complejos para las jóvenes de rozagantes mejillas que ponen un pie dentro de un mundo nuevo en el que buscan entrar sin mucho tino ni pistas y, a veces, con excesiva premura. No dudo que una relación así de desequilibrada (la del maestro/famoso-alumna/solicitante) aporte algo positivo a la parte joven, pero la violencia en esa jerarquía hecha patente, porque no se disimula quién tiene la batuta, le puede causar daños de por vida. Algunas logran voltear la tortilla y hacer de ese episodio un largo hasta luego, pero otras muchas se ven forzadas a cargar con las consecuencias.

Aquel chiste de que Leonardo DiCaprio se hundió en el Titanic y luego olvidó cómo salir con mujeres de arriba de veinticinco años aplica por igual a actores y escritores. Los casos, por supuesto, varían. Hay relaciones con un desequilibrio de fuerzas por edad, fama, dinero que no son violentas, en las que las partes encuentran un equilibrio, y, especialmente, la parte más privilegiada encuentra la manera de ser digna y decente. Relaciones con un hombre veinte años mayor que son tierra fértil para descubrir cosas en pareja, subirse al subibaja del privilegio (porque también hay otras formas de vivirlo que no tienen que ver con la edad y el género) y ahí aprender a construir desde otros lugares. Pero no es la generalidad. Que cada cual se ponga el saco que le quede.

Estoy segura de que la estocada del MeToo y la muerte de Vega-Gil hizo sentir a mi papá con más contundencia que nada el fin de una era. De su era. A su cerebro y a sus emociones les estaba costando mucho trabajo ajustarse a las «novedades» de este tipo. Al fin y al cabo, en la época en la que creció, muchas de las cosas señaladas en el MeToo eran condonadas o, incluso, bien vistas. Supongo que te resuena más que Vega-Gil salga señalado en el MeToo si tú mismo estás arañando esos pecados, aunque no se trate exactamente del mismo caso. La bomba de tiempo empieza a sonar su reloj macabro que te hace consciente del cambio de moral de una época cada vez menos dispuesta a aceptar laciamente lo que otras hacían.

Todos esos Alexis varados en el tiempo como si de un libro escrito en los años treinta se tratara.

La experiencia de haber visto a mi papá siempre con mujeres mucho más jóvenes, eternamente casado con la idea de ser el maestro en todo sentido, fue muy difícil para mí. Un hombre en busca de culto permanente. Abusando del imaginario fantástico, Alfonso dice que era la búsqueda de la gran elfa. Yo lo traduzco en la misma mezcla de machismos y gusto racista que impera en la sociedad, con el que crecemos y que hordas de gente incluso cargan hasta la muerte.

Quizás por eso nuestra relación se pobló cada vez más de tensiones. Entre menos condescendía a lo que él quería, menos nos aguantábamos. Fui su antagonista, para mí no era el maestro ni el ídolo. Durante un insensible momento, en las inmediaciones del divorcio, escuché cómo hablaba con una mujer al teléfono y le reclamaba lastimeramente algo relacionado con que ella estaba con otro al mismo tiempo que con él en un evento y que toda la gente se había dado cuenta. Así me enteré de que tenía algo así como una novia.

Un par de meses después, ya que no vivía conmigo, me presentó fugazmente a la chica. Lo primero que me estrujó la tripa fue ver que no podía pasar de los veinticinco años; lo segundo, la hostilidad de ella hacia mí. Era claro que no quería conocerme. Mi papá tenía

más de cuarenta. Yo dieciséis. No supe más de ella, pero Alfonso me contó que solo usaba a mi papá de *sugar daddy* chafa y en realidad tenía un novio de su edad al que con frecuencia llevaba a los eventos y le daba las cervezas que mi papá le compraba. Que mi papá hizo que mi tío le validara el servicio social y ella no dio ni las gracias. Que le rompió el corazón a mi papá y todo valió madres en Goliardos por su propia incapacidad de manejarlo. No sé cuál fue la historia real. Yo solo tengo ese momento en el Circo Volador, incómodo para ambas. Solo tengo este recuerdo físico de desagrado. Luego ya no hubo vuelta atrás, pasó de mi mamá, un par de años mayor que él, a bajar su rango de sopetón veinte años. Como es el caso de tantos hombres, él siguió envejeciendo, pero su gusto nunca lo hizo. Quién iba a pensar que él y Leo tenían algo en común.

De todas formas, luego de eso, no me volvió a presentar a nadie de esa manera. No hubo otra mujer en su vida que tuviera el lugar de una pareja así de importante en veinte años.

El luto por la pérdida de sus amigos, que uno a uno iban muriendo. El estruendo final de
Vega-Gil.
La lluvia del tiempo que arrasaba con sus aguas algunos de sus supuestos fundacionales. La posibilidad de que le arrebataran todo lo poco que tenía. La falta de futuro, el exceso de pasado.

Lo que no entendió del todo entonces, aunque sí un poco después, creo, es que ese punto ciego en su visión era más grande de lo que era capaz de admitir. Y en ese espacio de ceguera también estaban las violencias que habíamos vivido las mujeres a su alrededor.

La casa de mi abuela es diminuta. Cuando yo era niña, cada vez que la familia se reunía ahí, había que empujar muebles y personas para desplazarse de un lado a otro. Crecíamos, mis primas y primos, mi hermano y yo, mientras que, en un proceso antinatural e incomprobable, la casa de mi abuela se hacía cada vez más chica. Siempre pulcra, siempre bonita e inesperadamente moderna, contrario a lo que el cliché hace esperar de la casa de una septuagenaria, ahora nonagenaria. Como queriendo empatizar con su departamento de Cuautitlán Izcalli, hace años que ella misma también comenzó a reducirse. Mi abuela *cyborg* carga en su cuerpo

un tormentoso historial de caídas, desde la que provocó un codo de titanio hasta la que la hace tener silicón entre dos vértebras del cuello.

Un domingo hace no tantos años, mi papá, mi hermano y yo éramos los elementos ajenos en su microsala. No sé cómo ocurrió todo. Esos estallidos, del tipo de los que inician hablando de algo intrascendente como un partido de futbol y terminan con alguien con un ojo morado, rara vez son previsibles. Estábamos en lo de siempre, una conversación apoyada enteramente en el cariño y el deseo de estar ahí que intenta salirse del acartonamiento, del cómo has estado, del cada vez estoy más vieja, del «cuando me muera» y entonces alguien encendió la cerilla. No sé si fue mi papá o mi hermano, pero el caso es que los dos estaban de acuerdo en algo: el reggaetón es una degradación, no se puede ser feminista si bailas eso. O más personal, ¿cómo podía yo hacerlo?

Les dije lo que antes decía cuando aún me interesaba contestar provocaciones: ¿así como me cuestionan mi gusto, cuestionan a sus amigos cuando dicen alguna porquería machista? La pregunta es, por supuesto, retórica, aunque haya algunos envalentonados que intentan contestarla. Ese día no sé si alguien trató porque lo siguiente que recuerdo es a mí misma gritando que los taxistas se iban a masturbar afuera de mi secundaria. Seguramente hubo algo que conectara los dos momentos de la conversación y seguramente ese algo fue emitido en elevados decibelios. Pero para el momento de los taxistas masturbadores, la cosa a mi alrededor ya se trataba de contenerme. Lo malo es que yo ya era un ser incontenible y lo aún peor es que estaba en Cuautitlán Izcalli (o sea, lejos) sin muchas opciones de huida. Mi tía se encerró en el cuarto a hablar conmigo, me dijo que ellos nunca iban a entender. Se le unió la peluquera de mi abuela, que había ido a domicilio porque la viejita biónica estaba estrenando collarín y no podía moverse: «Ellos nunca van a entender, no lo viven».

Al salir del cuarto, mi papá me abrazó. Rígida y llorosa, no le devolví el abrazo. Me preguntó si alguien me había violado. Se notaba el temor en su voz. Se notaba también su falta de sensibilidad como para solo aventar la pregunta al aire. A veces hay que leer intenciones más que actos. La intención era de amor.

Era un hombre cariñoso; yo, una mujer fría.

Algo cambió en él después de esa vez. En el tiempo de vida que le quedaba, fue un poco más empático.

Alexis dice: «Quizás no se haya reparado bastante en que el problema de la libertad sensual, en todas sus formas, es, en gran parte, un problema de libertad de expresión. Parece ser que, de generación en generación, las tendencias y los actos varían poco; por el contrario, lo que sí cambia, a su alrededor, es la extensión de la zona de silencio o el espesor de las capas de mentira».

Retiro las capas de mentira y las zonas de silencio. Hoy solo me digo: cuidado con andar buscando los huesos en el clóset. El éxito de Goliardos durante la última etapa de mi adolescencia era el canto del cisne próximo a la muerte. Ese primer grupo de gente que formaba el colectivo estaba a punto de dispersarse. No sé bien cómo ocurrió todo, pero sin duda la pelea que mi papá tuvo con Alfonso fue una estocada certera, y en esa yo sí tuve una parte de culpa, aunque no lo supe hasta hoy, gracias o *des*gracias a esta investigación.

Alfonso fue, como en tantos otros casos, el origen de la revelación, y una red social, el medio.

Un mensaje aparece: me escribe que desde hace tiempo quiere hacerme una pregunta, corroborar algo que nunca le cuadró, pero que es «delicado». «Venga, pues», le respondo, sintiéndome a prueba de balas. Al fin y al cabo, llevo ya meses jurguneando la biblioteca y los recuerdos que de ella han emanado.

«Hace como dieciséis o dieciocho años, ni sé, ¿te cacharon sacando sin pagar unas prendas de una tienda de ropa?». Me encanta que se haya tomado la molestia de usar el eufemismo «sacando sin pagar» en vez de decir simple y llanamente lo que fue: robar.

Le digo que sí y entonces me contesta que hubo «una historia rara con Goliardos que nunca me terminó de convencer. Es confuso y triste lo que pasó entonces».

Es difícil entender hasta qué grado causamos el sufrimiento de nuestros padres, qué tanto dejan de ser y hacer por su progenie. En *Ana Karenina*, Darya Alexandrovna, una mujer noble en sus treintas, va al campo con sus seis retoños. Ahí se dice que, luego de

problemas prácticos iniciales, consigue estar bien pero no tranquila, pues con tanto chamaco y chamaca es imposible. Pero: «estas preocupaciones eran la única felicidad posible para Darya Alexandrovna… por más difícil que fuera para una madre lidiar con el miedo a las enfermedades, las enfermedades mismas, y el dolor de ver malas inclinaciones en sus hijos, los hijos mismos premiaban sus dolores con pequeñas alegrías. Esas alegrías eran tan pequeñas como partículas de oro entre granos de arena, y durante los malos momentos solo podía ver el dolor y la arena, pero también había buenos momentos en los que solo veía la alegría y el oro».

¿Qué significa que alguien te traiga al mundo? Como una hija que solo es hija, intento ver más allá de este lado de la línea del dar y recibir vida. Veo las infancias a mi alrededor, la manera en que demandan y lloran, patalean y rompen. Pequeñas tiranías que no se acaban en la adultez. Lo que sí cambia es la contraparte: como las infancias exigen, dan amor de regreso. Un cariño tan candoroso que arrasa con todo a su alrededor. Luego la gente se vuelve mayor y el candor se borra. No quiero decir que no haya manera de retribuir el amor fuera de la infancia, pero sí que las exigencias y reproches cortan más cuando vienen de una persona adulta y que el cariño cambia en sus maneras de manifestarse. Las infancias no hieren porque quieran hacerlo. Aprenden poco a poco desde el egocentrismo necesario para configurar la autoconfianza. Las personas adultas son otra historia. Llega el día en que nuestros padres tienen que perdonarnos, aunque sigamos repitiéndonos el infatigable discurso de que nos pusieron en este mundo. Hay quien nunca deja de excusarse en las heridas de infancia, y aunque el trauma infantil es prevalente a lo largo de la vida, parte de crecer implica hacerse responsable de las propias fisuras.

Pero mi papá no era de aquellos que avientan todo lo que les sale mal hacia atrás. No, él era más del equipo *old school*: el que barría todo debajo del tapete de la falta de introspección. ¿Para qué culpar al pasado, cuando puede simplemente culpar a los demás? No olvidemos que el gran perdedor lucha contra el mundo injusto. El gran perdedor hombre además lucha contra la moralización insensata que busca cambiar las cosas que no le parece que deben cambiar. Aunque el corazón esté puesto del lado correcto, como

estoy segura de que estaba el suyo, el punto ciego pone un tope.

Pienso que, si bien el proceso de llegar a enquistarse ahí fue lento, vi una semilla de lo que sería después en una de esas acartonadas visitas de fin de semana que la custodia, palabra del mal, permite y ordena. Mi hermano con los ojos brillantes de pubertad, yo con la rabia natural de la adolescencia. Mi papá, echado en el sillón con la pierna cruzada formando un cuatro sobre la otra, como solía hacer, un chaleco café de lana, camiseta negra de Goliardos (¿la que yo estrujo de vez en cuando?). Tras bambalinas, una hija encerrada en sí misma, furiosa, cortándose en la clase de Dibujo Técnico; el otro gritando e insultando, imposible. Y claro, una madre lidiando con los restos del naufragio de lunes a sábado. Nadando, quizás, en la culpa de nuestras heridas además de las propias.

De regreso al cuarto: en escena, un papá con la pierna cruzada diciéndole a un hijo: «no le hagas caso a tu mamá, está loca». Y yo pensando que él no trata con mi hermano nunca, que nada más viene y pone pinta de buena onda y se dedica a hablar mal de ella, cuando ella nunca, ni aunque se le nota que quiere, lo hace de él. Desearía haberle podido decir esas cosas en ese mismo instante, como desearía haberle contestado cuando se quejaba del gran porcentaje de su sueldo que «tenía que darle a mi mamá», como si no se lo estuviera diciendo a una de las personas a las que se destinaba ese dinero. Quizá así se habría movido aunque fuera un poco de su lugar.

Alfonso siempre dice que mi papá era un alfa, y a mí esas palabras solo me remiten a las peores cosas que puede ser un hombre.

Para digerir (o evadir) aquello que me contó Alfonso en su mensaje, pienso en el paso cuatro del programa de Alcohólicos Anónimos que te invita a hacer un inventario moral de vida. Además de una enumeración de los lugares donde «nuestros propios instintos se torcieron» para apoderarse de nuestro actuar y las consecuencias hacia las otras personas que eso trajo, está la pregunta de qué función tiene el dolor y el rencor en tu vida. Cuando me hablaron de eso, me pareció ridículo pensar en que el rencor puede ser útil. Luego de meses de pensar en mi papá de mil maneras, me doy cuenta de que sí, al menos a mí, el rencor me ha servido para

sostener una imagen, una relación tensa que ha sobrevivido incluso a la muerte. Me ha servido también para justificarme y borrar la culpa o, al menos, echarla bajo la alfombra. Ya se ve que yo también sé barrer.

Las comunidades, la familia y lo que la rodea, o mejor aún, la constelación que decidamos llamar familia, se compone de intrincadas conexiones de ida y vuelta. Las heridas que nos infringimos son una calle de doble sentido, con muchas salidas y entradas. Vivimos en el rico caldo de cultivo que es una historia común. Me pregunto en qué medida mi frialdad abonó al dolor de mi papá y en qué medida, desde mis dudas sobre la valía de sus elecciones, incrementé una sensación de fracaso (¿sentía que había fracasado o es mi miedo hablando?). Pienso en cuántas excusas me puse a mí misma a partir de las cosas que hizo él. Me enfrento a la magnitud de la acción y reacción. Como sucede con frecuencia, él y yo entramos en un ciclo de pinzas engarzadas del que no pudimos movernos por años. Nos aferramos en el sentido más profundo del término.

Si la anécdota que me contó Alfonso no da cuenta de qué tanto los errores se retroalimentan, no sé qué lo haría. Una feria del libro tras otra en una primavera de la Ciudad de México, un festival en el Zócalo y finalmente una nueva idea: Goliardos iba a refundarse, cambiaría su diseño por uno ¡minimalista! Portadas blancas, tipografías más lisas, ISBN, distribución en librerías. El sueño húmedo de mi amor por el gusto burgués. Goliardos iba a domesticarse y a entrar al *«mainstream»*. La idea fue en parte, oh sorpresa, de mi papá. Era hora de salir del *underground*, distribuirse en librerías. Entre Alfonso y él diseñaron la nueva imagen y se dispusieron a poner manos a la obra. Tenían cincuenta mil pesos de aquel entonces para concretar la misión. Más que suficiente.

Dice Alfonso: «Salimos de tres eventos en los que nos fue increíblemente bien y un día me dice: “Pasó eso y toda la lana la tuve que dar para que la sacaran de la cárcel”».

«Eso», o sea: yo saliendo del Palacio de Hierro del Zócalo con siete mil pesos de ropa robada encima. «Eso», o sea: la noche más angustiante de mi vida, la fuente de todas las pesadillas de los años

venideros. La emergencia.

«Toda la lana la tuve que dar para que la sacaran de la cárcel», dijo Pascal a Alfonso. Goliardos se quedó sin un solo centavo. Sin un quinto. Alfonso sospechó que se trataba de una mentira porque era la época en la que mi papá estaba más clavado con la ya mencionada chica y él veía como ella estrenaba cosas, libros, una computadora nueva.

«Y ahí fue cuando yo dije, "sabes qué, cabrón, que no". Me enfurecí muchísimo porque además me dijo: "mira sobraron quinientos pesos para ti"».

Es triste sí, que Alfonso no le haya creído y que eso haya terminado por dinamitar la delgada membrana que ya para entonces apenas los sostenía. Triste pero comprensible, porque mi papá tenía un manejo del dinero que siempre era dudoso. Como el tirano simpático que era, no te quedaba más que creerle que sus habilidades administrativas, o incluso sus *voluntades*, eran acertadas.

«No dudo que haya usado una parte para sacarte de la cárcel, pero no todo».

Y es verdad. La suma que se necesitó para evitarme el tutelar, hasta donde yo sé, no constituía el total de eso. Mi papá se gastó el resto del dinero, mucho o poco, en otra cosa. ¿En qué? Y mucho más importante: ¿por qué?

En vez de intentarlo y exponerse a fallar: el boicot. Pongámosle dinamita a los cimientos de la casa nueva antes de que las goteras del futuro terminen por dañar sus paredes. Quememos las naves antes de que lleguen a puerto para evitarnos la posibilidad de ser arrasados en la batalla. Seamos Espartaco, pero decretemos la derrota cuando apenas estemos de frente a las armas que nos podrían llevar a la victoria.

Dice Alexis: «Al principio creí que se trataba de evitar las ocasiones de pecado; pronto me di cuenta de que nuestras acciones solo tienen valor de síntomas: es nuestra naturaleza lo que habría que cambiar».

En mi cabeza un mosaico de recuerdos confirmatorios de las hipótesis que emanan del portafolio gris y de la historia de Alfonso.

A) Un día, cuando mi papá ya estaba a finales de sus cincuenta, fui con mi pareja a comer con él. Él aún no estaba enfermo, pero ya no tenía propiamente una casa, sino que llevaba unos meses rentando un cuarto independiente en la casa de una señora «en lo que encontraba algo más». Nos dijo, mientras comíamos una arrachera bastante mala, que le urgía encontrar dónde vivir porque si no cogía no podía escribir. Me dieron ganas de decirle que gracias por la información doblemente no solicitada. B) Cuando mi papá empezó a desaparecer largas temporadas del trabajo, mi tía me habló un día para contarme que, cuando él era joven, había intentado suicidarse, como si esa fuera prueba de que estaba, otra vez, cerca de hacerlo. Esa frase se volvió un eco macabro que no he dejado de escuchar. C) Un amigo de mi papá, librero y distribuidor, el Enano, estaba en un muy buen momento económico y decidió abrir una editorial. Se le ocurrió que mi papá podría llevarla y le encomendó publicar cuatro libros. Unos meses después, mi papá llego a presentarle el resultado. «Llega Pascal y le entrega… cuatro plaquettes… de Goliardos», dice Alfonso. El Enano, claro, no estuvo complacido con el resultado. Pascal tenía la oportunidad de hacerlo, el apoyo monetario de alguien que creía en él y en Goliardos. Y no lo hizo. D) Alfonso me cuenta que, durante una de tantas etapas de severos problemas económicos, le ofreció publicar a mi papá una columna mensual en la revista *Gourmet*, donde él era editor. A la vez, otro alumno suyo, Arturo J. Flores, le propuso publicar algo en *Playboy*, donde también era editor. A Alfonso le dijo que le daba hueva y a Arturo le dio un impreso de los que regalaban en el Chopo con el mismo cuento que publicaba en todas partes, «Padre e hijo», y le dijo que lo transcribiera. Y así, bien fresco rechazó dos trabajos, uno explícita y otro tácitamente. Con el tiempo se enredaría en el discurso de que el mundo en general era de ingratos.

Alexis, una vez más, con su clarividencia: «Es difícil no creerse superior cuando uno sufre…».

Pensé que llegaría a alguna clase de redención si me ponía a investigar sobre mi papá, pero en estos días me parece que entre más investigo más me encabrono, conmigo, con él. Algunas frases

axiomáticas y tajantes me aparecen en la cabeza y no puedo controlarlas, frases que se escuchan tan mal aun sin emitirlas, que no puedo imaginar si quiera cómo se leerían. Eso del paso cuatro no me está saliendo tan bien.

Creo que en el fondo cuando empecé a escribir pensaba en hacerle justicia a nuestra relación, pero especialmente a él. Quería resaltar su historia y su legado con ternura y reconciliación. Pienso de nuevo en *El olvido que seremos*, en cómo Héctor Abad Faciolince consigue que toda lectora quiera aunque sea un poco a su padre. Debe ser más fácil causar ese efecto cuando tu padre es un activista que estaba del lado correcto de la historia, cuyas imperfecciones, al menos las que nos muestra a cajón cerrado, quedan muy en segundo plano con respecto a la grandeza del personaje.

¿Qué hago con este hombre que tanto se dedicó a dinamitarse? ¿Qué hago con eso que siento y qué hago con las culpas que nuestra relación me genera aun ahora? ¿Qué servicio me hace? Alexis, de momento, no tiene respuesta libromántica.

«La vida es un deseo, no un significado». Si el deseo no se cumple, ¿se deja de desear? Sin deseo no hay sentido.

De repente la interferencia: me llega una conversación con mi hermano que me recuerda que las cosas nunca son tan sencillas y que las dimensiones de las personas exceden nuestros prejuicios sobre ellas. Entre las cosas incomprensibles que pululaban los libreros de casa de mi papá, una colección de figuras de monstruos que nos salieron en cajitas felices de
McDonald’s.
Algunos de mis momentos más bellos de la infancia tuvieron enfrente una hamburguesa de plástico, seguramente radioactiva, de ese lugar. Todavía ahora cuando pienso en esas hamburguesas, siento algo parecido a un chispazo de felicidad[25].

Una de las primeras cosas que hice cuando llegamos a limpiar a casa de mi papá fue quitar los adornos y chunches que había sobre las cajas de plástico que hacían de libreros. Los muñequitos se fueron a la bolsa de las cosas que eran potencialmente basura porque ya llevaba años preguntándome por qué diablos mi papá

había guardado a ese Conde Drácula con todo y su ataúd cochambroso y a ese Monstruo del Lago Ness brilloso a plástico. Horas después, mientras mi hermano expugnaba mi exquisita selección de desechos, tomó los monstruos. No mucho tiempo antes, me dijo, estuvo un día a solas con mi papá y este vio los engendros de cajita feliz y le dijo a mi hermano que lo que más le había dolido de divorciarse de mi mamá fue dejar de vernos. Entonces, el milagro: mi papá estalló en llanto, supongo que mi hermano también. Qué locura y a la vez qué comprensible que la cercanía de la muerte lo haya acercado a sus sentimientos de esa manera. Conmigo jamás lloró. Sin embargo, ahí está la prueba que necesitaba para aferrarme a esta historia. No todo es el afán de control, las fallas y las caídas: también existe el amor y el cuidado. Y él nos cuidó mucho y nos amó más.

Me paro. Respiro. Busco en los libreros algún otro libro que me sirva de guía, pero la magia de la elección al azar está atascada de emociones. Entre tanta revoltura, me siento en el suelo frío, uso de respaldo incómodo un librero. Mi gata se echa sobre mis piernas. La veo a los ojos y pregunto: ¿para qué es este libro? Ella me mira con algo que podría ser comprensión o indiferencia. Me conformo con eso y le hago otra pregunta más compleja, ¿cuál es el límite cuando escribimos sobre las vidas de las demás personas? ¿Te molestaría, gatita de mis ojos, aparecer en un libro?

La otra persona (o gata), por definición, no puede contestarte dentro de un texto. Aunque se le cite en largas parrafadas, *emails*, mensajes, líneas que hagan contrapeso a la conducción del relato, la realidad es que el texto es impermeable a la réplica externa. Hay otros mecanismos. Pienso en Vanessa Springora, la periodista francesa que, con una afirmación poderosa, terminó de aplastar el discurso de Gabriel Matzneff, el escritor que la sedujo cuando ella tenía trece años y él cincuenta. Matzneff publicó numerosos libros narrando la relación que tuvo con la menor de edad bajo criterios propios e indiscutibles, hasta que un buen día llegó la narración de Vanessa que lo expone en sus numerosos actos de manipulación pederasta. Dos maneras de hablar de la vida ajena.

Pienso también en el que es, quizás, el más famoso escritor de novelas sin ficción, Emmanuel Carrère y la disputa que sostiene con

Hélène Devynck, su exesposa; pienso en el contrato que le prohíbe mencionarla a ella o su hijo en sus obras y que ha dejado un notable vacío en el centro de su novela *Yoga*, y que ni así evitó la demanda por no haber obedecido plenamente las restricciones que esta imponía. El autor dijo que solo escribió lo estrictamente necesario para retratar su propia experiencia de duelo ante el divorcio. Hélène no estuvo de acuerdo.

Me pregunto por todos esos libros que antaño describieron, pervirtieron y agitaron vidas ajenas, por aquellos personajes secundarios y primarios que quedaron aplastados entre páginas de otras plumas. Me pregunto cuántos y cuántas protagonistas o personajes secundarios se leyeron y maldijeron, cuántas de ellas vivieron alteraciones en su vida cotidiana por decisiones *artísticas*, y se me antoja que en esta época de la autoficción boyante y de las delatoras redes sociales, algo se tensa como nunca.

La fantasía de que escribimos nuestra propia vida se sacude cuando nos vemos a través de otros ojos y lo severo de un juicio adquiere peso definitorio al volverse papel impreso. No creo que nadie resuelva nunca cuáles préstamos son lícitos a menos que se muera el arte.

Aquí hablo de un muerto amado. Las cenizas me corren en las venas con genes compartidos y una enorme parte de lo que soy. La cercanía es tal que mis peores pesadillas muestran que por cada puñetazo que le lanzo, uno de idéntica furia se me regresa. No quiero herir a quienes amo. No quiero herir a nadie, ni siquiera a quienes odio. A veces pienso en que me faltan agallas para escribir este libro y veo de frente la conveniencia de una ficción más lejana. Novelar siempre, tachar culpables, torcer historias, sacrificar en nombre de la estética, pero también del decoro.

Regreso a *El olvido que seremos* y encuentro la ternura de Héctor Abad Faciolince, la historia que no hiere al padre, que no deja más que una dulzura en la boca cuando el autor habla desde un amor profundo declarado en las primeras líneas:

«El niño, yo, amaba al señor, su padre, sobre todas las cosas. Lo amaba más que a Dios. Un día tuve que escoger entre Dios y mi papá, y escogí a mi papá».

Ni siquiera en los momentos más brutales, en los defectos y excesos, deja de sentirse el abrazo que mantiene al padre en un sitio

seguro.

Luego busco una contraparte. En *Correr el tupido velo*, otro libro sobre una hija escritora escribiendo sobre su padre escritor. Pilar Donoso utiliza los diarios de su padre, José Donoso, que él mismo donó a una universidad, para reconstruir una interioridad hasta entonces desconocida para ella. José Donoso, uno de los gigantes del *Boom* **[26]**, se revela ante sus ojos como un hombre con profundos problemas mentales, que llegó incluso a pensar que ella quería matarlo, que teorizó sobre las muchas formas en que Pilarcita, como la llamaba para diferenciarla de su esposa Pilar, pretendía aplastarlo. Entre estas páginas, por ejemplo, el hombre se refiere a Pilar (no a Pilarcita) como una vaca gorda que deja sus dientes alrededor de la casa y se pregunta cómo puede querer que se la coja. Con todo esto de frente, Pilar Donoso teje pacientemente la biografía que le prometió escribir a su padre, para la que le hizo incluso entrevistas:

> Leo y releo y reconozco tantas cosas… me río, lloro, me enrabio, perdono, vuelvo a llorar; me decepciono, lo enaltezco y nuevamente lo perdono porque lo quise inmensamente.

Como yo, Pilar se sumergió en las profundidades de un mar negro, donde no llega la luz. Leyó sin parar, aunque, seguramente, la rabia y el pudor le pedían un alto. Me siento cercana a ella cuando meto las manos en los recovecos de una mente que nunca llegaré a conocer. Aunque ella afirma que uno «no debiera conocer los pensamientos más íntimos de nadie. Sobre todo, sus padres» y estoy fundamentalmente de acuerdo con ello, también la envidio por tener ese acceso a lo inaccesible. Esas cartas, esos diarios, esa realidad que era la mente desequilibrada de su padre.

Correr el tupido velo arranca con una propuesta de historia que José Donoso describe en una carta: una hija de escritor consigue los diarios de su padre, que los ha dejado en una universidad y, luego de escribir un libro a partir de ellos, se mata. Pilar Donoso se suicidó un año después de publicar el libro sobre ella y su padre. Conjeturo que en esta decisión tuvo que ver la recepción del libro, saber que expuso a su padre, pero también, sobre todo, con lo que encontró. Hay cosas que es mejor no ver y no saber, pero, ya se sabe, una vez habiéndolas visto, ya no se pueden desver **[27]**. Y esto

incluye, por supuesto, nuestro papel en las historias que narramos. Nuestra responsabilidad.

Difícil pintar la línea entre lo que se quiere conocer y el abismo que se abre al emprender una búsqueda que puede llevar a los encuentros más ominosos. Especialmente, encuentros con una misma. Cuantos mitos no se han escrito sobre eso.

Alexis dice: «Ignoraba que el asco es una de las formas de la obsesión y que, si deseamos algo, es más fácil pensar en ello con horror que no pensar». Y yo me pregunto qué quedaba a sus sesenta años del Juan Manuel de veinticuatro que leyó y escuchó a Alexis. Si, como el personaje de Yourcenar, logró romper las barreras que se fijó a sí mismo. Si su salida del *«mainstream»* fue esta salida del clóset de la pretensión que exige toda élite intelectual o fue tan solo una apuesta más del Gran Perdedor. Supongo que no tiene por qué estar disociado.

SÉPTIMO: EL GARABATO QUE SOMOS

La ridícula idea de no volver a verte, Rosa Montero, Seix Barral, 2013. Contenido neto: una sentida visión de la vida de Marie Curie y el contenido de sus diarios (y un duelo amoroso). «Y, desde las ruinas, tú te obsesionas en darle vueltas y vueltas al instante anterior al terremoto. ¡Si lo hubiera sabido!, te dices. Pero no, no sabías».

El título me jaló como un imán. A este libro llegué por egoísmo, porque quería un descanso y, ya entrada en temas mórbidos, su ligereza y vivacidad me viene como un soplo fresco. Curioso que un libro sobre muerte pueda hacer eso. A pesar de que no me consta que sea él quien lo haya leído, al menos *alguien* avanzó hasta la página 130, donde la solapa estaba metida. Mi análisis material revela algo raro: las primeras páginas, las que estaban resguardadas, tienen el color más oscuro, mientras que las otras son más claras. Seguramente este pobre libro estuvo haciendo el proceso inverso a un bronceado: decolorándose al sol. Digo «alguien» porque hay un par de *post-its* rosa pegados por aquí y por allá, cosa que resulta muy inusual. También el subrayado a regla y con lápiz, discreto, tiene a lado letras muy pequeñas, que no puedo identificar como las suyas, que eran siempre grandes y picudas, sin miedo a irrumpir en la página, tan parecidas a él en la vida. Algo más: me lo imagino, sin prueba alguna más allá de treinta años de conocerlo, derrotado prejuiciosamente ante el título, ese mismo que me llevó a sacarlo del librero. Estoy segura: lo que a mí me resulta genial a él le parecería cursi.

En suma, el libro parece un regalo o un olvido: ¿una historia secreta de amor? ¿Un intento de hacerlo leer algo que no leería de otra manera que regalado? ¿Un fracaso de alguna de las mujeres en su vida? No quiero saber.

La ridícula idea de no volver a verte es muchas cosas a la vez: una de ellas es la historia de dos duelos. Rosa Montero habla del momento en que Marie Curie se quedó viuda luego de que Pierre Curie fue arrollado por un carro para hablar también de la muerte de su propio esposo, quien enfermó de cáncer. Dos muertes iguales y a la vez tan distintas. Hablar de una vida ajena (o muchas) para hablar de la propia.

Esa necesidad de hablar de las personas que perdemos desde la universalidad del suceso responde a la muy lógica búsqueda de sentirnos acompañadas en nuestra pérdida. En un dolor de esta magnitud, todos los abrazos de gente querida no son suficientes para acomodar el vacío y devolver el sentido a nuestra vida. Y cuán necesario es que lo logremos, porque ese agujero lucha por ser el centro de nuestra existencia y, aunque nunca se irá, qué terrible sería que perdure así, como aquello que nos rige y domina.

Leer un libro sobre muerte es parte de un ritual de sanación, no importa cuándo se lea, si antes o después de que esta ocurra, porque una característica medular de los rituales es que son un espacio de emociones compartidas. Me uno aquí a esta larga procesión de dolientes que se leen entre sí, como un grupo de autoayuda que trasciende el tiempo y el espacio.

Mi nombre es Aura y he perdido a alguien.

También Marie Curie escribió un diario, pero en segunda persona y más estructurado que esta vaguísima investigación que escribo desde hace siete meses. Se podría decir que era una carta de todas las cosas que no alcanzó a decirle a Pierre. La escritura de un final que no pudo cerrar como querría, como dice Rosa Montero. Difícilmente habrá persona que deje todas las cuentas saldadas frente a la muerte de alguien querido. Siempre hay que escribir el final que quedó inconcluso y esa escritura (se haga con letras o simples pensamientos) es, sin más, el proceso del duelo. Se me ocurrió que tal vez sería terapéutico intentar eso mismo. Revivir esas últimas horas compartidas.

Sin embargo no las hubo. O sí, pero de una manera tan contemporánea que da pena. Nuestra última interacción fue un enlace al texto «Orígenes de la literatura y de la poesía vulgares» de Antonio Gramsci, que mandó por mensaje un día antes de morir. Le contesté «qué padre» y él me puso una manita azul con el pulgar levantado. Así de simple, así de sencillo. El intercambio final de palabras terminó en emoticón. Tampoco está tan mal, creo, a pesar de que no leí el texto.

La ridícula idea de no volver a verte me propone algunos ejercicios interesantes. Por ejemplo, dice Rosa Montero: «Todas esas pequeñeces, en efecto, conforman a una persona. Son nuestra

fórmula básica, el garabato único que cada uno dibuja en la existencia». Y pienso en un listado preliminar de pequeñeces del tipo «Nadie hay ni habrá que haga una sopa pseudoalemana de salchicha como la de mi papá, por el simple motivo de que era una receta dependiente por completo del tanteo». O «Nadie hay ni habrá que use las bolsas ecológicas verde radioactivo para guardar kilos de libros de regalo». «Nadie hay ni habrá que camine a esa velocidad imbécil en medio de una estación de metro semillena, con las mentadas bolsas en el hombro y su hija corriendo detrás de él, incapaz de alcanzarlo entre tanta gente y con quince centímetros menos de piernas». «Nadie hay ni habrá que diga la misma frase cada vez que atraviesa en taxi la unidad habitacional de ISSSTE donde vivíamos: "con precaución, por favor, porque es doble sentido", siempre en idéntica entonación». «Nadie hay ni habrá que haga berrinches de esa envergadura, como el ya clásico momento en que se despertó encabronado porque mi hermano y yo reñíamos un sábado por la mañana y arrancó de tajo el VHS que era el motivo de la discordia, dejándolo inservible».

En medio de este ejercicio, hasta las bajezas me parecen entrañables. Me sorprendo. ¿Ha empezado el proceso de santificación que suele venir en automático cuando alguien muere? Para no dejarme caer en la tentación, intento recordar más cosas, pero pronto me doy cuenta de que no puedo. Supongo que esa es la clase de recuerdos que viene en la cotidianidad, cuando menos necesitas que se aparezcan. Es eso o estoy olvidando su trazo básico y pronto vivirá solo de un dibujo a lo bruto. Quizás valga la pena pensar en los garabatos de cada persona a nuestro alrededor antes de que no esté más. Escribirlos en presente.

El libro me contesta:

> … es lógico que nos resistamos al olvido porque esa es la derrota final frente a nuestra gran enemiga, frente a esa asquerosa muerte que es la destructora de las dulzuras, la separadora de las multitudes, la aniquiladora de los palacios y la constructora de tumbas, como la denominan en *Las mil y una noches*, que es un libro que sabe mucho sobre el combate desigual de los humanos contra la Parca.

Lástima que tenga tan mala memoria, pero gracias al cielo por los

libros que la tienen impoluta. Así, puedo poner aquí lo que quiero de vuelta y olvidar, mañosamente, lo que prefiero que se eche a nadar a las aguas del tiempo. Quizás en ese balance está el reposo. La lógica es que si ya está todo escrito, puedo librar a mi mente de su obligación de ser un museo.

A pesar de las tentaciones santificadoras, yo no he reconstruido aún lo que perdí, en parte porque sucedió mucho antes de su muerte. Ese rencor que he cargado por años tiene el sabor de un sueño perdido: el de haber perdido a un héroe y haber encontrado a un hombre.

Es muy normal que las infancias vean a sus progenitores como héroes. Son, al fin y al cabo, quienes día a día les salvan de la muerte y, en el caso de los papás, tienen, además, mucha prensa a su favor. El problema es que en algún momento nos damos cuenta de que nuestros padres son falibles y, lejos de reconocerles como humanos, nos enojamos por su falta. Esa reconciliación con su singularidad, con su ser ajenos a nosotres es tardada y dolorosa, a veces más y a veces menos, pero lo es. Y todo ese encuentro con la realidad está rodeado de un relato que nos contamos.

Nuestra memoria en realidad es un invento, un cuento que vamos reescribiendo cada día (lo que recuerdo hoy de mi infancia no es lo que recordaba hace veinte años); lo que quiere decir que nuestra identidad también es ficcional, puesto que se basa en la memoria.

Yo soy experta en relatos. Somos. El problema es que a veces los relatos vitales se estancan y se vuelven un árbol tirado en medio de una carretera en vez de una forma de tener perspectiva.

¿Cómo se narraba mi papá a sí mismo? Dice Rosa Montero: «… es una cuestión de narración. De cómo nos contamos a nosotros mismos. Aprender a vivir pasa por la #Palabra». Mi papá y su forma de verse desde el ellos contra nosotros es un ejemplo de un relato que, aunque basado en cierta medida en hechos reales, también estaba enraizado en el resto de su historia personal. Supongo que ese quiebre en su infancia abonó a su necesidad de crearse una familia que no se fuera, que fuera el tiovivo que giraba en torno a él. Esa familia fueron sus alumnos y sus alumnas.

Heme aquí transformándome en lo que juré destruir: la psicoanalista de un personaje.

Siento la tentación de citar como paradoja el hecho de que alguien que dedicó su vida entera a la palabra no pueda construir un relato vital gratificante, pero enunciarlo así sería obviar muchas cosas. Para empezar, que no nos conocemos tanto como quisiéramos. Para seguir, porque, aunque estudió psicología, me es difícil saber hasta dónde llegaba su capacidad de mirarse de frente siendo un hombre educado para sentir poco y con una historia infantil tan traumática. Un linaje de hombres sabios pero neuróticos y excesivamente racionales [28] estaba a sus espaldas.

¿Cuánto le habrá pesado la idea del éxito en una familia de gente exitosa? ¿Cuánto la del fracaso? Lo sé de primera mano: la sola idea de fracasar puede destruir a alguien y si no, que me devuelvan las noches incesantes en que me he vuelto presa de alucinaciones pesimistas y de autoflagelo lacrimógeno por sentirme un fracaso en casi todo en la vida. Ahí veo ese germen que también es una herencia. No es que lo culpe por completo a él, pero sí sé que mucho de lo que entendí del mundo de la literatura lo hice a través de no querer ser él y de verlo todo como él lo veía.

Y qué duro y qué terrible suenan mis palabras. Ahora lo empiezo a leer diferente. Ahora logro incluso, a veces, volver a pensar en él como un héroe efímero.

Un dato interesante en el libro: las personas divorciadas son más infelices que las viudas según un ilustre estudio. Resulta más fácil perdonar a quien muere que a quien nos ha herido en vida, al fin y al cabo, ya no nos puede herir, al menos de manera directa. La muerte, en general, no es la constatación de que algo salió mal: es una tragedia. Sospecho que también esto tiene que ver con los relatos y la creación de héroes y santas.

De pronto, una certeza, casi una obviedad, me asalta inesperadamente: mi papá también tenía el corazón roto luego del divorcio. El sufrimiento no era exclusivo de la casa en que nos quedamos mi mamá, mi hermano y yo, sino que él tuvo que crear una nueva, lleno como estaba de furia y desamparo. Lo imagino la primera noche en su nuevo departamento diminuto, el primero de varios en los que viviría, bajo la luz a medias de una lamparita de mesa, mirando los libreros solitarios. Imagino un primer momento de euforia, de «todo esto es mío, venga a nosotros mi reino»; luego,

tan sin control como se me presenta a mí esta imagen, el silencio que se apodera de todo, a pesar del disco de Yes que está sonando a todo volumen. El vacío, el trueno de un retortijón en el estómago. La certeza de que no volverás a cohabitar con la mujer con la que estuviste casado más de una década y que ahora crees detestar más de lo que la amas. El dolor de los errores propios y ajenos. Tu hija enojada, tu hijo lloroso. Bajo otro techo.

Ahora que tengo la compasión que no tuve entonces veo que en ese momento estábamos en el mismo barco tambaleante, aunque no lo supiéramos. El dolor ensimisma, el tiempo da perspectiva.

Intento abrazar el sabor agridulce que me deja esa idea. Ser generosa. Y es desde ahí que trato también de narrarme los intentos que tuvo de establecer otras relaciones luego de mi madre. Las veces que lo logró, las veces que fue, seguramente, feliz, aunque no nos lo contara. Regreso a las plaquettes. Mi papá, que era carne y no cristal, que era materia viva y no hierro, lo dejó consignado en poemas sin destinatarias explícitas y, más allá de todas las razones del sueño, lo leo amar y reír:

> Una sirena sorprendida
> Es mediodía y dormimos.
> Alicia sacó de su envoltorio la hamaca de los viajes.
> Hemos usado empaques y alcayatas
> para fijarla a la pared.
> Por ahora fingimos
> que no es el fin del mundo
> sino que Veracruz, Playa del Carmen, Los cabos, las ensenadas nayaritas,
> existen todavía.
> Despertamos de nuevo.
> —Hagamos el amor en esta playa —propone Alicia.
> La hamaca cabalga prodigiosa
> en las oscilaciones del orgasmo.
> Y de pronto un crujido y caemos al suelo.
> Han desaparecido el mar, la brisa de la arena
> y el resplandor de un sol que no corta la piel.
> Pero Alicia, con las piernas envueltas por la hamaca,
> parece nuevamente una sirena sorprendida.

Una cápsula de amor en un poema. Ojalá Alicia, o como se llame en realidad, sea quien le regaló el libro de Rosa Montero.

Luego de sumergirme en su escritura un par de mañanas nubosas, me aburro del tema del duelo y busco distraerme. Saco otro libro: *Al mismo tiempo*, compilación de ensayos de Susan Sontag con subrayados de mi padre. En el primer ensayo, «Un argumento sobre la belleza», la filósofa habla de cómo la idea de belleza ha ido perdiendo legitimidad a lo largo de un siglo que se cuestiona las jerarquías (lo bello siendo siempre una marca de valor) y de los intentos por sustituir esta por «lo interesante». Lo interesante, sin embargo, ha concluido en una palabra vacua. Este ensayo me llevó a un breve video que vi hace unos años y se quedó pegado a mi cerebro. En él, Slavoj Žižek se pregunta «Why Be Happy When You Could Be Interesting?». Žižek menciona lo prolífico que es el sufrimiento y lo paralizadora que es la felicidad. Cuando buscamos crear, también somos materia dispuesta para sufrir. Este es un tópico común entre artistas, y la idea opuesta, que la alegría idiotiza, también lo es. A menudo se ensalza el sufrimiento hasta grados malsanos. Así como hay un enaltecimiento de la idea de lo feo en lo estético, que se denomina a veces solo «interesante», lo hay de la tristeza como panacea y remedio ante la estupidez.

¿Cuántxs artistas no nos hemos comprado la idea de que solo desde ahí se puede crear? Sarah Ahmed, en *La promesa de la felicidad* critica la cultura anglo del *self-help*, pero dice que no debemos aspirar a la tristeza, sino que aún podemos hacer nuestra la alegría.

Pienso que mi papá se casó con la idea del interesante, el infeliz, el infravalorado, a tal grado que las englobó cabalmente en la idea del Gran Perdedor. Pienso también que muchas veces yo misma he caminado en esa línea. Es que es tentador, puesto que, lejos de solo ponerte en una mala posición, tiene también grandes ventajas. Quizá por ello veo a mi alrededor tanta gente que hace un manual de vida del supuesto del Alexis de Yourcenar que cité antes: «Es difícil no creerse superior cuando uno sufre…». Y, al fin y al cabo, esto también empieza con cómo nos narramos.

Y vaya que mi papá sufría al final, pero, contrario al mito, no por ello creaba. Y eso me parece central a la pérdida del deseo. Si la vida es un deseo y no un significado, requiere mantener la viveza de un camino por delante. Para desear, tenemos que aspirar a algo. A la salida de la presentación de mi libro, dos semanas antes de su

muerte, mi papá se preguntó qué hubiera pasado si se hubiera dedicado a promover su propio trabajo y no el de otras personas. Esa pregunta hacia atrás marca una falta de horizonte: ya no habrá manera de hacerlo porque no hay más libros. Todo lo que podía ocurrir ya está en el pasado.

Hoy escribo desde el derrumbe. La certeza de encontrar entre palabras un sentido sólido, que me diera tierra, se terminó en una noche de insomnios cíclicos, de ver el reloj cada hora. Son las tres de la mañana y, resignada a no dormir más, tomo de vuelta el libro de Rosa Montero:

> Con una muerte así, como la de Pierre; con un diagnóstico así, como el de Pablo, el mundo se derrumba. Y, desde las ruinas, tú te obsesionas en darle vueltas y vueltas al instante anterior al terremoto. ¡Si lo hubiera sabido!, te dices. Pero no, no sabías.

Se derrumba, sí. Es curioso cómo siempre pensé que los últimos años de mi papá, lejos de temer su muerte, temí su vida. Nunca se me ocurrió pensar qué significaría para mí, para toda mi familia y sus amistades, que él muriera. Poco antes de que pasara, sin embargo, le dije a una amiga con la que venía regresando de una feria del libro que pensaba que ya no faltaba mucho. No recuerdo qué sentí al hacerlo. Hay veces en que pienso que me he mentido todo este tiempo, que me digo que pensaba más en el dolor de su existencia, en cómo se lo comía la enfermedad del corazón, en ambos sentidos, que en el temor de su muerte cercana. Era solo el miedo de admitir que era real.

La ridícula idea de no volver a verte es un monumento a la creatividad como arma para afrontar la tristeza y evitar que se vuelva sufrimiento crónico. Qué importante es la narración, dentro y fuera del papel. Me quedan muchas preguntas sobre cómo quiero contarme esta historia. O más aún, cómo narrarme *toda* mi historia fuera de los límites de mi relación con mi papá. El garabato que soy debe ser pasado por otras palabras.

OCTAVO: DIOS FULMINE A AQUEL QUE ESCRIBA UNA BIOGRAFÍA SOBRE MI PERSONA

Jardines de Kensington, Rodrigo Fresán, Literatura Mondadori, 2003. Contenido neto: una novela enloquecida que gira en torno al escritor J. M. Barrie y otras muchas cosas. «El escritor como intermediario, como espiritista espiritual, como iluminador de la manera en que los libros son los fantasmas de los escritores vivos y los escritores muertos son los fantasmas de los libros».

Como para compensar que hablé de un libro que casi seguramente no leyó mi papá, llego a este libro sin azar alguno. Ahora que conozco mejor la biblioteca se ha vuelto obvio que hay autores consentidos. Entre ellos, Rodrigo Fresán sobresale con siete títulos. A lo mejor había más y ahora alguna librería de viejo los tiene empolvándose en un estante apartado. A lo mejor. De entre los títulos que sí tengo, Alfonso me informa que *Jardines de Kensington* era su favorito, pero muy bien podría haberlo deducido por la gran cantidad de subrayados y páginas con el número en un cuadrado azul.

Mitad biografía en esteroides de J. M. Barrie, el achaparrado autor de *Peter Pan,* y mitad historia de la locura de un autor de literatura infantil llamado Peter Hook, que es además nuestro ilustre narrador, uno de los grandes tópicos de *Jardines de Kensington* es el deseo de no crecer, el fetiche de la eterna infancia, pero siempre unido al final de la vida. Qué curioso que ese libro tenga como alma algo similar al inicio de este: una relación entre infancia y muerte que parece poco intuitiva. «Vivimos, Keiko Kai, entre dos países imaginarios: el de los niños que fuimos y el de los muertos que seremos», le dice el narrador al pequeño Keiko Kai, interlocutor real o imaginario a quien tiene secuestrado en su mansión en Londres.

En el principio era la infancia y en el final fue su muerte. Este libro es solo una continuación.

Esos muertos que acaban siendo las ficciones de aquellos que los sobreviven y los someten al impúdico proceso de tachaduras, añadidos y correcciones del mismo modo en que todos —en la mitad exacta del camino— acabamos reescribiendo esa otra zona espectral: nuestra infancia.

Curioso que para hablar de la muerte haya que tocar base en la infancia.

Hasta el momento, *Jardines de Kensington* es uno de los libros más lúgubres que he leído. El mismo Barrie, con sus encuentros cercanos con la muerte desde que era un niño y su hermano mayor tuvo un accidente fatal. Su humor ácido y brutal es un exponente de concurso de la oscuridad que puede guardar una persona y de cómo el arte es capaz de darle forma, hacer que tienda a lo sublime, etcétera; pero muchas veces, no cura el vacío que está en el centro.

Barrie escribió y con justa razón: «Dios fulmine a aquel que escriba una biografía sobre mi persona». Y cuántos motivos para temerlo tenía. Cuántos motivos tenemos.

Qué divertido leer sobre personajes tan extravagantes. Qué delicia seguir sus historias y sus aventuras lisérgicas, homicidas, musicales y literarias. Qué tortura sería conocerles fuera de la página. La paradoja de lo que amamos en papel, pero no en vida. Entre página y página de estos jardines, pienso en la necesidad que tenemos de sentirnos radicalmente diferentes a personajes así, como si no tuviéramos dentro aunque sea un poco de esa magia, a veces negra, a veces blanca. Personajes que son libres y brillantes, pero a la vez egoístas e individualistas. En una eterna adolescencia emocional, con la aspiración por la ligereza infantil y la capacidad de herir de una persona adulta. Personajes ellxs, personajes nosotres. ¿Cómo nos escribirían las teclas de una escritora dependiendo del día, de su humor, de sus rencores y prejuicios?

C. S. Lewis es el escritor más importante de mi infancia. *Las crónicas de Narnia* fueron para mí una colisión con todas las emociones humanas posibles, un muestrario de lo que la literatura puede hacer cuando crea mundos y personajes que dan ganas de habitar a pesar de las heladas, el peligro y las traiciones. Alabadas sean las brujas blancas y los príncipes luchones detrás del armario. Los siete libros ilustrados estuvieron entre los primero que leí por mí misma y, cuando terminé el último, incrédula, decepcionada de haber llegado al final y, por encima de todo, desesperada por haber perdido a mis pequeñas amistades inglesas, le pedía a mi papá, sin éxito, que escribiera el octavo libro. Ahora que lo pienso, mi terror por llegar al final, ese que me deja siempre a unas pocas páginas de terminar casi cualquier libro o a un capítulo de cerrar una serie,

seguramente viene del duelo de haber perdido Narnia. Bienvenidas las interpretaciones psicoanalíticas.

C. S. Lewis escribió muchos textos cristianos, ficticios y no, lo que hizo que, ya en mi versión adulta, su obra dejara de interesarme. Hasta ahora. Me reencuentro con el autor de los sátiros de mi infancia en el lugar menos esperado. C. S. Lewis escribió *Una pena en observación* cuando su esposa, la poeta Helen Joy Davidman, con quien llevaba casado apenas unos pocos años, murió de cáncer de huesos. La página de Wikipedia dice algo que me parece relevante: «El título quiere recordar que no se trata de un ensayo acerca del dolor, sino de la perspectiva individual de un hombre ante la pérdida de su esposa y del duelo como camino para el encuentro con el Dios cristiano». Lewis no pretende hacer un tratado universalizante, sino retratar un duelo que cambia de momento en momento. La viveza de sus reflexiones y la entraña con que se sumerge en el dolor y en las dudas de Dios han hecho de este uno de mis libros favoritos de duelo. Lewis se pregunta qué tanto es posible recordar a su muerta:

«Sonreirá o fruncirá el ceño, será tierna, alegre, grosera o peleonera tal como tu estado de ánimo lo pida. Es una marioneta cuyas cuerdas manejas tú. No lo es aún, claro, porque la realidad está todavía muy fresca; recuerdos genuinos e involuntarios pueden, gracias al cielo, embestir en cualquier instante y arrancarme las cuerdas de las manos. Pero la obediencia fatal de la imagen, la insípida dependencia que me tiene, solo crecerá».

Tu muertx es tu marioneta. Mi papá es mi marioneta en esta historia. Si hablo de él, solo hablo de nosotres. Dice Lewis que como escribe aún con la pena fresca, a muy poco tiempo de la muerte de su esposa, el retrato de entraña logra aún transmitir la realidad. Yo, hija natural de mi época, dudo mucho que eso sea posible. Si acaso, creo que el tiempo atempera los sentimientos y permite un retrato más razonado, no necesariamente más fiel. Si la búsqueda fuera esa, sería mejor en todo caso hablar con muchas personas, y así, con testimonios y testimonios, construir el prisma de lo que fue la persona para las demás personas.

Con todo eso en mente, todavía me pregunto qué puedo decir yo de mi papá que signifique algo sobre él y no solo algo sobre mí. Quizá lo que él me supuso a mí es también él mismo, porque somos

lo que hacemos con nuestro entorno. Como dice Joyce Carol Oates en *Memorias de una viuda*: «William James, nuestro gran filósofo norteamericano, dijo: "tenemos tantas personalidades como hay personas que nos conocen". A lo que yo añadiría: no tenemos personalidades a menos que haya gente que nos conoce. A menos que haya gente que deseemos convencer de que merecemos existir».

La segunda respuesta es mucho más relevante: no busco la fidelidad del retrato sino las verdades endebles de la literatura.

No busco la fidelidad del retrato sino las verdades endebles de la literatura, pero esto no me exime de la injusticia tremenda de que alguien más narre tu vida sin que tú puedas decir ni pío al respeto. Ni la más tupida oda estaría exenta de divergencias entre autora y retratado.

Me pregunto qué pensaría mi papá de que escriba un libro sobre su vida luego de su muerte. ¿Se emocionaría? ¿Se sentiría expuesto? ¿Sería capaz, como José Donoso, de pedir a su hija una biografía oficial? Sin duda un cintillo en la solapa canturreando que este libro es *sobre* su vida sería una estafa.

En *De otras vidas que la mía*, Jorge Volpi reporta algunos de los problemas éticos de la autoficción, *memoir*, o como quiera llamársele. Henry Miller con el retrato perturbador de su esposa June en *Trópico de cáncer* resulta lejano, pero Volpi señala que a toda persona que escriba, joven, vieja, famosa o no, y que haya hablado de alguien cercano le ha llegado alguna clase de reprimenda, incluyéndolo: «Por unos cuantos párrafos en un pequeño libro, mi madre se ofuscó y mi hermano dejó de hablarme por un tiempo». Una amiga también vivió los reproches de su madre por haber escrito sobre lo que su difícil divorcio representó para ella. No se refería a su madre con ningún menosprecio, pero fue suficiente agravio plasmar su intimidad en papel ante tantos o tan pocos ojos.

Sergio Loo narra una historia similar en *Operación del cuerpo enfermo*, su último libro antes de que el cáncer lo matara:

> He vuelto a Cecilia una novela decimonónica de 37 capítulos. Conforme la novela se ha dado a conocer de boca en boca, con buenos resultados, han aparecido algunas reseñas favorables. Las ventas, satisfactorias. Pronto se agotará la primera edición.

> Mientras tanto, Cecilia cada vez más pálida, vuelta papel, hoja de una revista de chismes. Los lectores subrayan episodios de su vida y ella siente como estigmas, se le entierra la punta del lápiz entre las llagas. No se puede levantar. No sangra. Se está volviendo famosa, bidimensional, pública de todos. Desaparece.

Pública, bidimensional, su vida vuelta chismes. De frente a estos adjetivos filosos más valdría escribir únicamente ciencia ficción y dejar a la carne y el hueso en paz.

Qué fardo pensar en que tu hija reporte pormenorizadamente las heridas que le causaste, que deje registro de aquella vez en que escribiste mal el mes de la fiesta de cumpleaños en las invitaciones y nadie llegó. Suficientemente mal te sentiste tú al verla con su vestido ampón de flores esperando con los ojos húmedos a todas sus amigas que, claro, no llegaron.

Supongo que este es uno de los miedos que encabezan la lista cuando pienso en no tener progenie. No poner mal la fecha del convivio (imposible con ese trauma a cuestas), sino ser responsable en cierta medida de los sufrimientos de alguien. Me doy cuenta de que hay algo amañado en esto porque deja fuera dos cosas: primero, que esto siempre es cierto, aunque no se tenga descendencia, porque no somos una isla y el dolor es una parte inevitable de la existencia. Lo segundo y más importante es que no solo se lega dolor sino también, especialmente, alegría.

Por hoy busco en las páginas ajenas respuestas a esa interrogación que para mí era mi papá. ¿Qué significa exactamente «La vida es un deseo, no un significado»? Puede ser que, si la vida es deseo, valga la pena abandonarla cuando ya no se es capaz de desear. Al fin y al cabo, si no hay significado, solo ese arranque la sostiene. ¿A la vida hay que desearla para seguir en ella? En el libro de Fresán, el suicidio es una constante. El brutal inicio es el vuelo sin retorno hacia las vías del metro de Londres que emprende Peter Llewelyn Davies, uno de los cinco hermanos que inspiraron a Barrie a escribir *Peter Pan*, primero como obra de teatro y luego como libro. El niño eterno, ahora un adulto, vuela del andén a la nada, cortado por dentro por las crueldades de la Primera Guerra Mundial, en la que había peleado y, posiblemente, muerto en vida. Más adelante,

Charles Frohman, el empresario teatral y único amigo adulto de Barrie, se vuelve el cordero sacrificial en el naufragio del barco en el que viaja de vuelta a América:

> … Charles Frohman… se despide comentando: «¿Por qué temer a la muerte? La muerte es la más grande aventura de toda nuestra vida». Charles Frohman se entrega a la muerte sin resistencia alguna; con una paz demasiado sospechosa, pienso. Como si el empresario teatral aprovechara las ventajas épicas de esta catástrofe para así introducir como polizón al turista suicida y perfecto; a un suicidio que nadie podrá reprocharle porque aquí no hay bala ni soga ni veneno ni última carta explicando lo inexplicable y pidiendo que no se culpe a nada ni a nadie.

El suicidio es la más penada de las maneras de abandonar este mundo cruel. Cuando Peter brinca, el otro Peter, el narrador, se lo imagina pensando «lamento tener que dejarlos de un modo tan abrupto, tan poco educado, buenas noches, Dios salve a la Reina y Dios se apiade de mi alma y perdón, perdón, perdón, perdón». Yo no creo que tuviera que disculparse por levantar sus alas rotas y volar al mar de hierro. Sé que esa es una opinión impopular.

Luego de la muerte de su amigo, Barrie empieza a asegurar que Frohman debió haber dicho en cambio: «¡La muerte es una aventura tremendamente formidable!», frase que pronuncia Peter Pan sobre la Roca de los Abandonados mientras sube la marea y que después decidió borrar de la obra porque el clima en Londres, con eso de las bombas y las batallas, no estaba para tanta acidez.

La maldita sonrisa mortuoria que se llevó a la tumba. Las sobredosis de pastillas para dormir que siempre pensé accidental. Esta investigación me ha llevado cada vez más a pensar que esa placidez en el rostro y el libro selecto en la panza eran una puesta en escena. Porque «la vida es un deseo, no un significado», pero también «la muerte es una aventura tremendamente formidable». No digo que mi papá se haya muerto por mano propia. No lo puedo probar. Tampoco puedo probar lo contrario. Como haya sido, Dios *no* salve a la reina y Dios se apiade de su alma, al fin que él no era ateo.

Una idea casi infantil me recorre mientras leo a Fresán. Quisiera

haber conversado con mi papá de esta historia increíble escrita en tantas capas de verdad y mentira. Puedo ver por qué este era uno de sus libros favoritos. Avanzo más en él y me sorprendo con un paralelismo: Peter, el narrador, lee el libro favorito de su propio padre, un, quizás, suicida (y homicida porque habría hundido un barco en el que iba más gente). Ese libro es, fácil de adivinar, *Peter Pan*. Analiza dos párrafos subrayados en el libro y entiende algo sobre su padre. Este fragmento fue subrayado por el mío:

> El personaje es el pasado. El personaje es la manera en que te relacionas con el pasado, en qué lo ignoras o en qué lo obedeces. El modo en que, por ejemplo, mi padre pensaba en el ayer y el modo en que pienso yo.

Libromancia y psicoanálisis en el papel desde el inicio de los tiempos. El padre de Peter Hook nunca quiso hacerse hombre. J. M. Barrie odiaba la idea de ser adulto. Veo ahí una relación con las máquinas solteras de Vila-Matas. La sociedad secreta shandy era, en cierto sentido, un grupo de personas que se negaban a crecer, a conformarse con las convenciones del aburrido mundo adulto, serio, establecido. En eso también se parecían a mi papá. Hay algo maravilloso en ello, algo profundamente revolucionario. El impulso de jugar a cambiar el mundo, el juego más serio de todos.

Regreso a cuando sus rodillas no lanzaban dolores agudos y su pelo era casi todo castaño. Cuando Estados Unidos anunció que invadiría Irak, mi papá se conmocionó tanto que decidió hacer algo. Así empezó lo que yo recuerdo vagamente como una larguísima tira de papel que avanzaba metros y metros sobre la plancha del Zócalo. Corro, como siempre, a preguntarle a Alfonso. Todo inició como un kilómetro de firmas por la paz. «Quién sabe cómo Pascal consiguió unos rollos de cola de imprenta de periódico, enormes y pesadísimos, para que ahí la gente pusiera su mensaje, mentada de madre, lo que fuera de lo que pensaban de la invasión gringa a Irak». Los Goliardos estuvieron juntando firmas meses y meses, en el Chopo, el Zócalo, ferias del libro, conciertos. Nunca las contaron, pero en vez de ser solo un rollo, acabaron llenando cinco. Al final entregaron los rollos a Amnistía Internacional México, en un evento en el que también, claro que sí, se leyó poesía. No solo eso, se leyó poesía antibélica que, cito a Alfonso: «Pascal nos obligó a escribir».

El resultado ya lo sabemos. No es que este digno ejercicio de oposición haya tenido efectos en la política exterior de los Estados Unidos, como ningún otro lo tuvo. No es que la guerra no haya ocurrido. Pero siempre, al menos, hay acciones simbólicas que desafían al poder. Mi papá era un idealista irredento. En el fondo, la poesía era el más grande de estos conjuros. Varios poemas dispersos por aquí y por allá traducen en palabras este ímpetu crítico:

Asimetrías
La guerra es el noser del humano,
dices…
¿Y la guerra asimétrica?, pregunto.
No hay nada como las asimetrías
para poner en evidencia
la deshumanidad del opresor,
me respondes.

Se me ocurre que él creía esa locura de que la poesía puede sanar el mundo. No hay mejor definición de un idealista, en pie de lucha para resarcir entuertos desde los sueños, cual Quijote moderno. Me acuerdo de pronto de un verso de e. e. *cummings* que aparece en múltiples goliardos: «morirá el pensamiento que no nazca del sueño». Mi papá lo completaba así: «siempre y cuando no olvidemos las palabras de Westfallen: el sueño no es un refugio, sino un arma».

Y todo eso es también la carne y el hueso de mi marioneta.

Me reconozco en esa sensibilidad, esa manera de hacer de las letras la única manera posible para acercarse al mundo. Espero que el sueño siga siendo para mí un arranque y nunca un letargo doloroso. No hay mejor conjuro contra la depresión: soñar para luchar, no para evadir.

Su proyecto de llevar la literatura a todos lados y por todos los medios, fueran bien vistos o no, es uno de los actos más políticos que he presenciado. Y sin embargo, Alfonso me dice que no es capaz todavía de ver lo bueno que hizo Goliardos, que para él el fracaso del proyecto es cegador, pero yo veo que cuando le cuento que muchas personas encontraron ahí un lugar de lectura que no parecía haber en otro sitio, al final logra mostrar una sonrisa. «Sí», murmura, «quizás haya algo de eso». También noto esa leve alegría

cuando me cuenta de todas las cosas que hicieron, pequeñas o grandes. Esa es también la narración que se cuenta.

Lo mismo me digo a mí, y veo entre mis manos un fanzine llamado *Mar de palabras y placeres: homenaje literario a H. Pascal* que sus alumnas publicaron cuando murió bajo el sello Legado Goliardo Ediciones. Al menos a ellas sí les pareció que todo tuvo sentido. Para ellas, el proyecto de Goliardos nunca fue un fracaso porque, a diferencias de nosotres, no lo proyectaron al infinito para luego darnos cuenta de que se encontraban en la tierra. La diferencia es, como en tantas cosas, la expectativa y dónde se pone el valor de las cosas. Y esa es la parte que debo terminar de incluir en mi relato vital.

Cierro a Fresán y doy un largo sorbo de té verde. Luego de meses de investigación y presencia frente a los libreros, de páginas y páginas, me pregunto: ¿Qué de estas palabras son mi doble y cuáles mi vida? Seguramente algunas cosas las pude haber pensado o querido, incluso imaginado mientras otras sucedían. La memoria, ya se sabe, es una cosa curiosa: los recuerdos no son un archivo cerrado, sino una reconstrucción de fragmentos almacenados en varios lugares del cerebro. Cada vez que recordamos, en realidad imaginamos. Imaginamos, además, desde el ahora, con las mismas barreras y virtudes cognitivas con las que habitamos el mundo presente.

No sé si haya manera de ser justa con un recuerdo. Supongo que cuando hablan de que las relaciones siguen aunque las personas ya no estén se refieren a eso. Más allá de quién fue y qué hizo en la vida, cuando dialogo con el fantasma, dialogo con mi propio dolor, pero también con sus acciones. Es un proceso biológico de reconstrucción y reconstitución de la subjetividad. Construimos lo que es inasible de nuestra propia experiencia, pero también de lo que observamos de las demás personas. Horas de escribir y recordar como sucesión de instantes, páginas y palabras en líneas construyendo un sentido y armando un mundo que no existía antes de ser tecleado.

«El oso viejo a veces tenía mal carácter, pero nunca dudé de su gran corazón», dice de nuevo Sofi Lara, una de sus alumnas, en *Mar de palabras y placeres*, el homenaje póstumo. No podría estar más de

acuerdo.

La frase me sigue mientras me transformo en un caballo sin rienda entre libros polvosos. Hoy, en la limpia que sucede cada pocos años, con el trapo en mano, me encuentro como quien abre un álbum de fotos y ya no puede salir de sus páginas en mucho más tiempo del que hubiera querido, revisando índices, leyendo páginas al azar y principios, tantos principios y unos pocos finales, y entre todo el tufo polvoso del cigarro viejo y el papel me dan ganas de gritar una loa al objeto memorioso que es el libro, de tirar mi lector electrónico a la basura y decidirme siempre por la materialidad punzante de los libros por sobre los ceros y los unos.

Su presencia ya no es agobio sino dicha, el calor de mi sala, la promesa de un futuro sabio o táctil entre el pasado impreso en sus hojas de libros para todo: para el llanto, el sosiego, la risa, la imaginación y la desidia, el pensamiento errado y errático y justo, las religiones y el sinsentido, los momentos azarosos para existir. El amor y la muerte. Me vuelvo de pronto una persona acrítica pero gozosa, ya no quiero pensar en todos los hilos que mueven el mundo, en las intersecciones desgraciadas de nuestras existencias, en las violencias omnipresentes, quiero existir nada más dentro de los libros, usarlos, como algunas personas han dicho, como una evasión preciosa.

Acaricio los libreros, los sobo con la sustancia viscosa que alimenta la madera, el trapo masajea a sus pacientes habitantes, y pienso en la fortuna de todo lo que albergan y agradezco que estén en mi sala de departamento efímero.

NOVENARIO. ¿QUIÉN MIRA A QUIÉN DESDE EL FONDO DEL CIELO?

Las plantas se mudan de un lado a otro de la casa. Macetas azules, amarillas, moradas, color barro transitan de ventana en ventana en busca del sol. Una pertinaz plaga de algodoncillo blanco mata a las más débiles. La gata negra muerde la malamadre hasta dejarla mínima, luego vuelve a crecer. El teléfono cuelga a veces boyante, a veces desguanzado por la falta de riego. Las sansevierias se reproducen como si no hubiera mañana y terminan brincando en busca de espacio.

En fin, el tiempo pasa. Pasa en los libros y pasa en las personas que pasamos por aquí. Para ahora, los libreros son la pintura natural de esa pared y yo tengo una lesión que no me deja sentir la mitad del pecho ni parte de la espalda. Quién iba a decir que la lesión más perturbadora que he tenido en la vida sería una que, lejos de dolerme, me quitaría toda sensibilidad. Una inyección diaria por nueve días para regresarle a mi pecho la capacidad de sentir dolor y placer. Nueve. Nueve son los días de rosario que les devuelve a lxs sobrevivientes la autorización para volver a un cotidiano distinto. Es un ritual de paso a una nueva vida.

El ritmo es uno de los principales medios por los cuales el cerebro humano se regula. Una bebé que llora y luego recibe el suave vaivén en brazos de su madre, llora hasta encontrar su propio ritmo en el de quien la mece. Rezar el rosario, pasar las cuentas, tiene un resultado muy real en quien acaricia con las yemas de los dedos el largo collar. Los rituales de paso tradicionales se regocijan en la cadencia como ritual de vuelta.

Cada vez que tecleo encuentro mi propio ritmo. Las letras aparecen en la pantalla y una a una crean patrones como danzas de sentimientos. Mis rosarios son mis rutinas de escritura, lo que tengo es este ritual. En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, dicen las voces a unísono, los cuerpos vibrando en un solo lugar durante el novenario. En cambio, por compañía yo tengo el sustituto de los libros.

Los meses, racimos de meses, dulces cerezas, amargas cerezas, me hacen mirar hacia atrás con la esperanza de ver distinto. Me paro y busco en el librero algo que me haga conectar de nuevo. Mis manos exploran la superficie de papel en buscar de algo impreciso. Muévanse, manos, y hagan labor de adivinación. Digan de una vez qué quieren.

Quizás para evadir que cada vez me acerco más al final de estos meses, elijo un libro que también nos unió en vida.

La invención de la soledad, Paul Auster, Anagrama, 1994. Traducción de María Eugenia Ciocchini. Contenido neto: dos libros sobre paternidad unidos en uno.
«Comenzar con la muerte, desandar el camino hasta la vida y luego, por fin, regresar a la muerte. En otras palabras: la vanidad de intentar decir algo sobre alguien».

Un Paul Auster ensayista vive su duelo con pluma en mano. Sus memorias del encuentro con un fantasma me hacen volver a las páginas previas a esta y añadir fragmentos a lo largo de este novenario. Lo lanzo hacia atrás, como una botella en medio del mar de este libro, para encontrar espacios necesarios por aquí y por allá. Al fin y al cabo, algo tiene de significativo que venga de su biblioteca, cuando terminará por ser usado para hablar de su propia muerte.

La pregunta de por qué mi papá dejó todo, por qué no fue lo que *debió* ser, por qué abandonó algo que parecía construido en hierro, constituyó para mí un enigma doloroso. Esperaba una alternativa especial para una pregunta cuya respuesta es, según creo, muy común: la depresión, la frustración, la masculinidad. Las heridas. Pero también, el mundo barbárico que habitamos.

Por el contrario, Paul Auster descubre pronto una respuesta que no sabía que necesitaba. Su padre, con su temperamento cerrado y regular, incluso algo gris, tenía en su historia un secreto brutal desde su infancia: la abuela mató al abuelo y el padre cargó a cuestas una historia de rechazo social, culpa y duelo. Con ese dato de frente, como el grano de arena que alberga el universo, Auster lo entiende todo. La dureza de su padre, su aparente mediocridad, eran fruto de una herida de infancia tan grande que lo dejó mudo.

Quizás es culpa de historias así, que encuentran respuestas espectaculares a preguntas cotidianas, que siempre buscamos algo más. Yo ya no busco explicaciones. Ahora busco el valor de amar por sobre todas las cosas.

«Nos vemos en un rato. Nada más voy a visitar a Mamá», le dice un hombre a C. S. Lewis, antes de ir a visitar una tumba. Él se horroriza, pero luego entiende: «Una cama de flores de seis por tres pies se había convertido en Mamá». Así existe entre quienes hemos perdido a alguien, un símbolo de su paso por el mundo. Una amiga guarda un collar, mi abuela, una máquina de coser. Yo guardo unos libros y una playera. No enterramos a mi papá. Tampoco supimos dónde poner sus cenizas. Mi hermano y yo nos lo preguntamos un rato, y lo más cerca que estuve a una respuesta, aunque luego me di cuenta de que era más bien una ocurrencia deschavetada, fue echar sus cenizas en algún lugar del Centro Cultural José Martí.

¿Dónde se ponen unas cenizas? La imagen de alguien aventando cenizas al mar, por más entrañable que pueda ser para alguien más, no deja de recordarme a la escena de *The Big Lebowski* en la que Walter lanza las cenizas de Donnie en la costa, a contraviento, y estas terminan pintándole la cara completa al Dude. Además, hasta donde sé, mi papá fue un hombre de ciudad.

Descartada la tradicional solución de la playa, el bosque, el José Martí, sus cenizas siguen por ahí empolvándose en una esquina, sin que las miremos mucho, más bien evadiéndolas y tratando de desproveerlas de todo sentido, porque en una urna sin discurso ritual difícilmente se puede encontrar descanso. Hay muchas cosas que se entienden después de tiempo, por ejemplo, el sentido de poner unos huesos en un lugar, o el de hacer rituales de entierro.

«El entierro religioso no es para el muerto, sino para sus deudos y parientes, así que las creencias del muerto importan poco si los que le sobreviven prefieren que se haga cierto tipo de funeral», dice Abad Faciolince, y yo me pregunto si mi papá quería un entierro religioso, misas mensuales, rosarios y otras cosas que no hicimos. Por una buena temporada estuve convencida de que mi abuela me odiaba porque, salvo el velorio que mis tíos organizaron, no hubo ritual alguno. Creí escuchar en su voz granulosa de tristeza un reproche, como cuando en su velorio no me ofrecí a decir unas

palabras, y en cambio, Alfonso dio un discurso conmovedor de hijo putativo.

Mi abuela sí fue a la iglesia en mensuarios y aniversarios. Seguro habrá pedido que le dedicaran la misa a mi papá. Ahora pienso que quizás fue un poco cruel no organizar nada para reconfortarla, a pesar de que contraviniera nuestra forma de ser y creencias. A veces creo que también le hace falta una tumba a la cual regresar de vez en vez a «ver a su hijo».

Pienso en ella porque me es más fácil que pensar en mí o en mi hermano. ¿Nos habrá afectado de alguna manera la falta de misas? ¿Los rosarios que no hicimos? O, aunque fuera, ¿el ritual neopagano que no pudimos imaginarnos? Un velorio de una tarde y luego una cremación; una urna con cenizas que yo ni siquiera he visto porque terminó en casa de mi mamá, abandonada ahí por mi hermano. Eso es y eso fue todo. Mi ritual es este libro. El de mi hermano, no sé.

«En un libro de duelo no hay finales sorprendentes», dice Auster. Agrego que, aunque el final no sorprenda, todo lo que está en medio es para quien escribe una serie de sorpresas. Esta forma de investigación tan íntima no se parece a nada. Es una sesión espiritista en la que revives literariamente lo que la vida te obligó a sepultar. La pregunta es desde dónde invocar al espíritu. Auster lo hace desde el presente de vaciar una casa y ahí mismo decreta un fantasma en vida.

Su padre: «Había estado ausente incluso antes de su muerte y hacía tiempo que la gente que lo rodeaba había aprendido a aceptar su ausencia, a tomarla como una cualidad inherente a su personalidad». Dice también en otro punto: «Había vivido solo durante quince años, una vida tenaz y opaca, como si fuera inmune al mundo». Pienso en lo parecido que siento el abandono del mundo que hizo mi papá. Quizás por la dureza de esta primera parte de su libro, Auster decidió escribir la segunda, en la que se enfoca en su papel de padre. Hija solo hija, he tenido que sopesar desde otro lado mis emociones.

Resueno entre la frase: «Comenzar con la muerte, desandar el camino hasta la vida y luego, por fin, regresar a la muerte». Con toda la carga que traigo encima, todas estas páginas para tratar de descifrar una vida, lo que más se me antoja en este instante es

regresar a la muerte. Pienso de nuevo en la imagen final: mi papá en su cama, con un libro sobre escribir poesía encima de su panza. Una cara pacífica, incluso feliz. Y decido, como decidí entonces, acompañarlo en esa paz.

Quizás por eso vuelvo a un recuerdo que normalmente convoca al Dolor, pero que hoy se siente luminoso. El año anterior a su muerte, tuve una iniciativa poco usual: quise invitarlo a comer en su cumpleaños. Me sorprendió que accediera a venir cerca de mi casa, al Nibelungengarten, ya que no solía alejarse de la suya. A la hora de la cita, lo esperé afuera. Caminé de ida y vuelta por la cuadra, miré arriba y abajo, mientras él me insistía en que ya estaba ahí. Cuando estaba dudando de mis habilidades ópticas y cognitivas, entendimos qué estaba pasando. Él ya estaba ahí, o sea, en la parte de abajo de su casa, esperándome, y yo ya estaba aquí, en el lugar que supuestamente era nuestro sitio de reunión. Estábamos en diferentes lugares, para un mismo fin, que nos requería en un mismo sitio. Irreconciliable. Mi primer (y último) intento de invitarlo a algo, terminó antes de empezar. Ahora, el simple hecho de haberlo intentado luego de tantos años de distancia ya es algo para mí. Cuánta verdad hay en una frase aparentemente vacía: una no elige cuando se muere alguien. Yo no podía saber que ese sería su último cumpleaños. El intento fue valioso en sí mismo, el intento era amor. De nuevo: hay tanto que es una cuestión de narración, de la óptica con que se mire el suceso.

Incluso la idea de la muerte elegida que palpita desde hace meses en mi interior tiene un tinte nuevo: me pongo a pensar si aquello de vivir entre paredes de libros sin tirar uno solo viene también de saber que eso es lo único que podía dejarme. Quizás la herencia involuntaria, como yo he pensado todo este tiempo en los libros que ahora se empolvan en mi casa, no lo era tanto. Quizás supo que ese era el regalo más magnánimo que podía darme, más incluso que dinero y propiedades (que de todas maneras no podía legar). Es verdad que, en medio de ese mar de preguntas, siempre estuvieron las muchas respuestas de los libros, tanto por su contenido de ideas, como desde su pura y dura materialidad.

Tomo uno de estos libros duplicados de entre la amplia colección de poesía Lumen. Es de Cristina Peri-Rossi y tiene una

página marcada.

> DEDICATORIA II
> La literatura nos separó: todo lo que supe de ti
> lo aprendí en los libros
> y a lo que faltaba,
> yo le puse palabras.

La escritura es un impulso vital, si seguimos creando, seguimos viviendo de alguna manera. Sigo viviendo mientras lo escribo a él. Así, aunque mi papá dejó de escribir casi por completo dos años antes de su muerte, hubo momentos de manantial entre toda la sequía. Por ejemplo, un poema que escribió a los topos, los rescatistas valerosos que exploraron las ruinas de esta ciudad cuando un terremoto la desgajó en 2017, mientras se organizaba con sus alumnas para llevarles comida a los que ayudaban en los edificios caídos en Lindavista, donde él vivía. Nunca más literal el verso de e. e. *cummings* que tanto le gustaba: «flota el poema aunque el mundo y el deseo se hundan».

Luego, en medio del desierto de la escritura, mi papá alcanzó a escribir su último oasis: esa «Fe de existencia» que se declaraba ya un final dos meses antes de su muerte. Habla de la historia personal y del cuerpo. Ese receptáculo que nos mantiene arropados y se vuelve tan presente en la enfermedad:

> Y este cuerpo de oso,
> con su hospitalidad
> tremenda, irresponsable,
> y el alma limpia y fiel.

«Suicida de los carbohidratos y el cigarro», dice Alfonso, y yo digo: «Suicida del abandono del cuerpo en general». Cuando me perforé el ombligo por primera vez tenía catorce años y mi papá me miró con cara de decepción: «tu cuerpo es un templo y lo has profanado», dijo. No soy de cosas sagradas ni de que me den órdenes, así que aquello me dolió poco. Ahora pienso en esa imagen del cuerpo como un templo del placer que él vivió tan de frente. Comer, coger y fumar. Sobre todo lo primero. Hay historias, que casi entran en la categoría de mitos, sobre cómo Pascal era capaz de enloquecer al dueño de un local en Lindavista que ofrecía promoción de *todos los*

tacos que pueda comer. Hay historias, muchas, de las comilonas rebosantes de grasa que armaba en su casa. Fui testigo de las bolsas de dulces de chilito que compraba, de su capacidad para comer galletas. Su amor al chorizo que era casi una loa. Los kilos de queso que eran un poema en sí mismos cuando chirriaban cocinados en su sartén. Las sopas de cerveza con salchicha alemana, en maridaje fiel con los shandys pascalizados. El momento en que metía la cuchara a un guiso burbujeante en su estufa para ver qué tal iba de sal y de grasa, y agitaba el mullet al aire mientras emitía un sonoro *mmmmhh*. Fui testiga, en fin, de la hospitalidad tremenda, irresponsable, de su cuerpo de oso.

El poema sigue y habla de lo que para mí es la falta de deseo, esa muerte de horizonte:

> La suerte no ha cambiado,
> se ve desde muy lejos
> o demasiado cerca:
> el destino es igual.
> Mirar hacia sí mismo
> como a un pozo punzante.
> ¿Pero quién mira a quién
> desde el fondo del cielo?

El destino parecía, de hecho, escrito en piedra. Muy enfermo, peleado con mil personas, desempleado, pidiendo dinero por aquí y por allá, incluso a mí. Sin poder escribir. Deudas, renta atrasada. Su trabajo, visible solo para algunos pocos; sin duda no lo que hubiera deseado. En los peores momentos, ese pozo punzante debió haberle retorcido el aliento. El poema sigue, entre versos más terribles o más platónicos:

> No hay posible legado:
> este cuerpo de oso
> solamente ha tenido
> a esta alma intangible.

Me he preguntado una y otra vez qué intenta enunciar esta despedida. ¿El desamparo de pensar que el trabajo de una vida no importa? La utopía de artista es trascender. La realidad es que rara vez lo logran. ¿De qué lado de la balanza se sentiría posicionado? Aquí de nuevo la frase rectora: la vida es un deseo, no un

significado. No veo en esas líneas ya el deseo ni el significado.

Legado viene de *lego*, palabra de donde viene *leer*. Te leo ahora, aunque entonces no haya podido leer de frente esta fe de existencia.

Luego la vida rompe los solipsismos de la escritura. Un *post* de red social, de Sofi Lara, una de sus alumnas, me sacude del pozo punzante en el que yo también comienzo a caer.

> Querido H. Pascal:
> Ya casi es tu cumple. Me van a publicar un cuento infantil. Me esforcé como nunca y lo he conseguido. Te dedico este logro, aunque pequeño, es para ti. Me hubiera gustado llegar al Martí con el libro para regalártelo.
> Te extraño mucho. Gracias.

El abrazo más necesario. Somos también lo que hemos sido para las demás.

Mi papá murió un 2 de julio. Dos domingos antes había sido el Día del Padre. Yo estaba por irme de vacaciones con mi pareja. Me preguntó si nos vería ese día, y le dije que no, tenía mucho trabajo que preparar antes de mi viaje. Pero mi hermano, por supuesto, sí podía. Dejé que cumpliera de nuevo la función de hije por dos. Según mi razonamiento, que él viera a mi papá con todo y su pareja e hijo, ya equivalía a cubrir ese espacio que yo no iba a ocupar. En términos de un conteo de sillas, hasta había una extra.

Luego, la siguiente semana, él se fue a quedar en casa de mi tío en Hidalgo.

Mi mamá me contó que papá peleó con una pariente, quien, en medio de una riña unilateral (él estaba tranquilo), le gritó que era un «gordo infeliz». La ofensa caló hondo, al grado que un par de días después le dijo a mi mamá, por teléfono, que sí, que era un gordo, pero no infeliz. A veces decido creerle. Porque al final de su vida viajaba mucho a casa de mi tío, donde ocurrió la escena antes narrada, y ahí era feliz al lado de él y de mi abuela; porque la cocinera, Maribel, me cuenta que la desternillaba de risa y disfrutaba cada bocado de su comida; porque su casera, con todo y los meses pendientes de pago, nos dijo que un par de semanas antes de su muerte le invitó (él a ella) unas quesadillas en el puesto de la

esquina y se la pasaron sonriendo. Le caía tan bien que no nos quiso cobrar su deuda. Un shandy pascalizado para ella.

Me ayudan también las últimas líneas de su «Fe de existencia» que declaran algo más que desamparo:

Pero no existe nada
que sin ambos unidos
haya podido hacer,
la quietud y las vidas,
sentimientos e historias,
y hasta amores habidos,
templos que se destemplan,
ruinas ya reconstruidas;
la expansiva alegría
de dos hijos hermosos:
vehemente inteligencia,
las nubes que se colman…
Una santa implacable,
una madre gritona poderosa
y hermanos bendecidos
por excéntricos dioses;
muchísimos poemas
que quizás sean novelas,
decena de relatos
con algo de poesía;
Zócalos que se pueblan
de sombras y cantares,
multitudes rebeldes,
vidas, transmutaciones;
mujeres en tranvías,
seducción y caída,
sangre entre las ideas
y besos de poesía;
el físico entusiasmo
de las mentes que piensan,
espíritus del tiempo:
alumnos y maestro.
Un alma que habla en lenguas
y deambula serena,
un cuerpo monolingüe
e inquieto con razón,
y la sangre que une
y el tiempo que distrae
a este cuerpo de oso,

a esta alma que huye…

Si el alma ya huye, al menos el poema es capaz de encontrar sentido a la existencia en los momentos vividos. Flota. Y yo pienso que si dejó de fumar, aunque sea por unas semanas, no quería morir, al menos no todo el tiempo. Que si me dijo, menos de un mes antes, que el camino a recuperar la salud era lento y difícil, aún veía esperanza de lograrlo. Que si murió con ese rostro tranquilo y ese libro sobre la panza, había en él algo de paz. Que quizás ya no escribiera, pero sí leía, y seguía buscando la inmortalidad en el culto a la sabiduría. Que amaba estar con su nieto y que hubiera querido verlo crecer. Que estaba muy orgulloso de mí y de mi hermano.

Pienso en su cara enrojecida de enfermedad en la presentación de mi libro, él viéndome desde arriba firmar uno para una de sus alumnas, la alegría con la que dijo que yo sí firmaba mis libros con letra bonita, no como sus garabatos de toda la vida.

Pienso en todo el amor que me dio y en todo el amor que le dio a las demás personas y lloro sola escribiendo un libro que es un ritual y se cuenta en el ritmo del tecleo. Quizás porque sé que se aproxima el fin de ese novenario es que lo siento más hondo.

Mi papá hacía de sus abrazos una montaña dulce, el susurro de los cariños de muchos años. Compartía sus conocimientos, no como datos, sino como un regalo de ternura y entusiasmo. Cocinaba amor puro con cada platillo despatarrado y delicioso que se agitaba en su estufa.

De manera indirecta, a pesar de todo, encontró formas de hallarse conmigo. A través de los espacios y vacíos, nos vimos afuera del metro Eugenia años y años, y me siguió entregando ese peculiar paquete, un libro, sobres de atún y doscientos pesos, en el que guardaba todos los sentimientos que no podía enunciar. Yo lo recibía en el mismo pacto silencioso. Por años logramos dejar un brazo lo suficientemente extendido para que las yemas de nuestros dedos nunca dejaran de tocarse.

Y los libros, el objeto más simbólico de todos, lograron incluso sobrevivir a su muerte. Ese regalo que daba a todo el mundo, sin importar si lo querían, solo para declarar mantras callados: soy esto y me importas. Soy el que regala libros a quienes no leen. Soy el que no tiene dinero más que para dar y dar esos objetos cada vez menos certeros. Soy esto y me importas mucho.

Quiero inaugurar una tradición imaginaria, como el ritual de bodas que dicta usar una prenda prestada, una azul y una vieja, o el de Año Nuevo de sacar una maleta a pasear con tus calzones rojos. Va así: hay que regalar un libro, un atún de sobre y doscientos pesos, como símbolos, cada uno, de un deseo amoroso para quien recibe el paquete. Sugiero hacerlo una vez al año o cuando se quiera fortalecer la relación con alguien, darle un apapacho que diga sin decir: me importas mucho, te deseo todo el bien del mundo, te pienso. Incluso, te quiero.


Goliardos
AZOTH
IPN
CREATURAS DEL ABISMO
TAIBO II, VEGA-GIL, PORCAYO, PASCAL, SOTO, RAMÍREZ, FRANCO, ROSETE, ICAZA, HERNÁNDEZ LUNA, PÍREZ TORRES, ET AL...
SELECCIÓN Y PRÓLOGO DE H. PASCAL
Relatos de ciencia ficción, fantasía, terror, policiaco, neogótico, psyco, humor negro, cyberpunk.
PREMIO NACIONAL DE LITERATURA FANTÁSTICA SIZIGIAS
NUEVAS NARRATIVAS MEXICANAS
UNIVERSIDAD

GRACIAS

A Kyzza Terrazas, Diego Rabasa, Gabriela Jauregui, Emiliano Monge y Paula Canal. No podría haber terminado este libro sin sus comentarios, cariño y ánimos. Especialmente a Kyzza, quien leyó tantas veces estas páginas que ya debe tener pesadillas con conciertos de metal gótico en el Zócalo. A Libia Brenda Castro y Alfonso Franco por ser lectorxs e informantes. Sin ustedes no habría podido reconstruir una parte de la complejidad de la figura de mi padre. A las personas que me escribieron o contaron anécdotas. Algunas no las incluí, pero son parte de este libro. A Elisa Díaz Castelo y César Tejeda, por sus comentarios a algunos fragmentos preliminares de este libro cuando aún gateaba. A mi amoroso tallercito de siempre: Alfredo Bojórquez, Sujaila Miranda, Irasema Fernández, Danush Montaño, Berenice Andrade. A Mariano del Cueto por contenerme los meses que siguieron al evento. A Mariano, Diego Rodríguez Landeros y Danush por ayudarme a elegir qué libros salvaguardar. A Alfonso, Mireli Alcántara (Mili), Marko González y Margarita Pacheco por estar el día del desalojo del departamento. A Pierre Herrera y Olivia Teroba por acomodar los libros en mi casa cuando no quería ni verlos. A los y las Goliardas por estar con él. A Andrea Montejo y de nuevo a Paula, por estar ahí y aconsejarme entre tormentas y buenas noticias. A Angélica, mi mamá, y Juan, mi hermano, por lo obvio y más. A mis tíos, mi tía y abuela García-Junco por ser parte de esta historia. A todas las personas que estuvieron conmigo a lo largo de este duelo inacabable que es la muerte de un padre.

Escribí un primer borrador de este libro con una beca del programa Jóvenes Creadores
(2020-2021)
bajo la tutoría de Minerva Anguiano, Gonzalo Lizardo y Cuauhtémoc Peña, y acompañada por Erik Alonso, María José

Amaral, Lilia Ávalos, Diego Casas Fernández, Adrián Chávez, Jesús Estrada Milán, Mariana Orantes y Sofía Saravia. Gracias por sus lecturas y el impulso para seguir escribiendo.

[1] LIMPIAR: eliminar lo que queda de cotidiano. < <

[2] OBSESIÓN: ¿Cómo podemos librarnos de ese péndulo insolente que se mueve dentro de la cabeza en luto, tintineo que turna de lado a lado un golpe cada vez que se intenta no pensar en quien murió? < <

[3] PRESTAR UN LIBRO: Quizás la mejor manera de hacer un regalo. < <

[4] ALMA: De manera más literal, creo que mi alma está alojada en la boca del estómago. No digo que el alma de nadie más esté necesariamente en ese sitio, pero la mía sí. La evidencia, ese retortijón metafísico que siento cada vez que algo me duele con ansiedad, solo puede emanar del alma. < <

[5] EDITORIAL RESPETABLE: No es otra cosa más que decir que no sabemos realmente qué es el respeto. < <

[6] USAR UN LIBRO: exprimir su entraña hasta que el jugo se absorbe a través de tu piel desnuda. < <

[7] DOLOR: El Dolor que se detona en los momentos más inesperados, la visita del fantasma del recuerdo se siente sorprendentemente similar cada vez: como un jalón de mi esófago hacia el estómago, como una mano que mueve un objeto y lo pasa arrasando los tejidos y jala de paso mi garganta. Una especie de agrura lo acompaña y rara vez llega al llanto. < <

[8] LO PERSONAL: Pensar un libro es personal. Decir lo que pienso sobre alguna obra se siente como desnudarme en público. < <

[9] NOVELAS FAVORITAS PARA NO LEER: aquellas cuya idea es suficientemente seductora como para estar entre las más amadas se hayan o no leído realmente. < <

[10] PONER EN SU LUGAR: Se les olvida a quienes piensan en términos de lugares que todo estuvo en un punto antes de la gran explosión. < <

[11] NOSOTRAS: Este nosotras, ya se sabe, es un artilugio retórico, porque hay tantas realidades que el sujeto político mujer es una entelequia de fantasía que hilvana lo imposible de unir. < <

[12] MONSTRUO DENTRO DEL PECHO: el mío tiene tentáculos que llegan hasta mi pelvis, brazos fuertes que aprietan mi tórax en especial en esos días en que el sol no sale y la melancolía lo despierta de su plácido sueño. Vomita cosas por mi boca, mira con fuego desde mis ojos. A veces se divierte. < <

[13] DECÍA: Citar a Borges, la más profana práctica de la mentira, de puro oído, nomás porque se debe, porque es tan de buen gusto que se vuelve de pésimo. < <

[14] ANTIQUA: ¿Qué hay de redundante y de cliché en nombrar lo viejo en latín? Querido, querido latín, apestas a polvo y mala fama, pero qué belleza aprovechar cualquier circunstancia, la que sea, hasta la más forzada, para acariciarte los largos cabellos de plata ennegrecida. < <

[15] ELLOS con O porque la única manzana que del árbol cuelga es Safo de Lesbos y las otras se perdieron, inalcanzables, a lo largo de los siglos. Atenas, fuiste la madre que solo permitió a sus hijos varones estar a sus anchas y que poco nos quiso contar de sus hijas. < <

[16] TENER UNA HISTORIA: Inventar recuerdos que no existieron en el reino de lo físico, pero sí en el de lo afectivo. < <

[17] MORIR DE UN INFARTO: Un infarto que puede ser un soplo de invierno en el alma humana. < <

[18] ESCALA MONETARIA DEL MUNDO: Sísifa moderna alzando la piedra de nuestras desgracias cuesta arriba, amenaza eterna de morir aplastada. < <

[19] SENTIMIENTOS: A veces, pequeños insectos arrebolados cuya única función es comerte el pecho por dentro. Otras, obsidianas que refractan la luz. < <

[20] EXITOSOS: ¿Qué es la vida? Un frenesí. ¿Qué es la vida? Una ilusión, una sombra, una ficción y el mayor bien es pequeño; que toda la vida es sueño, y los sueños, sueños son. < <

[21] BUENÍSIMO: Pero ¿quién mira a quién desde el fondo del cielo?
< <

[22] GALAXIAS: Sangre en los caballos de la luna, pero ¿quién chingados dijo que el mundo es redondo? < <

[23] NADA QUE HACER: Un concepto que se muere en la adultez, momento a partir del cual siempre hay algo que se *puede* estar haciendo, aunque también se *puede no* estar haciendo, y, como resultado, ningún momento es realmente de ocio. < <

[24] BOHEMIOS: una piensa que hay palabras que nunca ha de usar, que resuenan a música terrible y alcoholes caducos y, sin embargo, llega la maldita hora. < <

[25] FELICIDAD: ¿Quién diría que las chispas de ese escaso bien no son doradas ni color plata, sino que se parecen más a una transparencia que, fugaz, se desvanece en el aire? < <

[26] *BOOM*: el sonido caricaturizado de una bomba al explotar, el sonido, supongo, de un conjunto de varones que escribieron algunos grandes libros y dieron (y dan) algunas terribles declaraciones de vez en vez. < <

[27] DESVER: Carrera fútil para descorrer el tupido velo hacia donde muy probablemente nunca debió haberse quitado. < <

[28] RACIONALES: Que muera la razón cuando no tiene un cuerpo en el que volverse sangre. Es, al fin y al cabo, otra forma de locura. < <